

LUCIO V. LOPEZ

LA GRAN ALDEA

(COSTUMBRES BONAERENSES)



**DONACION
MARIETTA AYERZA
ALFREDO GONZALEZ GAIANO**

BUENOS AIRES

IMPRESA DE MARTIN RIEDMA

Calle Belgrano 135 á 139

1884

Al amigo Clemente
con el agradecimiento de
su aff.

hoy

1814.

LA GRAN ALDEA

(COSTUMBRES BONAERENSES)

Á MIGUEL CANÉ

MI AMIGO Y CAMARADA

L. V. L.

Qu'on ait trouvé des personnalités dans cette comédie, je n'en suis surpris : on trouve toujours des personnalités dans les comédies de caractère comme on se découvre toujours des maladies dans les livres de médecine.

La vérité est que je n'ai pas plus visé un individu qu'un salon ; j'ai pris dans les salons et chez les individus les traits dont j'ai fait mes types mais où voulait — on que je les prise ?

EDOUARD PAILLÉRON

(Le Monde où l'on s'ennuie).





I

Dos años hacia que mi tío vivía en mi compañía cuando de pronto una mañana al sentarnos á almorzar, me dijo:

—Sobrino: me caso. . . .

Cualquiera creeria que me dió la noticia con acento enérgico. Muy léjos de eso! Su voz fué como siempre suave, é insinuante como un arrullo, pues mi tío, aunque tenía el carácter del zorro, afectaba siempre la mansedumbre del cordero.

¿Y qué tenía de particular que mi tío se casara? Vaya si lo tenía! Había cumplido los

cincuenta y ocho años y apenas hacian dos que mi tia habia muerto. Mi tia! Ah! el corazon se me parte de pena al recordarla! Una señora feroz, hija de un mayor de caballeria que habia servido con Rauch, que habia heredado el carácter militar del padre, su fealdad proverbial, un gesto de tigre, y una voz que cuando resonaba en el histórico comedor de su casa, hacia estremecer á mi tio, y el temblor de la víctima trasmitia el fluido pavoroso á los platos y á las copas que se estremecian á su turno dentro de los aparadores al recibir en sus cuerpos frágiles y acústicos el choque de la descarga del terror conyugal.

Así se pasaban las cosas cuando mi tia Medea, purificaba sobre la tierra á su marido. El espanto dominaba toda la casa: los antiguos retratos al óleo de sus antepasados, y hasta el del feroz mayor de caballeria, tiritaban entre los marcos dorados, y perdian la tiesura lineal y angulosa del pincel primitivo que habia inmortalizado aquellos absurdos artísticos: los muebles tomaban un aspecto solemne, y parecian por su alineacion severa, la série de los

bancos de los acusados: los relojes se paraban, los sirvientes ganaban los confines de la casa: mi tío, que comenzaba por esbozar una súplica en su rostro de marido hostigado durante 25 años, concluía por doblar el cuello y hundir su barba en el pecho, ni más ni menos que una perdiz á la que un cazador brutal descarga á boca de jarro los dos cañones de la escopeta. Las imprecaciones y los gritos estentóreos de mi tía Medea se prolongaban hasta altas horas de la noche; tenía unos pulmones dignos de alimentar el órgano mónstruo de Albert Hall; y sus iras inclementes y casi mitológicas, brotaban de sus lábios como un torrente de lava hablada, en medio de gesticulaciones y de ademanes dignos de una sibila que evácuá sus furores tremendos.

Una muger como mi tía tenía que ser, como fué, de una esterilidad á toda prueba. Hasta los quince años yo tuve vehementes dudas sobre su sexo; aquel retoño de los Atridas no dió fruto á pesar de mi tío.

Mi tío estaba lejos de ser un apóstol, pero era un santo.

El débil de mi tío era el amor, y esto explicará porqué es, que á los dos años de viudez acaba de declararme que se casa. Mi tío era un alfeñique delante de una mujer bonita. Decir que se derretía sería poco, se reventaba, se volvía una celda de miel. Al oír una voz juvenil brotando de una garganta esbelta y alabastrina, al ver un cuerpo elástico y nervioso modelado por los contornos de la carne viva y suave á la presión, mi tío, que era flaco y alto como un junco de las islas, gemía involuntariamente como una arpa eólica, y, no contento con saborear la estatua con los ojos, cedía sin querer el brazo á los movimientos irrespetuosos de la electricidad animal y gustaba de tocar el buen señor.

Convengamos en que el defecto era humano y no grave. Pero ved aquí, como dos pasiones contrarias, la cólera crónica de mi tía y la ternura amorosa de mi tío, habían llegado poco á poco á constituir en él una segunda persona, en la que se habían transformado todos los rasgos primitivos de su carácter. El buen viejo había conservado toda su bondad, toda su mansedumbre; pero perseguido, acosado, estirado, como

un hilo elástico, por su muger, se habia enflaquecido mas de lo que habia sido y habia adquirido un tipo físico lógico, con su nuevo carácter moral: una especie de Tartufo pero no un Tartufo odioso y antipático, sinó por el contrario, y aunque esto parezca una paradoja, un Tartufo ingénuo y cándido, á quien Orgon descubria en cada aventura por la falta de las grandes cualidades jesuíticas que constituyen el carácter del más alto representante del molierismo.

Así, mi tio, que turbaba de cuando en cuando la paz del servicio, sufría siempre la desgracia que nadie sufre en este mundo; lo que no pasa jamás: que las sirvientas lo delatasen á la señora. El regreso del paseito despues de comer casi siempre lo colocaba en una situacion crítica y zurda: ó la manga de la levita blanqueda por el contacto de las paredes humanas ó el perfume de un ramo de jazmines ó lo inmoderado de un nudo de corbata poco defendido ó cualquiera otra causa, lo entregaban á las garras de la leona, y los celos de Norma estallaban:—

—Viejo libertino y sin vergüenza, inmoral, corrompido, súcio! . . .

—Pero Medea! . . .

—Silencio! hombre sin pudor! . . . habrás visto canalla igual! . . . corriendo las calles de noche, echando cuchufletas á las sirvientas en las puertas de calle!

Vea Vd.! Esa manga denuncia al canalla! A ver, aunque no quieras te he de registrar el pecho Eh! Qué se me importa que se te arrugue la camisa? Que no veo, acaso, al viejo calavera degradado en ese moño indecoroso de la corbata! Un ramo de jazmines! Quién te ha dado ese ramo? Dí, hombre infame y malvado. ¿Quién te ha dado esa inmundicia? Puf! huele á patchoulí! Debe ser alguna guaranga, degradada como tú Esta me la has de pagar! Ha de arder Troya! Vd. ha manchado mi familia y mi nombre, arrastrándolo por las últimas capas sociales. El nombre de los Berrotaran! Si mi padre viviera ya te habría molido las costillas; treinta años fué militar, y mi madre no tuvo jamás una queja. Véalo vd. allí, levante

los ojos y pida vd. perdon al autor de mis dias ...
marido depravado y perverso!

Y Pollion caía fulminado por los anatemas.

Así habian pasado los dias del primer matrimonio de mi tio. El hacia *in petto* grandes programas de enmienda: se creía un culpable, un malvado, pero no podia con sus extravíos de ternura, y á fé que tenia razon, mi tia era refractaria por índole y por naturaleza á todo afecto íntimo, y sus caricias debian ser, si alguna vez las hizo á alguien, como las manotadas de una pantera.

Las impresiones que aquel hogar lleno de movimiento producian sobre mi espíritu eran múltiples y variadas. Mi tia Medea nunca dejaba de echarme en cara que al morir mis padres me habia recojdo por favor y como un acto mil veces mas caritativo y recomendable que el de la hija del Faraon salvando á Moisés de la corriente del Nilo. Mi padre, hermano menor de mi tio, habia muerto jóven, y mi madre al darme á luz. Ante la ley natural, á Dios gracias, mi tia no podia exigirme parentesco.

En aquel hogar rancio y ridículo yo me ha-

bia formado sin grandes afecciones, habia crecido lentamente como una planta exótica al lado de mi pobre tío, que sin duda me queria, y que, no sabiéndose defender á sí mismo de su terrible compañera se guardaba por su parte muy bien de protegerme cuando la brava señora la emprendía conmigo.



II

Me acuerdo sin embargo con una memoria vivísima de los primeros años de mi niñez. Miraba la vida como pudieran mirarla los hijos del Príncipe de Gales ó los de un Rotschild. Todo lo que me rodeaba, mientras vivió mi padre, era pobre y de una mediocridad bastante marcada; pero yo lo encontraba de una belleza, de una abundancia y de un gusto escepcionales. Nadie me habia inspirado estas pretensiones pueriles; por el contrario, mi padre, cuando me dí cuenta de su valor moral, era de una modestia pristina en su vida. Pero yo encontraba tan hermosa

la vieja casa alquilada! Tan lujosa la sala en que dominaba un gran retrato de mi madre querida, que tenia, si la expresion se me permite, esa lástima egoista que siente uno por los demás niños cuando es niño tambien.

¿Qué hombre, qué muger, por variada y llena de contrastes que haya sido su vida, no tiene allá en el fondo del recuerdo la fotografia vaga pero indeleble de las primeras impresiones del mundo? Es una fiesta, un dia de escuela, un encuentro, un juguete, un cariño recibido y devuelto el protagonista de ese inolvidable poema de la memoria; la palabra no lo anima jamás, no se comunica á nadie, porque es tal vez trivial cuando adquiere formas esternas; se acaricia la reminiscencia á solas, intimamente y ella vuelve y retorna siempre á la mente, porque es como el cimiento de las memorias; el sedimento que han dejado las primeras impresiones de la vida en el espíritu del hombre.

La fisonomia de aquel hogar trunco por la muerte de mi madre, no se borrará jamás de mi mente. Dormíamos con mi padre en la misma habitacion. Veo todavia aquel teatro célebre

de cuentos y juegos inolvidables; los seis antiguos grabados ingleses de sus paredes; colgados con poco esmero; seis escenas de los romances de Waverley, amarillentos y mareados entre sus maltratados marcos, casi siempre torcidos, pendientes de sus clavos desiguales.

¡Cuántas veces al adormecerme bajo la media luz de la habitación, parecíame ver moverse la figura misántropa de Guy Mannering, y de espanto al verla salir del marco, encojíme todo en el lecho, tapábame hasta la cabeza y cerraba los ojos para no ver la escena fantástica que fraguaba contra mí mismo la imaginación calenturienta del niño. Oigo el tic-tac del antiguo reloj de familia, y el golpe grave de su timbre resuena en mi oído aún. Recuerdo el miedo que me causaba al despertar en medio del sueño ese monótono murmullo del silencio nocturno, reagravado por el bulto humano, horroroso, amenazante que parecían formar las ropas de mi padre puestas al acaso sobre una silla, y en cuya ingeniosa y casual combinación creía ver el cuerpo de un ladrón ó de un bandido. Oh! Qué alegría, qué desahogo, cuando la mirada, después de

~~~~~

un exámen ansioso, descubria el fatal engaño y los objetos tomaban su forma natural disipándose el terrible fantasma!

—



### III

**T**ení diez años cuando murió mi padre. La última vez que me acercaron al borde de su cama, me abrazó y me llenó de besos; tendría entonces cuarenta años, pero representaba sesenta; tanto lo había quebrantado la terrible enfermedad que lo consumía!

Espíritu débil, la muerte de su compañera lo había abatido, había hecho inútil su existencia. Pobre, sin porvenir, esclavo de un empleo subalterno que servía desde 20 años atrás, carecía de la iniciativa vigorosa de otros hombres que buscan en los trabajos variados de la vida el

consuelo de los grandes dolores humanos. La monotonía de sus deberes cotidianos, ese horrible destino de hacer la misma cosa hoy, mañana y siempre; el sueldo periódico que jamás se aumenta ni reproduce; la falta del ideal, de la esperanza, de ese horizonte dorado que persigue toda criatura en el mundo, abatieron las fuerzas de aquel noble pero desgraciado corazón, cuyo fin fué como el de una máquina que estalla y se inutiliza antes de tiempo.

Mi tío, dominado por su absurda mujer, nos veía poco. Pobre también, se había casado con ella que tenía una fortuna considerable, y en su casa, como era natural, dominaba el carácter militar de mi tía, duplicado por la influencia de su fortuna.

Sin embargo, el buen tío Ramon, con sus debilidades, pero excelente en el fondo, al saber la gravedad extrema de mi padre, vino á vernos.

Los dos hermanos se abrazaron. La palidez de mi padre se confundía con el blancor de las almohadas de su cama.

Aunque niño, y sin poderme dar cuenta profunda de aquel solemne momento de mi vida,

---

lloré amargamente abrazado de su cuello; sentí su último calor vital con un íntimo estremecimiento de dolor, estreché sus manos descarnadas, me miré en sus ojos apagados y permanecí mucho, mucho tiempo á su lado, sollozando y enjugando mis lágrimas.

Mi padre habia abierto un pequeño libro con láminas ordinarias para distraerme, y yo, sin separarme de su lado, hojeaba casi maquinalmente sus páginas, y me detenia contemplando los grabados, siempre estrechado por él.

—Bien, hijito, me dijo al fin, véte á recoger que es tarde ya y yo tengo que hablar con tu tio.

Y como yo hiciera un movimiento de cariñosa resistencia para separarme de su lado, él insistió dulcemente, me volvió á abrazar y á besar muchas veces y mi tio Ramon me condujo á un cuarto inmediato donde me habia instalado desde que mi padre se agravó.

Al separármele quedó en mis manos el libro que habiamos estado hojeando. Me desnudaron y me acostaron.

Un instinto, qué sé yo, uno de esos profundos

movimientos del alma de los niños, que son como el gérmen de todos los variados y tiernos sentimientos que brotan despues en la adolescencia, me hizo no separarme de aquel libro. Apagóse la luz de la habitacion, y yo estaba abrazado de mi precioso recuerdo. Quería protegerlo y ser protegido por él mismo; era como una prenda de mi padre, que me lo recordaba y me lo reproducia; lloré mucho sobre él y debí humedecerlo tanto con mis lágrimas, que mis manos llevaron muchas veces á los lábios el sabor amargo del llanto; y fué así, abrazado de mi libro, defendido el pecho por sus páginas que me dormí aquella noche, la última de mi vida, en que debia ver al autor de mis días. Aquella noche murió mi padre, mientras yo dormia oprimiendo el tesoro conquistado.

Pobre libro mio! A los diez años muy lejos estaba de amarlo por el valor moral de sus páginas; era el *Ivanhoe*, el primer romance que debia deslumbrar mas tarde mi imaginacion vírgen de impresiones. Lo amaba porque habia sido de mi padre: todo era en él precioso para mí, sus grabados en madera, sus tapas comunes,

bastante estropeadas, sus ángulos doblados por los golpes que sufría, sus páginas descoloridas, en las que mis ojos inquietos se solían detener de paso.

El entierro de mi padre fué muy modesto por cierto; murió por la madrugada, y durante todo el día me tuvieron encerrado en el cuarto en que me habían puesto, sin dejarme salir de él. En un momento yo conseguí, sin embargo, escaparme, llevado por esa curiosidad inquieta de los niños, me interné en las habitaciones que conducían á la sala, y por la hoja entreabierta logré ver dos largos y gruesos círios llenos de las congelaciones de la cera que chorreaba sobre ellos, colocados sobre enormes candelabros de platina, semejantes á los que había visto en las iglesias; los candelabros reposaban sobre un tapiz de pana negra raída con guardas de oro bastante estropeadas; el olor ácre de la cera de los círios me hizo un malísimo efecto, y sin darme cuenta de lo que veía retrocedí á mi cuarto sin atreverme á seguir adelante.

Nunca despues en la vida he dejado de recordar aquel momento, al aspirar el ambiente pecu-

liar que forman las velas amarillosas de cera que quemaban al rededor del féretro de los que acababan de morir, y aquella impresion de niño, es otra de las muchas que no se borrarán jamás de mi memoria.

Mis parientes se dieron mucha prisa en enterar á mi padre; á eso de las cinco de la tarde comencé á sentir el murmullo de voces y pasos de gentes que entraban. Me asomé por la puerta que daba al pátio y ví muchos hombres vestidos rigurosamente de negro que se congregaban en pequeños grupos, saludándose reverenciosamente los unos con los otros; todos parecian estar muy tristes y pensativos, á juzgar por la gravedad de sus rostros.

Una sirvienta me arrancó de la puerta desde donde yo observaba la concurrencia lleno de estrañeza, al ver un número tan considerable de gente en mi casa, donde tan pocas y raras personas nos visitaban. Un rato después me pareció que el ruido de los pasos aumentaba, como si un tropel de gente se pusiese en movimiento y poco á poco fuí notando que se alejaba. En la calle se oyeron rodar carruajes, pero el ruido



de los coches tambien se extinguió y todo quedó en silencio. Entónces me asomé otra vez por la puerta del pátio: habia quedado completamente solo, la puerta de la calle estaba entornada, cerradas las de las habitaciones; la tarde avanzaba y la humedad de un dia lluvioso daba á aquella escena un aspecto tristísimo.

Me dió miedo y me entré á mi cuarto.

Mi tia Medea conversaba en las habitaciones inmediatas con cuatro ó cinco señoras viejas y de edades incalculables. Yo me presenté francamente entre ellas: una me acarició; las otras, inclusa mi tía, me miraron con cierta indiferencia, y yo no debí preocuparme mucho tampoco de ellas, porque preferí meterme debajo de la mesa del comedor donde permanecí largo tiempo recorriendo las estampas de mi libro inseparable.

Las señoras tomaron algunas copas de vino y mi tia tomó dos, diciéndoles que estaba muy débil, que durante el dia no habia probado bocado, lo que probablemente le sirvió de pretexto para comerse un plato entero de bizcochos que habian presentado junto con el vino.

Aquellas señoras se levantaron al fin, y mi tía con ellas, diciendo á la sirvienta que me cuidaba que me tuviera listo para el día siguiente en que ella vendría á buscarme temprano.

En efecto, al día siguiente del entierro de mi padre volvió mi tía Medea á buscarme. Lo primero de que me apoderé para decir adios á aquel hogar semejante á un nido abandonado fué de mi buen libro; nada más deseaba llevar.

Quise sin embargo recorrer toda la casa ántes de partir.

Se aspiraba en todos los cuartos ese ambiente de tristeza que tienen los sitios que se abandonan.

Entré al cuarto en que mi padre había muerto: todo estaba en desorden; la cama en el medio, sin colchones, como un esqueleto de fierro; los armarios vacíos.

Mi tía Medea había hecho acto de generosidad con los pobres, repartiendo las ropas de mi padre; la vieja alfombra había desaparecido; las baldosas contribuían á aumentar lo triste de la escena con su frialdad glacial; mis buenos grabados ingleses ya no estaban tampoco; algunos

fragmentos de mis juguetes habian sido relegados á un rincon de la habitacion;—entré á la sala y vi con júbilo que el retrato de mi madre estaba allí y que mi tio habia dispuesto que lo condujesen á su casa. En un ángulo de la sala estaban agrupados los cuatro candelabros con sus círios apagados, las mechas duras y achata-das sobre la cera, que habia formado al derretirse una masa de coagulaciones semejantes á los labores góticos de una abadía; á un lado de ellos, estaba la manta de pana negra, raída con sus guardas galonadas.

Entraban y salian peones con muebles:—Desalojaban! Oh! qué triste es una mudanza, y cuánto mas triste cuando ella tiene lugar porque han muerto los que habitaban la casa! Qué triste es ese desórden! Las voces de las gentes de todas menas que entran y salen; la desnudez en que quedan los pisos y las paredes; el abandono, el silencio, que van invadiendo poco á poco! El último trasto que se saca, casi siempre una silla, cuyos piés desiguales le dan cierto aire de grotesca melancolía, ante el cual solo el pincel de Dickens es capaz de levantar el poema

que surge de la observacion sentimental de los objetos. ¡Qué momento ese, en que el último, despues de dejar desiertas las habitaciones, cierra la puerta de la calle tras de sí! El éco cavernoso responde entre los ángulos de los cuartos abandonados, el éco solo, voz solemne de lo vacío, de la soledad, de las tumbas!

—



## IV

**E**l cambio de domicilio fué un acontecimiento para mí, la espléndida casa de mi tío Ramon, mi ropa flamante de luto, la nueva faz de mi vida, ejercieron en mi espíritu toda la influencia de la novedad.

Habia alguna diferencia, por cierto, entre la pobre morada de mi padre y la espléndida mansion de mi tío, ó más bien dicho, de mi tía, pues todo lo que habia en ella, hasta el último alfiler, como ella decia, era suyo propio y lo habia heredado del famoso Mayor Berrotarán, terror de los indios y loor del ejército. Mi tío Ramon

era un pobrete que solo habia aportado al matrimonio su decencia con lo encapillado como rezaba la antigua fórmula testamentaria.

Se trató de mi educacion ; mi tio, que se interesaba por mí, quiso tomarme maestros de idiomas y proporcionarme una enseñanza esmerada, pero todo fué en vano.

Mi tia Medea sostuvo con argumentos sin réplica y resoluciones inapelables, que demasiado habia hecho ella consintiendo en cargar con hijos de otro.

—Si no tiene Vd. familia, Vd. solo tiene la culpa! Mi padre tuvo 17 hijos y solo fué casado dos veces!

—Bien Medea, tienes razon, yo tengo la culpa!

—Y es Vd. tan cínico que lo confiesa!

—Pero si es por complacerte! . . .

—Por complacerme! Y ese es el modo de complacerme? Traerme los hijos de otros, echar esa carga á su mujer! ¿Por qué no lo ha puesto Vd. en un taller para que aprenda un oficio y se haga hombre? Por qué no lo ha destinado Vd. á un cuerpo de línea para que siguiese la noble carrera militar?

—Mira Medea: es el hijo de mi pobre hermano, lleva mi apellido como tú, no tenemos hijos. . . . ¿Qué cosa mas natural que lo hagamos nuestro hijo, que lo eduquemos conforme á nuestros medios?

—Ca! No me muelas la paciencia, Ramon, no me impacientes,—contestaba mi tia Medea furiosa.—Yo no necesito de tu nombre para nada! Guárdatelo, que para nada me sirve! Yo me llamo Berrotarán y Vd. es un pobre diablo, hijo de un lomillero. Si señor, de un lomillero! Su padre de Vd. era lomillero en tiempo de Rosas. Haga Vd. lomillero á su sobrino!

Mi tio se ponía rojo de vergüenza ante estas contestaciones, y yo, que no podia darme cuenta de cómo mi tia, tan llena de orgullo y de pretensiones, habia podido casarse con el hijo de un lomillero, decia para mis adentros que debian haberla casado por fuerza con mi tio Ramon, porque de otro modo, no podria explicarse tanta desigualdad de condiciones. Indudablemente mi tio Ramon habia abusado de mi tia, permitiéndole que lo aceptara por esposo.

Escenas conyugales como la que acabo de

narrar eran muy comunes en aquella casa. Mi tío estaba completamente sometido; en lo único en que era incorregible era, como ya lo he dicho, en materias de amor, y por esta causa se daban los más famosos combates íntimos que tenían lugar. Combates. . . .? digo mal; mi tío no combatía nunca; se entregaba por completo, rendido á discrecion, y mi tía emprendía la terrible ejecucion del marido infiel.

Mi tía Medea era muy dada á la política; ella pretendía tomar parte en el gobierno, y era por consiguiente amiga de la situacion.

La época en que yo me criaba era muy agitada. Hacia poco tiempo que se habia dado la batalla de Pavon. Quería mi tía llevarlo todo á sangre y fuego, y su divisa era « ó por la ley ó por la fuerza. »

Mi tío Ramon habia tenido que inscribirse en uno de los centros electorales en que la opinion estaba dividida, y aunque con un carácter muy indiferente por la cosa pública, el buen ciudadano figuraba pomposamente en la comision directiva, debido sin duda á la iniciativa de su mujer, que no admitía excusas, y á sus medios pecu-



niarios; y no á su entusiasmo por la lucha ó á sus aspiraciones políticas.

El candidato de mi tia ejercia sobre ella la influencia de un profeta: no concebía que delante de su figura inspirada y magnífica pudieran levantarse adversarios; mi tia, como hé dicho, era de una virtud ágría é indomable, pero, cuando se hablaba de su orador y de su poeta, una especie de delirio alarmante la invadia; y si hubiera sido jóven y bella y su ídolo le hubiera dado una cita á media noche, habria ido, loca de amor á rendirse á sus caricias omnipotentes, porque perderse con él no habria sido para ella una falta sinó el cumplimiento de un deber inescusable.

Así era por aquellos dias el fanatismo político entre las mujeres. El ídolo político de mi tia, hombre formal, estudioso, lleno de buena fé, como el profeta de Münster tenía una especie de virtud inconsciente é involuntaria para revolver las cabezas femeninas, y á pesar de toda su gravedad, de todo su juicio, contábase como cierto por los adversarios, que mas de una vez, la crema de la high-life del tiempo, las seño-

ras más encopetadas de Buenos Aires, le habian hecho manifestaciones públicas de simpatía en las ventanas de su casa, poniéndolo, en una edad que no era la de Apolo, en el caso de presidir la asamblea de las mujeres, perorar ante ellas y echarles las más metafóricas, las mas eufónicas, las mas pintadas frases de su cosecha oratoria.

Por supuesto que mi tío dejaba hacer y jamás demostró celos por aquellos actos de su mujer; tenerlos habria sido tan temerario como si los griegos los hubiesen tenido de Júpiter, cuando el rey del Olimpo hacia sus parrandas nocturnas por sus hogares.

En el partido de mi tia, es necesario decirlo para ser justo, y sobre todo para ser exacto, figuraba la mayor parte de la burguesía porteña; las familias decentes y pudientes; los apellidos tradicionales, esa especie de nobleza bonaerense pasablemente beótica, sana, iletrada, muda, orgullosa, aburrida, localista, honorable, rica y gorda. Ese partido tenia una razon social y política de existencia; nacido á la vida al caer Rosas, dominado y sujeto á su sólio durante

veinte años, habia, sin quererlo, absorbido los vicios de la época, y con las grandes y entusiasmadas ideas de libertad, habia roto las cadenas sin romper sus tradiciones hereditarias. No transformó la fisonomía moral de sus hijos; los hizo estancieros y tenderos en 1850. Miró á la universidad con huraña desconfianza, y al talento aventurero de los hombres nuevos y pobres, como un peligro de su existencia; creó y formó sus familias en un hogar lujoso con todas las pretensiones inconscientes á la gran vida, á la elegancia, y al tono; pero sin quererlo, sin poderlo evitar, sin sentirlo, conservó su fisonomía histórica, que era honorable y virtuosa, pero rutinaria y opaca. Necesitó su hombre y lo encontró: le inspiró sus defectos y lo dotó con sus méritos.

En vida de mi tia, su casa era uno de los centros mas concurridos por todas las grandes personalidades, y en ella se adoptaban las resoluciones trascendentales de sus directores. Los grandes planes que debian imponerse al comité, para que éste los impusiese al público, salian de allí, y en su elaboracion tomaban parte las ca-

bezas supremas, que deliberaban como una especie de estado mayor, sin que los gefes subalternos tomasen parte en las discusiones. Lo mas curioso era, que aquella gran cofradia creía, ó estaba empeñada en hacer creer que era el partido, quien concebía los profundos programas electorales, y la verdad era, que el gran partido solía convertirse en un sér tan pasivo como los ídolos Asirios, que aterraban ó entusiasaban á las muchedumbres segun el humor del gran sacerdote que gobernaba los resortes ocultos de la deidad.

Tenian aquellas reuniones un colorido particular, y mas de una vez fuí espectador de las escenas que se producian entre sus altos y profundos augures. Mi tia no estaba quieta un solo instante; salía y entraba á la sala en que se congregaban sus correligionarios, atendía á una que otra visita íntima del bário en las habitaciones interiores, y volvía de nuevo por un instante á seguir el hilo de los debates y peroraciones que tenian lugar.

Una noche, próxima al dia de una eleccion, segun creo, se reunieron en casa de mis tios

aquellos hombres que yo consideraba providenciales. Desde temprano se habian encendido todas las arañas y candelabros del salon, y yo, ardiendo de curiosidad, hice todo lo posible por ser espectador lejano desde la antesala de aquella notable asamblea.

Eran las ocho de la noche y entraban los primeros concurrentes.

— No me hable vd. de la juventud, señor don Ramon, la juventud del dia no sirve para nada, decia á mi tio un caballero flaco, de cuarenta años largos, con una fisonomía garabateada por la barba y las arrugas del cutis.

— Tiene razon, doctor, los jóvenes no sirven para nada. — No te metas, Ramon, en lo que no sabes, contestaba mi tia furibunda.

— Vean vds., señores: llevar hombres jóvenes á las cámaras sería nuestra perdicion. La juventud del dia no tiene talentos prácticos; ¿cómo quieren vds. que los tenga? Le dá por la historia y por estudiar el derecho constitucional y la economía política en libros! Forman bibliotecas enormes y se indigestan la intelijencia con una erudicion inútil que mata en ellos

toda la espontaneidad del talento y de la inventiva. Sí, señores, los libros no sirven para nada! Ustedes me vén á mí. . . . Yo no hé necesitado jamás libros para saber lo que sé. Pero no quieren seguir mis consejos, señor! Los libros no sirven para nada en los pueblos nuevos como el nuestro. Para derrocar á Rosas no fueron necesarios los libros; para hacer la Constitucion de 1853, tampoco fueron necesarios, y es la mejor constitucion del mundo. Yo soy abogado y me ha bastado Darnasca para aprender mi profesion. La nocion del derecho se pierde cuanto mas á fondo se quieren conocer los textos. Lo mismo es la política! Nosotros no estamos preparados para gobernar con Hamilton, Madison y Story. El buen sentido, eso basta! Sí, señores, el buen sentido basta! Yo por ejemplo, no leo sinó los diarios; y el periodismo, señores, es como el pelícano, alimenta á sus hijos con su propia sangre. ¿Usted ha estado en mi estudio, señor don Ramon, ¿no es verdad? ¿Ha estado vd.? Pues bien! ¿Qué libros ha visto vd.? Colecciones de los diarios en que hé escrito, eso sí: la coleccion de *La*

---

*Colmena, La Espada de Damócles, La Regeneracion Porteña, El Gorro de la Libertad, etc.*, todos los diarios de que hé sido redactor. Pues bien, eh? . . . hé necesitado alguna vez informarme sobre la pesca de los penguines en la costa Patagónica, cuando he sido ministro, ¿Qué hé hecho? . . . á *La Espada de Damócles*. . . registro la coleccion, y en 1853 ó 54, encuentro el artículo que escribí sobre la pesca de esos moluscos. . . .

—Pero doctor, ¿los penguines no son aves? observó mi tio.

—Pero no vuelan, señor don Ramon, y son esencialmente marítimos, y se pescan en vez de cazarse; por eso es que los clasifico entre los moluscos, y así los designo en mi artículo de *La Espada de Damócles*. Y lo mismo que digo de la pesca de los penguines, digo del gobierno parlamentario; nos están hablando de las bondades del sistema bi-camarista. . . . Vean ustedes el resultado que nos ha dado en la nacion y en la provincia. . . . Hemos retrocedido, señores, hemos retrocedido veinte años; nuestro primer acto de gobierno debe ser volver á la

cámara única y poco numerosa. Yo lo he sostenido en un artículo que escribí en 1853 en *El Gorro de la Libertad*; ahí están los argumentos irrefutables de mi tesis. La cámara única, señores, no hay nada mejor; basta el buen sentido para comprender que dos cámaras es el absurdo, señor! Una está en contra de la otra siempre, y ¿cómo gobernar cuando dos fuerzas iguales se chocan? El axioma físico es que dos fuerzas iguales se destruyen. . . . y la física tiene leyes análogas á la política! No hay gobierno posible así! La cámara única es lo mas sencillo, lo mas espeditivo y lo mas cómodo! . . .

— Pero los ingleses, señor doctor, tienen dos Cámaras, observó uno de los circunstantes.

— Permítame, señor; la Inglaterra es un país extravagante, de clima diferente al nuestro, y se explica el error allí. Pero nosotros tenemos un clima ardiente y es un peligro grave prodigar las fuerzas y el número de las ásambleas parlamentarias en la República Argentina. Eso es lo que nos lleva siempre á las oposiciones tenaces. Nuestro partido perderá el gobierno por eso, señores; por estender el número de las



asambleas. Con una cámara única de veinte y cinco amigos; no seremos vencidos. Yo se lo he dicho siempre al general:—No le haga caso á don Benjāmin Boston; mire que don Benjamin es de origen norte-americano, mientras que nosotros debemos seguir la escuela política de Rivadavia. Don Benjamin es orador muy elocuente, pero no tiene una cabeza política ni previsora: tiene demasiados libros para ser buen gobernante y jamás ha escrito en un diario. Pero no se me hizo caso, señor, y ya verán ustedes los resultados!

—Cuanto me alegro, doctor Trevexo, que Ramon oiga lo que usted dice! Cuánta razon tiene usted! Figúrese usted que mi marido se empeñaba en llenarle la cabeza de librajos á su sobrino y enseñarle idiomas, y que sé yo que otras cosas.... ¿Para qué?...

—Todo eso no sirve para nada, señora. En-séñele usted á leer y á escribir y deje usted al talento que se revele solo. Repito á usted que en este país los hombres no necesitan estudiar nada para llegar á los altos puestos.

¿No me vé vd. á mí?

Acostumbre vd. al niño que lea los diarios y á que guarde recortes de los artículos que le interesen. A los veinte años sabrá mas que toda su generacion.

— Pero ya vé vd., doctor Trevexo, que el general no debe ser de su opinion; pocos hombres tienen mas libros y papeles que él; un dia que tuve el alto honor de verlo en su casa salí pasmado de la copiosidad de su biblioteca.

— A eso iba, eh! eso iba á contestarle: es que vd. ha conocido al general en su mala época; desde que ha empezado á estudiar ha empezado á degenerar, ha perdido el brillo de su palabra y la espontaneidad de su espíritu y se ha envejecido.

— Es posible? Qué es lo que me dice vd. doctor? interrumpió mi tia llena de sobresalto.

— Lo que vd. oye: Don Buenaventura se ha hecho un indiferente criminal desde que se le ha ocurrido instruirse. ¿Quién me lo negará? Todo su talento improvisador se le ha apagado. Qué diferencia del general de hoy al de otros tiempos; qué improvisaciones las de entónces, qué discursos, qué proclamas, qué artículos!

— Y qué versos , agregó mi tío Ramon lleno de buena fé, con el ánimo de cooperar al elogio.

— No! los versos no han sido nunca gran cosa, contestó el doctor con impaciencia.

— Oh! perdone , doctor, ¿y *El Matrero* y *El Mendigo*? agregó mi tía.

— Pschet! así, así... No! los versos no son su fuerte. Pero los discursos, las proclamas; aquel discurso contra los ministros de Urquiza...

— Ah! sí! cuando les ofrecía echar las puertas de los ministerios á cañonazos á aquellos bandidos , rompió mi tía electrizada.

— Eso es, eso es; y aquella proclama al pueblo de Buenos Aires: «Os devuelvo intactas...»

— No, intactas no; la proclama decia «casi intactas.»

— Bueno, es lo mismo. ¡Qué bellas frases, qué verdades de á puño! Ah! qué tiempos, doctor! Esos eran tiempos de entusiasmo. Si cada vez que me acuerdo de lo que era Buenos Aires el año pasado no más, me convenzo de que las porteñas ya no somos lo que éramos; qué union! ¿Quién se atrevía á hablar en contra

nuestra? No habia sino un hombre, un solo hombre y ese hombre era él.

— ¿Y se acuerda vd. de la discusion del acuerdo, doctor?

— Cómo nó, misia Medea!

— Entónces sí habia decision popular; las injurias y denuestos que vomitaron los enemigos de Buenos Aires; aquellos bandidos! las pagaron caras. Qué barra, qué barra lucida y resuelta; cómo silvaba á los traidores y cómo aplaudia á aquellos patriotas!

— Yo tengo presente ese dia, observó uno de los personajes que allí estaba.

— Es cierto, señor don Pancho, que usted estaba allí, contestó el doctor Trevexo.

— Cómo nó! Yo capitaneaba el grupo principal.

— El de los tenderos patriotas, nó?

— Precisamente; nos habíamos reunido la noche antes en mi tienda toda la crema de la calle del Perú; Tobías Labao, Narciso Bringas, Policarpo Amador, Hermenegildo Palenque: la flor del mostrador, que durante la tiranía de Rosas habia estado metida en un zapato, y nos fuimos

á la barra. Cuando hablaba don Buenaventura, lo saludábamos con una lluvia de aplausos, y cuando los urquistas pedían la palabra se armaba la gorda.

—¿Pero hubo algunos muy insolentes, nó?

—Cómo nó! y nos insultaron; pero Buenos Aires triunfó y nos libramos de Urquiza.

—Y de los provincianos para siempre. Por que allí se salvó Buenos Aires, y si no hubiéramos triunfado allí, hoy estaríamos conquistados y perdidos, señor don Pancho, dijo mi tia exaltadísima, devolviendo el mate á la mulatilla despues de hacerlo roncar con una chupada postrimera llena de vigor que aplicó á la bombilla.

La conversacion habia llegado á esta altura, cuando los sirvientes anunciaron á varios caballeros que acababan de llegar. Los recientemente llegados eran siete ú ocho personas.

Cambiados los saludos de órden y algunas palabras de etiqueta, sobre la salud de las familias respectivas, los circunstantes ocuparon sus asientos al rededor del salon.

El doctor Trevexo se sentó en el sofá, al lado

de dos caballeros, uno muy flaco y el otro sumamente grueso.

El flaco era un hombre alto, con una cabeza diminuta. Entre las cejas y el pelo tenía una faja blanca que le servía de frente; la boca era hundida como la de un cráneo, la nariz de un atrevimiento procáz, no por la enormidad del tamaño, sinó por su afligente exigüidad; y sobre todo, por la insolencia con que la naturaleza la habia respingado para presentar al espectador sus dos ventanas, como el hocico de un *brack* que olfatea al aire. El gesto peculiar de aquel hombre me sugería la idea de un ser que vive aspirando un mal olor constante á su alrededor. Su rostro era una mueca perpétua contra los miasmas, que se exageraba de una manera alarmante cuando él tenía la pretension de sonreirse. Los brazos eran tan largos como las piernas, el pecho era hundido, la espalda escasa, las orejas parecían dos conchas de ostras y el pescuezo, sumamente corto para su altura, desaparecía entre la cabeza y el cuerpo, dándole el aspecto de esas garzas que para dormitar al sol sobre las aguas estancadas y verdinegras de

---

nuestras lagunas, enroscan sus pescuezos longitudinales, tomando la actitud más formal y venerable que es capaz de tomar un pájaro.

El otro caballero era lo que se llama un hombre de peso. Si su vecino del sofá pecaba por su figura angulosa y rigurosamente lineal, éste pecaba por la prodigalidad chacotona con que la naturaleza había empleado las líneas curvas para diseñarlo. La cabeza era grande, y aunque vulgar por la vertiginosa rapidéz con que descendía hasta la frente, exhibía un rostro lleno de magestad y de satisfecha suficiencia.

El abdómen, ampliamente pronunciado, lo era bastante para poner en conflicto la resistencia pertináz de las abotonaduras del chaleco y del pantalon, á las que estaba confiada la solemne mision de contener sus formas. La fisonomía tenía grandes pretensiones á la formalidad; pero yo no sé qué diablos había en aquella cara de luna llena que me hacía verla en menguante, á pesar de su redondéz. Las piernas eran diminutas, pero morrudas, el pié pequeño pero ancho; la cara completamente afeitada y una nariz invasora que hacía contraste con el reco-

gimiento desdeñoso de la del señor flaco que se sentaba á su lado.

— Señores, dijo el doctor Trevexo, ya estamos en *quorum* y es menester que comencemos. ¿Quiere vd. presidir, señor don Ramon?

Mi tio, que permanecia de espectador pasivo, salió de su letargo y algo cortado, puso una cara de signo interrogante que descubria toda su indecision para desempeñar el alto y difícil cargo que se le proponia. Mi tia le tiraba de la levita y le decia en voz baja pero resuelta: — No, Ramon, guárdate bien de meterte en lo que no sabes. — Mi tio tragaba saliva y guardaba silencio como un hombre que no sabe que partido tomar. Por último rompió. . . .

— Doctor, si yo no tengo el hábito de estas cosas. . . . No me es posible. . . .

— Presida vd. entónces, doctor Trevexo dijo el señor gordo.

¿No le parece á vd., señor don Juan? agregó dirigiéndose al caballero flaco y ñato que habia entrado con él.

Este hizo una solemne inclinacion de cabeza que significaba un signo de aprobacion, y volvió



á levantar su cara chata á tanta altura que pude verle las cavernas de la nariz en toda su siniestra lobreguéz.

— Bien; que presida el doctor Trevexo, agregaron varios concurrentes.

El protagonista de aquella reunion política no se hizo de rogar más. El asiento central del sofá del salon fué desalojado para el presidente. Este se sentó, sacó del bolsillo interior de su levita unos papeles, los desdobló y los puso sobre sus rodillas; se sonó en seguida estruendosamente la nariz por dos ó tres veces, dobló su pañuelo con una sola mano al rededor del puño y lo depositó en su bolsillo, como un hombre habituado á todas esas añagazas y posturas preliminares de los discursos.

— Señores, dijo, estamos empeñados en una lucha homérica; de esta lucha resultará el *ser* ó *no ser* para nuestro partido. Aquí no estamos todos, pero no convendria que lo estuviéramos. Una cosa son las reuniones populares de los teatros y de las calles, otra cosa deben ser los actos de la direccion y de la marcha de nuestro partido: una cosa son las batallas en las guerri-

llas, en las cargas y en los entreveros, y otra cosa son las batallas en el cuartel general. El elector, el club parroquial, pueden ir valientemente al átrio á votar, porque no tienen responsabilidades; el soldado muere en el asalto, en la lucha cuerpo á cuerpo; la metralla lo quema y lo despedaza, pero muere sin responsabilidad. La responsabilidad de las grandes luchas electorales, como la de las grandes acciones de guerra, está en los generales: el soldado no muere sinó materialmente, de un bayonetazo, de un tiro de fusil, de una bala de cañon, de hambre y de sed; pero el descalabro de una campaña política ó militar es la muerte moral de los gefes y la muerte moral de las cabezas es la muerte del espíritu dentro del cuerpo vivo: una especie de embalsamamiento inconsciente.

Tratamos, señores, de formar una lista de diputados. Nada mas prudente que confiar su elaboracion á las corrientes encontradas del pueblo, continuaba el doctor Trevexo sin escupir. «El estado soy yo» decia Luis XIV. La forma democrática se inspira en el derecho natural. En la tribu los más fuertes, los mas hábiles, asu-

men la direccion de agrupaciones humanas: el derecho positivo codifica la sancion de las legislaciones inéditas del derecho natural y nosotros exclamamos ; « el pueblo somos nosotros ! »

— Muy bien ! muy bien ! perfectísimamente ! continúe usted , doctor , le interrumpió el señor gordo sin poder contener la ola de entusiasmo .

— Se critica el sufragio universal , pero no se dá la razon de su crítica ; el error de los que lo combaten acerbamente consiste en creer que el sufragio universal es el derecho que todos tienen de elegir . Error ! Grave error , señores ! Si las leyes del universo están confiadas á una sola voluntad , no se comprende como lo universal puede estar confiado á todas las voluntades . El sufragio universal , como todo lo que responde á la *unidad* , como la *Universidad* , bajo el gobierno *unipersonal* de un rector . ¡ Unipersonal ! fíjense ustedes bien ! es el voto de uno solo reproducido por todos . En el sufragio universal la árdua mision , el sacrificio , está impuesto á los que lo dirigen , como en la armonía celeste , el sol está encargado de producir la luz y los planetas de rodar y girar al rededor del sol , apa-

reciendo y desapareciendo como cuerpos automáticos sin voz ni voto en las leyes que rigen la armonía de los espacios. Y declaro señores que esto último, no es mio sinó del divino maestro.

—Pero es admirable! exclamó el señor gordo.

—¿Entiende usted, Misia Medea? agregó dirigiéndose en voz baja á mi tia.

—No, señor don Higinio, pero yo tambien lo encuentro admirable como usted.

—¿Qué seria de nosotros, señores, el primer partido de la república, el partido que derrocó á Rosas, que abatió á Urquiza, el partido de Cepeda, esa Platea argentina, en que el Xerjes entreriano tué vencido por los Alcibíades y los Temístocles porteños, si entregáramos á las muchedumbres el voto popular? Nosotros, somos la clase patricia de este pueblo, nosotros representamos el buen sentido, la esperiencia, la fortuna, la gente decente en una palabra. Fuera de nosotros es la canalla, la plebe, quien impera. Séamos nosotros la cabeza; que el pueblo sea nuestro brazo. Podemos formar la lista con toda libertad y en seguida lanzarla. Todo el

partido la acatará; nuestra divisa es OBEDIENCIA: cúmplase nuestra divisa.

— Yo me he permitido formar un proyecto de lista que someto á la consideracion de ustedes, dijo uno de los presentes, jóven de hermoso aspecto, de simpática figura, que hasta entónces habia guardado silencio.

— A ver, lea usted, dijo el doctor Trevexo.

El jóven leyó su lista en medio del silencio dignísimo de la concurrencia; dos ó tres la aprobaron despues de leída, pero los demás, suspensos de la fisonomía del doctor Trevexo, que demostraba visible descontento, no articularon una sola palabra de aprobacion.

— ¿Qué le parece á usted esa lista, señor don Ramon? dijo don Narciso acercándose al oído de mi tio.

— Muy buena, muy buena, contestó mi tio.

— Pues á mi me parece muy mala!

— Y á mí tambien agregó don Juan, haciendo el gesto de asco que le era peculiar.

— Cosas de muchachos ambiciosos, de mozalvetes: Miren ustedes, qué atrevimiento! Solo á la juventud del dia puede ocurrírsele tener

pretensiones de figurar en las listas de diputados, murmuraba *sotto-voce* don Pancho el tendero, asociándose al grupo de los descontentos.

— Señores, dijo en voz alta y varonil el jóven que habia propuesto la lista; es necesario llevar fuerzas nuevas á la cámara, y las fuerzas nuevas están en la juventud que ha salido ayer de los claustros universitarios. Yo no tengo las ideas del doctor Trevexo sobre el sufragio universal; somos un partido oligárquico con tendencias aristocráticas; esclusivistas aún dentro de su propio seno, á quien se acusa, y con razon, señores, de gobernar ó de querer gobernar siempre con los mismos hombres, y que repudia toda renovacion, toda tentativa para recibir hombres nuevos en el grupo de sus directores. Pido que se tome en consideracion la lista que hé presentado.

El doctor Trevexo, hombre viejo y resabiado en materia de debates ágrios, contaba con un rebaño muy dócil para perder tiempo en polémicas apasionadas: habia aleccionado á sus adeptos de antemano, y á una seña suya don Juan, con su voz gangosa, dijo:

—Quej sje vooote la lijta.

—Señor, no se puede votar todavía, ni hay para que votar la lista. Se votarán los nombres de los propuestos, uno por uno.

El doctor Trevexo, renovó la seña.

—Quej sje vooote la lijta, repitió don Juan.

—Señores, si se procede de ese modo, nos retiraremos, replicó el jóven con acento resuelto.

—Retíjrese, contestó á su turno don Juan.

El jóven y el grupo que lo acompañaba se retiraron. Los hombres de juicio y de esperiencia quedaron dueños del campo. Mi tia supo con indignacion, que mi tio Ramon habia sido el culpable de que aquella juventud atrevida, hubiese venido á turbar el órden y la paz octaviana de la reunion. Mi tio Ramon los habia invitado! Don Pancho el tendero, echaba sapos y culebras contra aquellos osados, y suplicaba al doctor Trevexo que los denunciara al gefe del partido al dia siguiente. Don Higinio, como buen estanciero, vecino de campo y de ciudad, renegaba contra la juventud del dia y la universidad, madre engendradora de doctores inútiles y de muchachos pillos y botarates. Don Ben-

jamin era felicitado por la manera severa y eficaz con que habia enseñado la puerta de la calle á los revoltosos.

Los señores Palenque, don Policarpo Amador, don Narciso Bringas y don Pancho Fernandez, rodearon al doctor Trevexo y la sesion continuó como si nada hubiese sucedido.

—¡Pero qué atrevimiento! qué osadía! En mi casa, en mi casa, venir á promover semejante escándalo! Y pensar, doctor, que es mi marido quien tiene la culpa de todo! exclamaba mi tia mirando furibundamente á mi pobre tio, que durante toda la escena anterior se habia conducido tan obtusamente, que no supo que partido tomar con los que se marchaban y con los que se quedaban.

—Hé aquí, señores, hé aquí, mis amigos, lo que les decia á ustedes hace un instante sobre la juventud del dia! respondia el doctor Trevexo. ¡Qué falta de resignacion política, qué carencia de sumision y de respeto demuestran á los designios superiores de la experiencia! Un partido! Un partido es una colectividad cuya primer condicion de vida es la obediencia. Y no



hay nada mas hermoso, nada mas eficaz, nada mas eficiente, que ver esa gran máquina humana movida por una sola voluntad que hace el sacrificio de su raciocinio en nombre de sus grandes ideas políticas. Ayer no más lo hemos visto; 30,000, 40,000 almas, cuarenta mil seres racionales, ocupando diez cuadras de la calle Florida, aplaudiendo á una voz, vivando un nombre, obedeciendo una órden; padres, madres, hijos é hijas, ancianos y viejos, lanzados al mar de las pasiones electorales por una sola voz, riendo á una seña, llorando á otra de entusiasmo, marchando en procesion y vivando simultáneamente el adorable nombre de su divino gefe. Eso es partido!

—¡Viva el doctor Trevexo! exclamó don Juan.

—¡Viva! exclamaron los demás circunstantes incluso mi tia Medea que traspiraba de entusiasmo.

—¿Por quién vota usted, señor don Pancho, para primer candidato de la lista?

—¡Por mi venerado gefe, don Buenaventura.

—Y yo tambien! dijo don Policarpo Ama-

dor, antes de que le tocara el turno para votar.

—Y yo! exclamó don Tobias Labao con la misma anticipacion.

—Por el mismo! gritó sin esperar que le preguntasen nada don Pancho.

—Por don Buenaventura, agregó don Narciso Bringas.

—Ramon tambien vota por él, doctor, Trevexo, dijo mi tia; apunte doctor, el voto de Ramon; y si ustedes me permiten votar á mí, yo....

—Vote usted, señora, vote usted mil veces; la más poderosa válvula política de nuestro partido es la mujer. Los hombres y las mujeres coexistimos en la plaza pública. Vote usted, señora, imite usted á las matronas espartanas que se arremangaban las túnicas y declamaban en la ágora.

—Mil votos por mi general!

—Señores ¿quieren ustedes designar el siguiente candidato? preguntó el doctor.

—Por el doctor Trevexo, señores. Espero que todos me acompañarán á votar por él, vociferó don Pancho.

---

—Por el doctor Trevexo, por el primer diplomático argentino.

El doctor Trevexo era en este momento objeto de toda mi admiracion. ¡Con qué modestia aquel grande hombre, aquel espíritu lógico y concienzudo, que acababa de esponer tanta doctrina luminosa, recibía las aclamaciones unánimes de la distinguida sociedad que sabía aquilatar su talento superior!

El doctor Trevexo fué aclamado unánimemente, y con la misma unanimidad, sin que se suscitara divergencia alguna, en una perfecta armonía, fueron proclamados candidatos don Benjamin, don Pancho, don Tobias Labao, don Narciso Bringas, don Policarpo Amador y don Hermenegildo Palenque, es decir, todos los concurrentes menos mi tio Ramon.

El doctor Trevexo volvió á guardar los papeles en la levita y se levantó.

—Señora, dijo á mi tia, pocas veces nos ha costado mas trabajo que en esta ocasion formar una lista. Pero estoy contento. El gefe la proclamará mañana, y el partido la recibirá de sus manos consagrada como una bandera de lucha.

---

— ¿Confía usted en la victoria?

— Señora, cuando se dispone, como disponemos nosotros, de las imaginaciones populares, los hombres desaparecen, surgen las muchedumbres: la muchedumbre es como el mar, el viento la agita, la calma la atempera.

Mañana nuestros nombres serán aclamados por este pueblo, que es un gran pueblo porque sabe marchar sin preguntar nunca dónde lo llevan. ¡La victoria será nuestra!

---



## V

**O**h mi niñez! Mi niñez fué triste y árida como esos arenales africanos que desde abordo contemplan por largas horas los viajeros al aproximarse á las costas del Senegal. Tenia doce años y pasaba con razon por un muchacho imbécil: no sabia leer sino silabando torpemente; las letras, formadas en línea nublaban mis ojos, y al querer mover la lengua para pronunciar las palabras, la sentia amarrada por ligaduras crueles, que me hacian tartamudear y sentir delante de los estraños la herida profunda y venenosa del ridículo. Escribia torpemente y con

una ortografía de la mas espontánea barbárie. Oh mis planas! Cuánto me costaba hacerlas y qué mal me salian!

Mi tia Medea no se habia preocupado de hacerme enseñar nada. Para qué necesitaba aprender? El doctor Trevejo ya se lo habia dicho: — « para ocupar altas posiciones en este país no se necesita aprender nada. » Y tenía razon. Yo me preparaba para las altas posiciones, siguiendo el consejo al pié de la letra.

Mi tio Ramon no se conformaba, sin embargo, con aquel sistema de educacion espontánea, y el pobre hombre, en medio de sus devaneos amorosos, solia dedicarme algunos momentos; él me habia enseñado á deletrear en los títulos de los diarios y bajo su direccion habia aprendido á hacer mis primeros garabatos.

Vivía en el interior de la casa, entre los criados y criadas: su sociedad me encantaba, y seria un ingrato si no recordára con afecto á aquella buena gente con quien pasé los primeros años de mi vida.

Despues de la reunion que acabo de describir la guerra habia estallado entre Buenos Aires y

---

la Confederacion, y, aunque mi propósito no es consagrar muchas páginas á la política, necesito contar la parte que yo tomé en el entusiasmo guerrero de aquellos días.

Ya hé dicho hasta que punto llegaba la exaltacion de mi tia, partidaria resuelta de la guerra con toda la buena fé de su alma, creyéndose una matrona griega, hija de la invicta Buenos Aires, de la Atenas del Plata y de quien sé yo qué mas.

La batalla de Pavon, habia tenido lugar el 17 de Setiembre de 1861, y la victoria produjo en Buenos Aires un entusiasmo indescriptible.

Desde antes que ella tuviera lugar mi imaginacion estaba convulsionada por los cuentos de los sirvientes de mi casa y por las conversaciones animadas de sobremesa que sostenia mi tia con sus relaciones. Yo no pensaba sinó en soldados y batallas; tenia cierta disposicion genial al dibujo y pasaba las noches dibujando el ejército y la escuadra de Buenos Aires en marcha contra Urquiza; y entre las filas de soldados, sobre un caballo trazado con el más respetuoso cuidado, diseñaba la figura de mi general, ídolo

de mis sueños infantiles, especie de Cid fraguado por mi fantasía de niño, caricaturado involuntariamente por mi lápiz torpe, y destinado por la providencia á aplastar á Urquiza, á quien yo me lo representaba vestido de indio, con plumas en la cabeza, con flechas y un gran facon en la cintura, rodeado por una tribu salvaje que constituía su ejército.

La noche en que se tuvo la noticia de la batalla mi tia me sacó á caminar, para tomar lenguas, como ella decia.

Las calles estaban cuajadas de gente. Corrian ya los rumores precursores de la gran noticia. Algunos dispersos habian llegado al Pergamino y unos proclamaban resueltamente la victoria, otros dudaban del éxito, y los mas tranquilos, manifestaban la vacilacion que se experimenta en esos trances.

No era entónces Buenos Aires lo que es ahora. La fisonomía de la calle del Perú y la de la Victoria, han cambiado mucho en los veinte y dos años transcurridos: el *centro* comenzaba en la calle de la Piedad y terminaba en la de Potosí, donde la vanguardia sur de las tiendas esta-



ba representada por el establecimiento del señor Bolar, local de esquina, mostrador democrático á la alba, cuando cocineras y patronas madrugadoras acudían al mercado, y burgués, si no aristocrático, entre las 7 de la noche y el toque de ánimas. El bárrio de las tiendas de tono se prolongaba por la calle de la Victoria hasta la de Esmeralda, y aquellas cinco cuabras, constituían en esa época el *boulevard* de la *fashion* de la gran capital.

Las tiendas europeas de hoy, híbridas y raquíticas, sin carácter local, han desterrado la tienda porteña de aquella época, de mostrador corrido y gato blanco formal sentado sobre él á guisa de esfinje. Oh qué tiendas aquellas! Me parece que veo sus puertas sin vidrieras, tapizadas con los últimos percales recibidos, cuyas piezas avanzaban dos ó tres metros al exterior sobre la pared de la calle; y entre las piezas de percal, la pieza de pekin lustroso de medio ancho, clavada también en el muro, inflándose con el viento y lista para que la mano de la marchanta concedora apreciase la calidad del gé-

nero entre el índice y el pulgar, sin obligación de penetrar á la tienda.

Aquella era buena fé comercial y no la de hoy, en que la enorme vidriera engolosina los ojos sin satisfacer las exigencias del tacto que reclamaban nuestras madres con un derecho indiscutible.

¡Y qué mozos! Qué vendedores, los de las tiendas de entónces! Cuán lejos están los tenderos franceses y españoles de hoy de tener la alcurnia y los méritos sociales de aquella juventud dorada, hija de la tierra, último vástago del aristocrático comercio al menudéo de la colonia. No pasaba una señora ni una niña por la calle sin tributar los mas afectuosos saludos á la rueda de contertulianos sentados cómodamente en sillas colocadas en la calle y presididos por el dueño del establecimiento. Y cuando las lindas transeuntes penetraban á la tienda, el dueño dejaba á sus amigos, saludaba á sus clientas con un efusivo apretón de manos, preguntaba á la mamá «*por ese caballero,*» echaba algunos requiebros de buen tono á las señoritas, tomaba el mate de manos del *cadete* y lo ofrecía á las señoras

---

con la mas exquisita amabilidad; y solo despues de haber cumplido con todas las reglas de este prefacio de la galantería, entraban clientas y tenderos á tratar de la árdua cuestion de los negocios.

Habia siempre en las tiendas de antaño un olor inextinguible á tripe, porque nunca faltaban cuatro ó seis grandes cilindros de tripe inglés formados á la entrada de la casa que, á su calidad de mercaderia de fondo, reunian la ventaja accesoria de servir de poyos para sentarse á los tertulianos habituales del establecimiento. Y despues, los mostradores estaban alfombrados con tripes representando todo un jardin zoológico de fieras estampadas, tigres, panteras, gatos monteses y leones rubicundos, reposados magistuosamente sobre paisajes historiados de selvas de lana con que las fábricas de Manchester reemplazaban en nuestras mansiones aristocráticas de entonces la carencia de Aubuisson y de gobelinos.

¡Qué agilidad aquella con la que el patron, apoyándose sobre la mano izquierda saltaba el mostrador! Qué gracia con la que desplegaba

ante los ojos de las clientas, de un golpe, y como un prestidigitador, la pieza de percal, de museлина ó de *barège* envuelta al rededor de la tablilla que quedaba desnuda de su preciosa mercancía abandonada indiferentemente sobre el mostrador. Qué elasticidad de movimientos, qué vertiginosa rapidéz, la que el tendero de aquel tiempo desplegaba para medir sobre la vara, el lote vendido, dejándolo amontonarse ampulosamente sobre el mostrador con elegante negligencia, acariciando el género con los dedos, llevándolo á los ojos de la compradora, poniéndoselo en la mano, refregándolo para justificar la falta absoluta de goma y otras añagazas de fábrica, y hasta trayendo el único vaso de la trastienda lleno de agua para ensopar en él, el extremo de la pieza de muselina y justificar la tinta indeleble de la tela.

No habia *marchantas* que resistiera á las gracias, al donaire y á la fuerza de las evoluciones de aquellos hechiceros.

Pero estos eran los tenderos *dandys*; habia además los tenderos *sirenas*, llamados así porque su cuerpo estaba dividido por la línea del

---

mostrador como el de la encantadora deidad de los mares está dividido por la línea del agua.

El tendero *sirena* era ser humano desde la cabeza hasta el estómago y pescado desde el estómago hasta los piés. De busto correcto, su medio cuerpo, no dejaba nada que desear bajo el punto de vista de la elegancia, desde la parte exterior del mostrador el parroquiano no tenía nada que observar, pero la *sirena*, no podía salir del mostrador sin peligro, porque como ese era su elemento, si lo abandonaba mostraba por fuerza la cola indecorosa: el tendero *sirena* usaba levita de faldon largo para economizarse el uso de los pantalones, y zapatillas para ahorrarse las incomodidades del calzado; de modo que el mostrador, servia para cubrir la parte menos bella pero no por eso menos interesante de la estátua.

Entre los príncipes del mostrador porteño el más célebre sin disputa, era don Narciso Bringas: gran tendero, gran patriota, nacido en el bário de San Telmo, pero adoptado por la calle del Perú como el rey del mostrador. No habia mostrador como el de aquel porteño: todo el

barrio junto no era capaz de desdoblar una pieza de madapolan y de volverla á doblar como don Narciso ; y si la pirámide misma le hubiera querido disputar su amor á Buenos Aires , á la pirámide misma le habria disputado ese derecho.

Lo tengo tan presente , que si fuera pintor podria hacer su retrato de memoria y con los ojos cerrados : petizon , piernas cortas , movable como una ardilla , muy cabezon , largos cabellos ensortijados y una frente ancha y espaciosa que revelaba todos sus talentos. Sus manos parecian álas , sus ojos luciérnagas , su voz melíflua é insinuante atraía simpáticamente y tenia un vocabulario propio , que el mismo Molière habria envidiado para dotar con él á las mugeres sábias.

Gran patriota , habia tomado parte en la revolucion de Setiembre y en Cepeda , cuyos episodios narraba noche á noche esplicando las causas mas remotas del desastre con razones convincentes. Pero si en medio de la narracion , alguna dama del gran mundo , y sobre todo de la gran política , penetraba en la tienda , don Narciso abandonaba la tertulia , saltaba el mostrador , mandaba alinearse á los dependientes

desde el principal hasta el cadete, y comenzaba la batalla de los trapos con una série de operaciones estratégicas que lo conducian indefectiblemente á la victoria por una combinacion de procedimientos tan lógica como la que empleara Napoleon en sus campañas.

Cuando logré conocerlo á fondo, me convencí de lo mucho que valía. Tenía entre sus variadísimos talentos el de afinarse á las condiciones del marchante, ni mas ni menos que como se afina un violin á la nota que dá el director de orquesta. Don Narciso subia ó bajaba el tono segun la gerarquía de la parroquiana: dominaba toda la escala; poseía toda la *preciosidad* del lenguaje culto de la época y daba el *do* de pecho con una dama para dar el *sí* con una cocinera.

Los tratamientos variaban para él segun las horas y las personas. Por la mañana, se permitía tutear sin pudor á la parda ó china criolla que volvía del mercado y entraba á su tienda. Si la clienta era hija del país, la trataba llanamente de *hija*; hija por arriba, é hija por abajo. Si él distinguía que era vasca, francesa, italia-

na, extranjera en fin, iniciaba la rebaja, el último precio, el *se lo doy por lo que me cuesta*, por el tratamiento de *madamita*. Oh! ese madamita lanzado entre 7 y 8 de la mañana, con algunas cuantas palabras de imitación de francés que él sabía balbucear, era irresistible.

Durante el día los tratamientos variaban entre *hija é hijita*, entre tu y usted, entre *madamita y madama*, según la edad de la *gringa*, como él la llamaba cuando la compradora no caía en sus redes.

A esas horas del día la *toilette* de don Narciso era negligente; pero daban las cuatro, y, no bien había entrado el gallego cotidiano con las *viandas*, don Narciso se engolfaba en los antros profundos de la trastienda, sacaba del interior del mostrador un pan de jabón de España, se lavaba con él, en un lavatorio cojo de hierro con pies de sátiro, y á la luz de un cabo de vela, se acariciaba el cuello y la pechera de la camisa para quitarles el aspecto marchito que la labor del día les había impreso, tomaba el peine desdentado de su uso y se peinaba sin agregar otra pomada á sus ensortijados cabellos que un poco



---

de goma de membrillo elaborada por él mismo para su uso particular.

Aderezado de esa manera ahorcábase en sus cuellos á la *degollée*, muy en moda entonces, y con una corbata con los colores de la pátria; comía en un verbo, hacia comer á los muchachos, y en cinco minutos ocupaba magestuosamente su trono en el primer extremo del mostrador, campo de sus hazañas, donde apoyado con toda la elegancia de que era capaz, pasaba la hora estéril del crepúsculo hasta que la noche llegaba y la high-life de aquella época entraba á disputarse las novedades de lo de Bringas.

Mi tia Medea era gran parroquiana de lo de don Narciso y tenia esa inclinacion garrulera, comun en ciertas señoras, de departir con el tendero todas las novedades de la crónica del dia.

Aquella noche no se hablaba sinó de política, y solamente los que hemos vivido bajo la atmósfera caliente del Buenos Aires de entónces, podemos apreciar la importancia que tenian las pláticas de los mostradores de la calle del Perú y

de la calle de la Victoria, y la concordancia de miras sociales y politiqueras que existia entre don Narciso Bringas y mi tia doña Medea Berrotarán.

Era natural pues, que aquella noche mi tia se dirigiera á lo de Bringas.

— ¡Viva la pátria! exclamó don Narciso al vernos entrar.

— ¡Viva! repitió mi tia; supongo que usted me anuncia el triunfo, don Narciso.

— El triunfo mas completo, señora: Urquiza ha sido completamente derrotado, y todo su ejército muerto ó prisionero; la guardia nacional de Buenos Aires se ha batido de guante blanco, Jouvin legítimo. Yo sólo he vendido doscientos pares de tirta.

— Una ballenera que ha llegado de Zárate ha traído la noticia de que Urquiza ha sido tomado prisionero, agregó uno de los que estaban en la tienda.

— ¿Será posible? exclamó mi tia.

— Si ha de ser, señora, no le quepa duda; si la mozada que iba en el ejército era de mi flor.

En ese momento se oyeron las detonaciones

---

de algunos cohetes que estallaban á no muy larga distancia.

— ¡ Cohetes! exclamó don Narciso, boletin, ese es boletin! Vaya, Caparrosa, agregó dirigiéndose al muchacho cadete de la tienda, vaya y compre el boletin de un salto, y véngase volando.

El cadete, que estaba detrás del mostrador, dió un brinco como un gamo, salvó la valla y tomó la calle por suya en direccion á la imprenta en donde reventaban los cohetes sin cesar.

Al mismo tiempo, un tropel de gente se dirigía á la calle Victoria, donde se aglomeraba la muchedumbre que esperaba la noticia.

Mi tia tomó asiento en lo de Bringas con el fin de esperar el anhelado boletin, y como el cadete que habia ido en su busca tardase demasiado, don Narciso despachó otro dependiente más, y detrás de él salieron tres ó cuatro parroquianos, cuya impaciencia por conocer las nuevas no les permitia esperar. Mi tia, que no era mujer de esperar, se puso tambien en marcha hasta la boca-calle y me arrastró consigo.

En una vieja casa de la vereda norte de la cua-

dra de Victoria entre Bolívar y Perú, se agolpaba la muchedumbre, y de cuando en cuando, un cohete volador que partía desde el interior de la casa atronaba los aires.

Mi tía pujaba por abrirse paso, haciendo esfuerzos inauditos para conservar la manteleta sobre los hombros. En la puerta de la imprenta, un joven de veinte y dos años, más ó ménos, parado sobre una mesa que interceptaba completamente el zaguan de entrada, repartía con dos ó tres hombres el boletín de noticias que acababa de imprimirse, y contestaba vivamente á las diferentes preguntas que le hacían los parroquianos con una vocesita tiple y chillona, que en vano se esforzaba por hacer varonil.

Los compradores que conseguían obtener su boletín salían corriendo despues de haber luchado por romper la verdadera muralla humana que cerraba la calle.

Mi tía se engolfaba cada vez mas en el peloton de gente aglomerada. Caparrosa, el cadete de Bringas, un galleguito ladino y vivaracho, habia conseguido treparse en una reja, y enfilando casi por una tangente al joven

que vendía los boletines en la entrada le gritaba: —

— A mí, don Jacinto, á mí; me manda don Narciso. Eh! don Jacinto, eh! don Jacinto, don Jacinto, soy el cadete de lo de Bringas. — Uno para mí, aquí tiene el peso; y mostraba el billete hecho peloton entre los dedos.

El interpeledo, despues de mucho rato, y aturdido probablemente por los gritos de Caparrosa, lo vió al fin trepado en la ventana y metiendo apénas la cabeza en direccion al zaguan y arrugando el boletin para tirárselo, le gritó:

— *Largá* el peso!

— Ahí vá, don Jacinto, ahí vá, agárrelo, ahí vá; y Caparrosa tiró su peso con tal maestría, que don Jacinto lo cazó en el aire, ni más ni menos que un gato caza una mosca al vuelo.

Caparrosa tomó el boletin y trató de descolgarse de la ventana; pero mi tia, que ya habia conseguido abrirse una brecha y tomar posiciones, le gritaba: —

— No te bajes, muchacho, no te bajes, cómprame á mí otro, espera; y diciendo y haciendo, forcejeaba su ridículo que se obstinaba en

no abrirse, hasta que despues de mucho forcejear pescó un peso, y estirando todo cuanto le fué posible el brazo derecho, lo alcanzó á Caparrosa que continuaba trepado en la ventana.

—Otro, don Jacinto, otro boletin para la señora de Berrotarán: Pshit! pshit! don Jacinto! Otro boletin! seguía gritando y accionando Caparrosa con la única mano libre que le quedaba en su envidiable posicion de la reja.

—*Largá* el peso, volvió á contestar don Jacinto.

—Ahí vá, ahí vá el peso, barájelo; y Caparrosa tiró el peso, y don Jacinto lo volvió á cazar en el aire.

Caparrosa se descolgó por fin de la reja con sus boletines, y junto con él, mi tia y yo, comenzamos á forcejear para abrirnos paso á través de la multitud.

Al cabo de unos minutos salía mi tia bañada en sudor de aquel combate; y acomodándose la gorra sobre los bandeau entraba triunfante en lo de Bringas con un boletin en la mano.

—Triunfo completo; aquí está, véalo, léalo usted!

Don Narciso tomó el boletín, mi tía se sentó en una silla y los demás circunstantes rodearon al lector. Don Narciso leyó con voz conmovida. La victoria era completa. A la lectura de cada nombre de guerrero, las exclamaciones de júbilo de los oyentes interrumpían al lector.

De repente, la frente de don Narciso se nubla, mira á mi tía, mira á los demás circunstantes, levanta al cielo sus ojos, y, con la voz mas quejumbrosa y desgarrante, exclama:

— ¡El Conde romano muerto!

— El Conde romano? Qué ha leído usted? No puede ser! Debe usted haber leído mal! exclamaba mi tía sumamente afligida!

— Sí, señora, sí, lea usted, vea: « *tenemos que lamentar por nuestra parte la muerte del jóven conde romano. . . .* »

— Ah! qué lástima de jóven! qué pena, qué dolor! Mas de una muchacha se vá á morir de tristeza: Joaquinita por ejemplo, la de Alegre, está perdidamente enamorada de él; en cuanto lo veía pasar á caballo, envuelto en su capa gris. aquella muchacha no se podía dominar y salía á la puerta de calle para verlo. ¡Pobre jóven!

—Y la de Vargas, Victorita, lo mismo; aquí lo encontró una noche y no le quitaba los ojos, dijo don Narciso,

—¿Y qué será del ejército enemigo? preguntó uno de los parroquianos.

—Se lo ha llevado el diablo pues; eso no se pregunta.

—Déme mi boletín, don Narciso; me voy á casa á darle la noticia á mi marido, que estoy segura que no sabe nada de lo que ha sucedido.

—Muy buenas noches, misia Medea. Ya sabe que tengo rica cinta celeste y blanca, y coco con los colores de la patria para que usted se sirva cuando regrese el ejército de campaña. Como usted ha de adornar su frente. . . .

—De seguro! con usted y con toda su tienda cuento. . . . ¡Ah! la muerte del Conde romano no me permite gozar de la noticia por completo.

—Vamos, vamos, Julio, y mi tía me indicó el camino para salir.

—¿Y este niño es de usted? preguntó uno de los visitantes.

—No, señor, yo no he tenido nunca hijos;



---

este muchacho es un sobrino de mi marido, hijo de Tomás, que murió hace tiempo.

—¿Qué Tomás? preguntó á media voz el interpelante á don Narciso, sin que mi tia pudiese oirlo.

—Don Tomás Rolaz, hermano de don Ramon aquel empleado de la Contaduría. . . . ¿no se acuerda usted, hombre?

—¡Ah! sí, uno muy urquisista?

—El mismo.

—¡Ah! Adios, amiguito, me dijo el señor curioso, que tanto se interesaba por saber de mí tomándome del brazo y deteniéndome mientras mi tia ya pisaba la calle; adios. . . . cuatro balas merecía éste como el padre, agregó en el mismo dintel de la puerta frunciendo el gésto.

Yo me escurrí y me prendí del brazo de mi tia, llevando impresa la fisonomía de aquel señor, en quien habia tenido la desgracia de levantar tanto ódio y tanta pasion de venganza.

---



## VI

Cuando llegamos á casa, mi tío, contra todos los cálculos de mi tía Medea, ya sabía la noticia de la batalla.

La casa estaba llena de gente, como de costumbre. Se repetían los comentarios que habíamos oído en lo de Bringas; la muerte del Conde romano producía entre las visitas extensas lamentaciones y tremendas protestas contra los cobardes enemigos.

Mi tía contó cómo había conseguido comprar uno de los primeros boletines.

A cada momento entraban sirvientes trayen-

---

do recados para ella: el doctor Trevexo la habia mandado felicitar; los ministros habian hecho otro tanto; el señor Amador y el señor Palenque habian venido á hacerlo en persona. Mi tia rebotaba de orgullo y de entusiasmo.

Yo me retiré poco á poco de la sala y me fuí en busca de los sirvientes que departían el mismo tema en las habitaciones interiores de la casa; las mulatas y negras de la servidumbre cotorreaban á destajo sobre política.

Solamente mi buen compañero Alejandro, un mulato que habia estado al servicio de mi padre guardaba silencio y mostrábase taciturno ante el alborozo de los demás.

Yo adoraba á Alejandro; tenía por él una profunda admiracion; era el único en la casa que le hacia frente á *la tigre*, como él llamaba á mi tia. Era Alejandro un pardo alto, delgadito, enhiesto y flexible como un álamo: tenía la cabeza admirablemente puesta sobre sus hombros; entre los sirvientes tenía *vara alta* como se dice; todos lo llamaban *Don*, y más de una le hacia ojos tiernos, porque Alejandro era *ás* entre la gente de color. Era cochero de mi tía, y cuan-

---

do Alejandro empuñaba las riendas de la calesa de la señora de Berrotarán, los tordillos negros de mi tía, al tomar el trote largo, eran la pareja mas famosa que por aquellos tiempos trotaba en la calle de la Florida y en el camino de Palermo.

Alejandro, del cual yo hacia lo que se me antojaba, no parecía muy satisfecho con las noticias que corrían por la ciudad aquella noche. Yo estaba desvelado con la escitacion natural producida por los sucesos, y mi cabeza no pensaba sinó en batallas y soldados.

Conseguí fácilmente que Alejandro me acompañara á mi cuarto: mi tío me habia regalado varias cajas de soldados de plomo, entre los cuales figuraba un regimiento de caballería en cuyo gefe yo creía entrever la figura invencible y milagrosa de don Buenaventura, el general y candidato de mi tía. Los detalles del boletin leído en lo de Bringas me quemaban los sesos. La primera vocacion de un muchacho es la guerra: tener un sable, un fusil, un cañon, aunque sean de juguete; generalmente por ahí terminan los hombres entre nosotros. Tener una ó várias

cajas de soldados, formarlos, hacerme la ilusión de que aquello es un ejército, ese era mi ideal en aquellos días.

Alejandro, que me comprendió, se echó al suelo largo á largo en mi cuarto, encendimos dos velas, las pusimos sobre la alfombra y comenzamos á formar las dos hileras de guerreros de estaño, una frente de la otra. Por demás está decir que en el ejército de Alejandro figuraba la broza de mis cajas de soldados; el enemigo no merecía otra cosa, mientras que en el mio, las filas estaban compuestas por infanterías y caballerías recién salidas de la plomería. Frente á mi línea de batalla, cabalgando en un corcel blanco en actitud de galopar, con elástico y pluma, sable desenvainado, yo habia colocado á mi general. A su turno, Alejandro, sirviéndose de un soldadito roto, habia puesto el suyo al frente de su línea y para provocarme me decía:

— ¡Este es don Justo, mi patron!

— ¡Muera don Justo! le grité yo, y, sirviéndome del proyectil recíproco, que era una pelota de goma, envié la primera descarga al campo

enemigo, consiguiendo derrumbar toda una hilera de la tropa de Alejandro.

—¡Allá vá! me contestó Alejandro; y la pelota entró por mi campo, llevándose el primero por delante á mi invicto general.

Lancé una mirada furibunda á Alejandro por aquella falta de respeto y con toda la energía de mis dedos volví á parar á mi capitán sobre el campo de la acción; pero Alejandro, con una pasión pueril y tenacísima volvió á sembrar la muerte y la desolación en mi campo por medio de un nuevo pelotazo que dirigió contra mi ejército.

—Basta! no quiero jugar más, le dije con mal humor; mira, Alejandro, ¿Conoces la tienda de Bringas? Sabes dónde es?

—Sí, niño ¿cómo nó? Por qué me lo pregunta?

—Porque esta noche hemos estado allí, y un señor alto preguntó quien era yo, y al salir, me dijo que yo merecía cuatro balas, como las hubiera merecido papá. . . . ¿Por qué me ha dicho eso ese señor?

—Porque su papá no era como usted, parti-

dario de ese general de estaño que usted quiere tanto.

— ¿Y cómo lo és mi tío Ramon ?

— ¡Bah! su tío Ramon es un zonzo; ni tiene opinion ni sabe donde tiene la nariz; le tiembla á la *tigra*, y á usted le ha dicho eso algun tendero adulon de los de por acá que conoció á su papá.

— Pero ¿qué papá hizo algun mal á ese señor ?

— Ya lo creo, no tenía la misma opinion de él.

— Pues ¿y mi tía ?

— Su tía es la que dá la voz y el voto aquí, ménos á mí, que, al fin y al cabo, uno de estos dias le voy á dar un susto haciendo desbocar los caballos y echándola á una zanja por exaltada.

— Entónces yo debo pelear contra don Buenaventura ?

— Pues ya lo creo, y ahí vá un pelotazo más! Y Alejandro acabó de derribar todos los soldados de mi ejército, mientras yo, pensativo, vacilante en la bondad de mi causa, dejaba hacer, sin atreverme á tomar la ofensiva.

Aquella noche me costó dormirme; era dia

.....

entrado ya cuando me desperté en medio del sobresalto de un sueño en que me veía amarrado á un árbol, y en momentos de ser fusilado por el señor de la tienda.

—————





## VII

**U**na tarde del mes de Enero entró mi tío Ramon á casa con la noticia de que al dia siguiente desembarcaria indefectiblemente el ejército vencedor por el muelle de pasajeros. Hacía dias que se venía anunciando el regreso de las tropas, y mi tia, cuya casa estaba situada en una de las principales cuadras de la calle de la Victoria, aceptando la oferta de su gran amigo y correligionario don Narciso, tenia ocupadas á todas las sirvientas de la casa en coser piezas y piezas de coco blanco y azul para adornar los balcones con ellas y con una gran canti-

dad de banderas y gallardetes de toda clase que le habia prestado, segun ella contaba, un comisario de policia, grande amigo suyo.

Mis tios habian invitado á todas sus relaciones para ver pasar las tropas desde los balcones, y Alejandro, bastante mal humorado por cierto, pasó toda esa tarde y parte de la noche en invitar por recado á todas las amistades de la familia.

Al dia siguiente reinaba en la ciudad un inmenso entusiasmo; hombres y mugeres hervian en el puchero porteño, como diria el autor del *Diablo Cojuelo*. Todas las elegancias, todo el caudal de las modas habian sido reservadas para aquel dia. Muchas matronas de peso que hoy han trepado la cima de los cincuenta, eran criaturas adorables entónces y esperaban con las manos llenas de flores y coronas el desfile de sus guerreros predilectos, hoy maridos vichocos ó solterones embalsamados, que purgan el delito de su inconstancia en el Club del Progreso reflexionando sobre una mesa de dominó.

Me habian vestido de nuevo aquel dia, y mi tia, que participaba de la alegría general y go-

zaba por consiguiente de un buen humor excepcional, me habia trazado un programa deslumbrador, cuya primera parte consistía en que yo no ocupara un sitio en los balcones porque no habia lugar, en cambio de ir al *Bajo* á ver las tropas con Alejandro y por la noche al teatro con mi tío. Yo bailaba de júbilo. Ir á la fiesta solo, con Alejandro, era una dicha; el mulato reacio y voluntarioso, se habia empeinado en no salir y, encerrado en su cuarto, se negaba á complacerme; pero fueron tantas mis súplicas y mis empeños que al cabo cedió, y muy de mañana nos pusimos en marcha para el muelle. La ciudad estaba completamente embanderada; yo seguía absorto de la mano de Alejandro, que, caminando con desdeñosa indiferencia, procuraba quitarle la vereda á todo aquel en quien él creía encontrar un transeunte alegre. Entramos á la Plaza Victoria; frente á la Policía se levantaba un arco adornado con banderas patrias y grandes palmas de sauce lloron. Yo quise ver el arco, como era natural á pesar de la resistencia de Alejandro.

— Vamos, vamos, llévame, le decía,

— ¡Bonita cosa quiere ver! no pierda el tiempo en ver mamarrachos; vámosnos.

Pero tanto hice, que el mulato tuvo que ceder, y llegamos al arco que á mí me pareció colossal.

— Vamos, pues, niño; vamos.

— Aguárdate, vamos á leer lo que dice allí; y yo, que no era muy fuerte para leer de corrido, me puse á deletrear los motes de los bastidores:— « MEN-GUA Y BAL-DON Á LOS CO-BAR-DES QUE ABAN-DO-NA-RON Á SUS HER-MA-NOS EN LA HO-RA DEL PE-LI-GRO. »

— ¡Méngua para ellos! me contestaba Alejandro taimado.

— Demos vuelta, vamos á ver lo que dice del otro lado del arco.

— Si no debe decir nada, me replicaba Alejandro.

— Sí, sí, vamos; y obligándolo á dar vuelta, me encontré con otro letrero. No vés, porfiado, le dije, como aquí tambien han escrito! ¿A ver lo que dice? Y despues de mucho esfuerzo, deletreé;— « SE-PUL-CRO DEL UL-TI-MO DE LOS TI-RA-NOS — DES-TRUC-CION DE

LOS ÚL-TI-MOS RES-TOS DE LA MAS-HORCA. »

— ¡Ah! perros! ¿Eso han puesto?

— Eso, sí, ¿y qué tiene de malo? ¿Por qué te enojas?

— Porque todo eso es mentira, niño; es puro papel pintado, como todo lo que manda hacer el doctor Trevexo.

— Pues estás equivocado; ese letrero no lo ha puesto el doctor Trevexo, sinó mi tia Medea: ella lo escribió el otro dia y yo le oí decir que era para que se pusiera en uno de los arcos de la plaza.

— ¡Ah, tigra! — Solo ella es capaz de tanta rábía; dijo Alejandro contemplando con ira el arco y levantando el puño en señal de amenaza.

Atravesamos la plaza y descendimos al Bajo por la calle de Rivadavia. Una inmensa turba, compuesta de gente de todas menas, llenaba la vereda y la calle, y se agolpaba contra la baranda de fierro de la muralla que dá sobre el rio.

Todos miraban el horizonte. El río estaba en bajante, y mucha gente curiosa ocupaba la playa, donde un enjambre de pilluelos saltaba

y retozaba por las toscas. No faltaban personas graves, que, armadas de anteojos de teatro, escudriñasen el rio y consultasen con sus vecinos los puntos más remotos que se dibujaban en el límite del agua con el cielo.

—¿No le parece, señor, que han de venir por allí? decía, un hombre á otro que, valido de un pequeño antejo de larga vista, interrogaba el horizonte con majestad.

El interpelado no contestaba nada, y parecia resuelto á emplear la mas estudiada reserva con su interlocutor, que se mostraba sumamente interesado en trabar relacion con él.

—¿Es telescopio ese? insistió el oficioso.

El dueño del antejo no contestó nada. Sémi avergonzado el pregunton, mirónos á todos los que rodeábamos al señor del antejo con cara de cretino, como un individuo que se confiesa en una posicion falsa.

Pero nuestro hombre no era individuo de ceder á dos tirones y reincidió.

—¿Me quiere dejar mirar un momento?

El dueño del antejo tampoco contestó esta vez.

—¡ Eh, señor! repitió tocándolo tímidamente sobre el brazo ¿ me quiere dejar mirar?

El del antejo sacó los ojos del vidrio, dió vuelta para ver quien lo hablaba y contestó secamente.

—Nó!

El desairado trató de forjar una sonrisa para disimular.

Entretanto, habia ganado posiciones junto á la reja del murallon donde estábamos, una señora gorda, con un peinado de bananas sobre el cual colgaba una mantilla española de chapa, metiendo codo á todos los obstáculos que habia encontrado á su paso; la cara, iluminada por una capa de colorete recientemente aplicada, distribuia una sonrisa perenne por todas partes; y, metida dentro de un vestido de moirée verde, inflado por un miriñaque movedizo y oscilante, parecia un montgolfier en el momento de elevarse.

Un lunar con pelo en la parte inferior de la cara daba á nuestra recién llegada un aire picaresco de coqueta retirada.

Acompañábanla dos muchachas de aspecto

poco distinguido pero llenas de arrumacos y perendengues, con unos cuerpos bien trazados, y unos bustos en los cuales la naturaleza ó el arte habian abusado con cierta insolencia de una inclinacion marcada á la exhuberancia. Las dos muchachas, oriundas del barrio de Monserat seguramente, rayaban en los 20 ó 22 años y penetraron á nuestro grupo, que ya se iba estrechando, metiendo una algarabía inusitada de gritos y risotadas cuyas causas no me podia explicar.

— Míra, mamá, dijo la mayor, este caballero es tan amable que te vá á dejar mirar por el antejojo.

— ¡Por Dios, Raquel! no molestes á ese señor. . . . qué vá á decir de nosotros! contestaba con un tono de aparente reproche la señora.

— ¡Señor! señor! ¿ quiere dejarnos ver por ahí? insinuó la otra jóven.

— ¡Ah! no, por Dios! no se incomode usted. . . . Judit, por Dios, cállate repetía la madre con un contoneo de cabeza continuo.

El del antejojo continuaba impassible como una estatua, como si nadie le hablase.



—Allá se vé un humo, allá vienen, gritó uno por allí cerca. La ola humana se agitó y se hizo un remolino; la gente se agrupó en la baranda; todos querían ver. Yo, prendido de Alejandro, trepado sobre sus hombros, dominaba la altura.

—¡Ay! que me arrugan! gritaba la madre de Raquel y de Judit, sin que el miriñaque la ayudara á subir. ¡Ay mi vestido! que me estropean todo! Judit! ¿dónde estás? Judit, ay! Dios mio! No veo á Judit! Judit! Judit! Judíiiiit!

Judit, que estaba allí cerca, y á quien la madre no podía encontrar, conversaba con un joven de sombrero gacho, levita negra de lustrina y pantalon blanco almidonado, sin guardar distancias, es decir, unida á él por una proximidad inusitada.

—Ay! mi hija, mi hija ¿dónde está está mi hija? Se me ha perdido mi hija! Judit! Judiii iiiittt! exclamaba la señora prolongando el grito.

—Aquí estoy, mamá, no alborote, aquí estoy; contestó por último Judit, haciendo lo posible por soltar la mano de su galan, que la retenía con fuerza para que no se marchara.

—No te muevas de acá, bribona; no te me separes. — Ven tu tambien, Raquel. — ¡Ay Jesús! bien me decía tu padre! No te metas mucho entre la gente con las muchachas Donata; míra que no faltan atrevidos que las manoseen en los entreveros y que á tí tambien te han de manosear: ¡Qué gente, por Dios; qué gente! qué falta de respeto con las señoras! Cuánto mejor no habría sido ir á los altos de Colon!...

Pero la muchedumbre en movimiento lo arrastraba todo. Cargado por Alejandro, que con el brazo libre que le quedaba se abría paso como un Hércules, avanzábamos á tomar otra posición.

Yo, desde los hombros elevados de mi conductor, veía á la pobre misia Donata y á sus dos bíblicas criaturas, víctimas del pronóstico de su marido y manoseadas por aquella turba indisciplinada, entre la cual habia mocitos que le pirateaban las hijas y groseros que le deshacian las bananas y le arrancaban su espléndido vestido color cotorra, admiracion suprema del barrio de Monserrat en la misa de una.

— Ya han fondeado! ya han fondeado los bu-

ques! gritaban á nuestro alrededor. Vea, señor, le decía un negro á un caballero petizon, que en vano se empinaba para poder ver; vea, allí, allí, y apuntaba con el dedo índice.

—¿A dónde? á dónde? interrogaba el otro impaciente, parado sobre la punta de los piés?

—Allí están; ahí ha fondeado el *Salto*, allí el *Pampero*, más atrás el *Hércules*; aquel que viene andando todavía es el *Pintos*, y los otros dos barcos de la izquierda son de vela, el *San Juan Bautista* y el *Rio Bamba*.

—¡*Ché!* y vos cómo sabés los buques, le dijo Alejandro.

—¡Oh! no vé que soy del Bajo, amigo, contestó el negro. Míre, agregó, allá van las falúas á buscar la oficialidad y las balleneras para desembarcar la tropa. ¡Bomba! Pás! Ese es el *Córdoba* que hace salva.

Y, en efecto, una repentina nube blanca envolvió los costados del barco y el éco del cañonazo se dilató retumbando sordamente por los espacios.

Eran las tres de la tarde de aquel día sofocante; las iglesias echaban á vuelo sus campa-

nas, los cohetes y las bombas estallaban en el aire sin interrupcion. A medida que la tropa desembarcaba, los batallones iban formando en el muelle la columna. Mientras esta operacion tenía lugar, Alejandro y yo contemplábamos desde léjos recostados sobre la reja, porque no nos habian dejado pasar de los kioskos de la entrada para adelante.

En la playa, y al pié mismo del murallon donde nosotros estábamos, varios carreros del Bajo, en traje de fiesta, se habían congregado para oír á dos de ellos, que, armado el uno con una guitarra profusamente encintada de blanco y celeste, y el otro con un acordeon, cantaban coplas patrioteras en una de esas tonadas características del compadrito de Buenos Aires.—

—¡Qué cante el virola! gritaba uno de los oyentes.

—¡Tu madrina! contestóle el guitarrero, que en efecto tenía los ojos más torcidos que una encrucijada.

— *Cantá ché* lo que has *arreglaó pa la guardia nacional*.

El de la guitarra con el del acordeon atacaron

un aire vulgar pero cadencioso, antepasado en línea recta de la milonga del día, y detrás del aire, el virola dijo con voz nasal y chocante la siguiente copla:

Nuestra Guardia Nacional  
 En Cepeda y en Pavon  
 Con bravura sin igual  
 Se lanzó sobre el cañon  
 Del cobarde federal.

—¡Lindo! don Políbio!— Si á carrero y á *verceador naide le gana!* Hasta á los gringos de las balleneras se les cae la baba cuando canta usted.

Los resuellos chillones del acordeon habrían seguido, junto con los gemidos de la guitarra, si las músicas militares no hubiesen anunciado que la columna, formada ya, se ponía en marcha á lo largo del muelle.

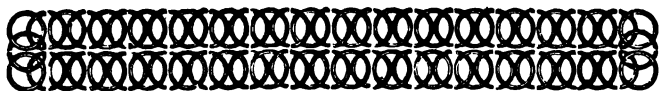
Fué entónces que la muchedumbre que obstruía la entrada, arrebatada por una fila de vigilantes armados, encargados de abrir calle, remolineó y retrocedió de espaldas, compacta, hasta apretarse contra las paredes de las casas inmediatas; un tropel de ginetes que venían de

la ciudad ocupó el espacio abandonado. Me deslumbraron el oro de los galones, las plumas blancas y azules de los elásticos agitadas por el viento, los colores llamativos de los uniformes. Alejandro me alzó en alto para que pudiera ver bien, pero apenas tuve tiempo de columbrar un elástico cubriendo una larga y abundante melena de guedejas indolentes que caían sobre una frente espaciosa y unos ojos color plomo; todo esto, sostenido sobre un cuerpo que Doré, no habría desdeñado para bosquejar un Lafayette en lontananza. Quise ver más, pero los ginetes hicieron caracolear sus caballos; las primeras hileras de la columna aparecieron, y apenas llegó á mí oído, el éco de una proclama de acentos olímpicos pero simpáticos que se extinguía en el estruendo unísono de un aplauso tributado por veinte mil manos. Yo aplaudía también y batía palmas.

—¿Por qué aplaude, me dijo Alejandro de mal humor, si no oye nada?

—Oh! le contesté ¿acaso es necesario entender? Cómo aplauden también todos los demás sin entender?

---



## VIII

**P**or la noche, mis tios, como me lo habían prometido, me llevaron al teatro de la Victoria.

La compañía de García Delgado cantaba el himno nacional y representaba la *Flor de un dia* de Camprodon. ¡Oh *Flor de un dia!* ¡Oh Pavon del teatro dramático español! ¿Por qué mi fantasía exéntrica te vé desaparecer en el pasado, en la misma tumba que tragó á los miriñaques y al peinado de bananas? — No era Lola la mas encantadora y la mas romántica de las mugeres? — No tenía Diego el contorno poético del

amante y el Marqués de Montero la estampa grave de un barítono de zarzuela triste?

¿Por qué has de ser un disparate, oh hija legítima de don Francisco Camprodon, adoptada por todos los teatros de la América latina? Tú que has hecho lagrimar un continente entero desde Vera Cruz hasta Buenos Aires!

Tú has muerto con el baton blanco; porque así como el guante de piel de Suecia, largo y arrugado, sobre el brazo flaco y nervioso de Sarah Bernhardt ha dado su pincelada á Frou-Frou, así el baton blanco con cinturon celeste, te hizo á tí, hizo á Lola, el prototipo de todas las mujeres de tu tiempo! ¡Qué diablo! tu has tenido tambien tu lugar en el siglo de Hernani!... Presidentes y ministros, generales y grandes abogados de la República Argentina, han creído en tí, como la República ha creído en ellos! Tus octosílabos rumorosos agitaron más de una noche el pecho de la vírgen y no fué solo el teatro tu dominio! Fué tambien la familia, el hogar; porque todo lo invadiste, desde el salon de mi tia Medea hasta la *academia* de negros y mulatos en que era halcon mi pardo



Alejandro. Todavía recuerdo con escándalo el gesto irreverente y volteriano con que el doctor Velez se burlaba de tí una noche, dando la nota discordante en toda tu generacion literaria. Yo sostengo y sostendré siempre que tú has hecho á muchos de nuestros poetas: y bastaria reflexionar un poco para notar que todas las manifestaciones sociales se parecían á tí en aquellos dias.

Tus versos llegaron á ser clásicos. Se citaban con gravedad en el editorial por los periodistas contemporáneos y en la Cámara de Diputados por los oradores noveles, con el mismo respeto con que en la restauracion se citaban los dísticos de Boileau! El dia de la pátria te pertenecía; te pertenecía el dia de toda fiesta nacional! Hasta drama patriótico te habia hecho el autor de tus dias sin sospecharlo!

Algunas de tus frases como « *¿tiene vuestra espada punta?* » se consagraron como el *Di quella pira* y el *la donna é mobile* de Verdi. — No habia entónces realismo; Mister Pickwick no habia atravesado el Atlántico; estaba en Bath presidiendo su club; *Nana* era un micróbio

D'Artagnan era catedrático de historia; los Girondinos enseñaban la política. Era la época de las cavatinas, cuarteadas con acompañamientos rudimentarios; Lohengrin bebía mosela en los vidrios blasonados de Baviera: el Trovador era la ópera con Mirati y Tamberlick; tú eras el drama con la Rodriguez y la Bigones, con Enamorado y Vilardebó! El teatro de la Victoria era tu campo de batalla!

¡Oh mis buenos y bravos cómicos, aquella noche estaban todos! — Mi imaginación los evoca; desfilan como los fantasmas del sueño del pasado y penetran al oscuro y olvidado panteón de las glorias del arte argentino; allí yo les levanto un monumento con los restos del guardarropa de Dagnino, en que había de todo; forma la base el casco de Gonzalo de Córdoba, cubierto por el manto lanar moteado, armiño de Isabel la Católica; *D. Juan Tenorio* vela sobre el *Terremoto de la Martinica*, mientras que la *Campana de la Almudaina* toca á rebato en la horca de los *Escalones del Cadalso*.

Pero sobre esta pirámide funeraria, levantada á los Talma y á los Keen de la gran aldea, tres

figuras se levantan: Lola, Diego y el Marqués, cantando el himno nacional antes de contar su candoroso poema de celos y de amor á una sala llena, en donde brillan las mas lindas mugeres de aquellos dias — ¡Pasad, oh sombras!

.....

.....

Habiamos ocupado un palco balcon de la derecha inmediato á aquella antigua viga blanqueada que sostenía el techo y que por su espesor desafiaba las fuerzas de Sanson mismo.

Mi tia se habia hecho acompañar por la seño-rita Fernanda, que yo estaba acostumbrado á ver con frecuencia en casa. Fernanda tenia 18 años; pálida, de ojos claros y grandes, frios y como azorados entre las densas ojeras que los sombreaban; en sus lábios gruesos que dibujaban una boca que podia llamarse grande sin injusticia, trazábase no sé qué vaga sonrisa, en la que un observador sagaz, habria encontrado el amor y el desden reunidos en un consorcio inexplicable; la cabeza era noble y altiva, sin embargo. En aquella época, en que los peinados eran una epopeya de rulos y rellenos,

Fernanda llevaba el suyo de una simpleza tal, que rayaba en la suma elegancia: sus cabellos, de un rubio mate, recogidos y sujetos por dos cintas de moirée celeste, iban á rematar en la mas linda nuca de mujer. Su seno escaso, tenia sin embargo no sé qué atrayente seduccion, dilatada por la morbidez de todo su busto: irradiaba su semblante esa gracia apática é indolente que el pincel del Veronese imprimia en el rostro de sus patricias venecianas — Era en fin aquella mujer un conjunto de frialdad y de elocuencia, de belleza y de defectos, que atraía irresistiblemente, y en la que la originalidad del gesto y del mirar despertaban en mí una profunda y codiciosa curiosidad.

Fernanda, recostada sobre la balaustrada, oyó de pié el himno, y, cuando éste terminó, se dejó caer negligentemente sobre su silla y abrió su enorme abanico de plumas blancas, con un ademan lleno de innata voluptuosidad. — Qué contraste formaba aquella delicada criatura con mi tia Medea! Una era la distincion personificada; la envolvía, la perfumaba un vapor de elegancia y de buen tono. La otra era un fau-

---

no obeso; su voz gruesa, su pescuezo corto, su pecho invasor, un bozo récio, que ya era bigote casi, hacian de ella un ser híbrido, en el que los dos sexos se confundian. Estaba esa noche verdaderamente constelada de diamantes, desde la cabeza hasta los dedos, y como los tenia, y muy buenos, uno de sus orgullos era colgárselos para exhibirlos.

Inquieta y parlanchina mantenía un verdadero telégrafo de saludos con todo el teatro; con los palcos, con la cazuela, con la platea; á todos conocía, á todos saludaba francachonamente con el abanico.

De repente, un murmullo de simpatía cundió por la sala entera, y todas las miradas convergieron al palco central de la ochava: muchos personajes, vestidos con la mas rigurosa etiqueta, tomaban asiento.

Mi tia empezó á nombrarlos á todos.

—Saluda, Ramon, saluda, le decia á mi tio.

—Si no ven para acá Medea . . . . .

—Sí que ven, saluda te digo; y mi tia, al propio tiempo que le ordenaba á mi tio que saludase, hacia repetidos movimientos de ca-

beza en direccion al palco central, sin que fuesen notados por sus ocupantes.

—¿Quiénes son, señora? preguntaba Fernanda.

Pero mi tia no contestaba; empeñada en colocar su saludo en la cara de sus ídolos y en que su marido tambien lo colocase, lo cazó materialmente del brazo y le mandó que esperára la ocasion propicia para mover el pescuezo. De pronto parecióle que la miraban.

—Ahí mira don Buenaventura! ahí te mira el doctor Trevexo... dijo; ahora!... saluda Ramon.

Y ambos movieron la cabeza con urgencia; hicieron con ella un balance para cazar la visual del adversario, pero ¡oh contratiempo! Una mirada vaga é indecisa, de la cual tenia yo una vaga idea, recorria la fila de los palcos sin detenerse en los brillantes de mi tia, y el saludo fué un saludo en el vacío.

Mi tio tosió para disimular el contratiempo. Mi tia le echó la culpa, sosteniendo que se le habia puesto por delante; mi tio quiso rectificar, pero se le ordenó que guardase silencio

y obedeció. Yo miraba el suelo, compartiendo la vergüenza de mis tios; y Fernanda, fria, sin curiosidad, con sus ojos claros desmesuradamente abiertos, abanicándose con toda calma, miraba abstraída hácia arriba, como si entre el techo y nuestro palco pasase una vision á través de la sala.

—Mira niño, me decia mi tia Medea sin dejarme respirar, aquel es don Buenaventura; aprende, mira qué traje tan sencillo lleva. Ese que habla con el ministro español es el doctor Trevexo; aquel que sale es el coronel Valdelirio.

Y yo miraba extasiado á aquel grupo y me decia á mi mismo: — ¡Ah si algun dia llegase yo á saber lo que sabe el doctor Trevexo! — Si llegase á ser un guerrero como Valdelirio! Y despues, aterrado de mi petulancia íntima, transaba por una fórmula mas modesta: — ¡ Si llegase á ser ministro español!

Las lágrimas consagraban el éxito del drama y de los actores en el tercer acto. Montero recitaba sus famosos endecasílabos. *La Flor de un dia* terminaba en medio de calurosos

aplausos ; la concurrencia evacuaba aquel antro que se llamaba teatro y en la puerta estallaban los *vivas* entusiastas y patrióticos del pueblo.

Mi tia se ensilló con su pesada salida de teatro, y Fernanda envolvió su linda cabeza en un pañuelo de fular color caña, dentro del cual parecia un estudio inconcluso de artista.

—Vamos, mal criado, me dijo mi tia, acompañe usted á esa señorita, ofrézcale el brazo.

Obedecí, y Fernanda me entregó el brazo sonriendo con plácida generosidad. Yo lo cerré contra el mio, y aunque era un muchacho, no sé qué vagas nociones de ternura, qué entusiasmos indefinibles esperimentó mi ser al sentir el frio desnudo de la carne, y al aspirar el perfume nunca aspirado de aquella singular criatura.

---





## IX

**H**an pasado algunos años.

Estoy lejos de Buenos Aires; en una ciudad cuyo nombre no interesa al lector.

Don Pio Amado y don Josef Garat, mis maestros, eran dos personajes singulares; singular era su escuela, singular la enseñanza, singular todo lo que los rodeaba. Don Pio era la bondad, la benevolencia personificadas; don Josef era la intransigencia, el mal humor, la ira misma. Reunidos, don Pio era la nota cómica del colegio, don Josef era la nota épica. Amábamos á don Pio y lo amábamos con toda el

alma; temblábamos ante don Josef y lo respetábamos á fuerza de malquererlo.

Don Pio, era todo gracia, dulzura y amabilidad; una cara sin pelo de barba, daba á su fisonomía una jovialidad perpétua y atrayente. De dulces maneras, lleno de cariño por los muchachos, nadie le temía, pero todos lo contemplaban. En medio de la estrema y plácida mansedumbre de don Pio, reinaba en él cierta tendencia innata á la escenticidad en lo que solía marcar rasgos positivos de talento, de observacion y de estudio. Su rostro movable, su cuerpecillo inquieto; sus ademanes de artista cómico, solian provocar entre los alumnos ciertas sonrisas de buen carácter, porque no era posible ver y oír á don Pio, sin encontrarse dominado por la idea, de que aquel hombre, sincero hasta el fondo de su alma, representaba sin embargo una comedia.

Don Pio, no podía hablar de nadie sin estraerle toda su genealogía, sin hacer su retrato físico y su retrato moral, sin marcar el rasgo cómico ó sério que podía tener, sin determinar el traje que usaba habitualmente, sin remontar en fin

hasta la biblia para presentarlo á propios y estraños.

En la enseñanza era lo mismo: aquel hombre de vida austera, correcta y arreglada, carecía de la noción del método como maestro. Cuando don Pio hacía la esposicion, no terminaba nunca; comenzaba en Sesóstris y pasaba mas allá del año corriente; y en ella iba de todo, una recopilacion de hechos y de datos, una enciclopedia de citas y de descripciones accionadas, cada una con su mímica y sus gestos particulares.

Nunca entraba sereno á la aula con las reservas y la gravedad propias del maestro, sinó á saltitos acompasados, refregándose las manos si hacía frio ó abanicándose con una pantalla de paja si hacía calor. Así, con ese paso, llegaba á la puerta de la clase, se paraba en su dintel, tomaba una posicion de contradanza, miraba al centro, apuntando en el rostro una franca sonrisa; en seguida, como un muñeco de cuerda, movía el pescuezo, y con el cuerpo hacía la izquierda, distribuía su sonrisa en esa direccion para repetir despues la misma opera-

cion y derramar su tercer sonrisa sobre la derecha. Hubiérase dicho que no era el maestro el que entraba á clase, sinó Fígaro mismo al cual solo le faltaba la navaja y el platillo del barbero.

Don Josef en cambio era un Orestes. Alto, vigoroso, la cara roja como un pimiento, la nariz chica y encorvada, la cabeza mezquina pero bien puesta sobre los hombros. Don Josef pasaba la vida clamando contra todo lo que lo rodeaba; contra el país, contra sus hombres, contra las mugeres, contra los muchachos y contra don Pio, á quien tenía en poca cuenta en las situaciones normales.

Don Josef era oriundo de Cataluña y se vanagloriaba de haber nacido en el castillo Monjuich; de haber salvado la vida á varias personas, de haber presenciado un naufragio y de haber sido casi víctima del hambre de una tigra mansa; preciábase de haber conocido á la reina de España, Doña Cristina, de haberla visto comer una olla podrida en un dia de toros. Hacía el sacrificio de confesarse descendiente de Don Gonzalo de Córdoba, pero no se pres-

---

taba á pregonar mucho el parentezco, y lo repudiaba con magestad, por que no queria que nadie sospechase, que él, aprobaba las rendiciones de cuentas de su poco escrupuloso antepasado. Vivía crónicamente colérico, sin que esto importe decir que no supiera interrumpir sus accesos para hablar con fruicion de los tesoros de Potosí y de fortunas colosales como las de los cuentos de hadas porque el buen viejo tenia altamente desarrollada la nota de la codicia.

Pero cuando él levantaba la voz en clase, ó fuera de clase, ó con los tertulianos nocturnos que lo visitaban en el colegio, entónces temblaba la casa; buscaba la invectiva, la lanzaba al rostro del adversario y la sazonaba con vocablos de estofado, acabando por dominar el debate con sus gritos estentóreos. Dentro de ese cuerpo vigoroso de rica musculatura de atleta, en el fondo de ese carácter atrabiliario, disputador y pendenciero que amenazaba tragarse la tierra, se escondía un ser enteramente pusilámine. Don Josef era una liebre.

El colegio era un vasto edificio bajo, de mu-

ros espesos y coloniales, de grandes pátiros y espaciosa huerta en la que no faltaban las clásicas higueras de antaño. Aquel edificio era un convento por sus dimensiones é invitaba á la melancolía. Yo acababa de llegar solo, casi abandonado á mi suerte. Durante el viage habia hecho el inventario de mi pasado; habia recordado la muerte de mi padre; mi horfandad; no tenia mas compañeros ni mas amigos que dos retratos mudos que llevaba siempre conmigo; el de mi padre y el de mi madre.

¿Quién era yo en el mundo? ¿Qué necesidad tenia de aprender nada? Acaso no tenia razon el doctor Trevexo cuando fulminaba á toda una generacion con su anatema contra los sábios? Nadie me amaba á escepcion de Alejandro que era el único que habia sentido mi partida de Buenos Aires. Todo lo que me rodeaba era nuevo y desconocido para mí: mi capital se componia de poco; mis ropas, mi catre y mis libros; todos mis compañeros tenian padres que velaban por ellos, que les escribian, que los regalaban. Solo yo, acostumbraba de tarde en tarde á recibir dos letras de mi tio Ra-

---

mon en las que me anunciaba el envío de lo indispensable.

No importa, yo tenia voluntad, tenia ánimo y entereza; valor y constancia. Yo sabia que habia de arribar; que habian de pasar para mí los dias de vergüenza en que mis condiscípulos menores me adelantaban.

Era un muchacho de 15 años cuando entré al colegio y apénas sabia leer y escribir, pero trabajé con teson y me abrí paso. Don Pio me amaba y don Josef, que habia empezado por espresarme el mas profundo desprecio, habia pasado del indiferentísimo al entusiasmo con una facilidad extraordinaria. Yo comenzaba á ser su ídolo. De cuando en cuando, pensaba, que siendo yo como era un pobre diablo, sin padre, sin fortuna, era demasiada generosidad de su parte interesarse por mí como se interesaba, y me lo echaba en cara; pero cuando lo sorprendía con un progreso inesperado para él, ó con un buen rasgo de conducta, entónces el buen viejo se exaltaba y pasaba los límites del entusiasmo en sus elogios.

El fuerte de don Pio era la astronomía. Daba

en el colegio un curso práctico de esa ciencia con un colorido de gestos y de movimientos rápidos y nerviosos, con los que él creía poner en evolucion todo el sistema planetario.

La clase era para él su materia cósmica.

Entraba y distribuía sus *astros* en el lugar oportuno. Cada muchacho era un planeta, y trataba siempre de representar con él no solo la situacion de cada cuerpo celeste en el espacio, sinó tambien su volúmen, elijiendo los alumnos segun las proporciones de cada uno y de cada estrella que debia figurar en el sistema.

Un muchacho entreriano, grande como un patagon, cuyo desarrollo físico no guardaba armonía con su desarrollo moral, tenia invariablemente á su cargo el papel modesto de sol; le hacia abrir los brazos, y tomándolo por la cintura, *mal gre, bon gré*, lo colocaba en el centro de la clase. Buscaba en seguida al alumno mas chico y lo ponia en un extremo del aro celeste discerniéndole el papel de luna. Era este un bolivianito, diablo y travieso, que nunca se resignaba á hacer tranquilamente su papel de astro nocturno.



En seguida ocupaban su sitio los planetas mayores y despues los menores. Júpiter con sus lunas, Uraño en la última línea del círculo, Saturno circundado por su anillo luminoso. En esta disposicion, comenzaba á funcionar la máquina astronómica de don Pio; formado su ejército sideral, se paraba al lado del sol y esclamaba: « Yo soy la tierra » y el buen maestro, comenzaba á circular de lado alrededor del enteriano que inmóvil y mudo en el centro del círculo, desempeñaba automáticamente el papel del padre del dia.

A una voz de don Pio y terminadas las evoluciones, los planetas se dispersaban y volvian á ocupar sus bancos terminándose la leccion de astronomía práctica.

Pero donde don Pio, era famoso, era en la descripcion de las batallas del curso de historia. El entusiasmo bélico se apoderaba de él: no podia limitarse á citar fechas, nombres y hechos: era necesario hacer funcionar la caballería, la infantería y la artillería.

Abandonaba su cátedra, se ponía en medio de la clase, señalaba el enemigo al frente, é in-

flando la boca, hacia tronar los cañones sobre la línea imaginaria del ejército contrario.

— Boum! Boum! exclamaba, y con el rostro excitado por la refriega y el puño cerrado por la ira militar, caian los enemigos deshechos por la metralla y por las bombas, y don Pio, como un Murat, se levantaba jadeante, triunfante, sublime en el campo de la accion.

Habia en el colegio un chicuelo que se llamaba Martin Roll que era la piel del diablo. Lo que no se le ocurría á Martin no se le ocurría á nadie. Era holgazan como una cigarra pero vivo como un rayo. — Don Pio lo reprendia con suavidad en vano. Don Josef lo anatematizaba y lo tenia concienzudamente clasificado de cretino y de imbécil. El título mas bondadoso que Martin solía obtener de él, era el muy moderado de *animal*, que se lo daba con conciencia.

Pero si Martin no abría los libros, abría y registraba las conciencias; conocía á sus maestros á fondo, y á don Josef como á su faltriquera. Habia descubierto que la condicion predominante del carácter de don Josef era la avaricia, y ponía en juego todos aquellos medios que pudie-

---

sen darle por resultado la explotación de este defecto.

En cambio, don Josef se quedaba aterrado con la prodigalidad escandalosa de Martin, quien, cada vez que volvía de su casa después de las vacaciones, traía tal surtido de regalos para toda la escuela, que el viejo avaro mortificado sin duda por aquel mal ejemplo y por el garbo con que Martin desparramaba sus presentes, acudía á sus pergaminos, recordaba á Gonzalo de Córdoba su antepasado, para repudiarlo por mal administrador y por derrochador, y terminaba por sacárselo de ejemplo á Martin para que reaccionase contra la prodigalidad y la dilapidación de la fortuna.

A pesar de tener caracteres opuestos habíamos congeniado con Martin. Sus padres vivían con holgura, y yo solía pasar en su casa una parte de las vacaciones. Pero si la alegría del colegio era Martin, la alegría de su casa era Valentina su hermana, una preciosa muchacha de diez y seis años que yo no podía tratar quince días, sin volverme al colegio con la cabeza llena de sueños y el alma llena de tristezas.

No voy á perder mucho tiempo en contar idilios de juventud porque tengo la mano torpe y el corazon duro ya para narrar la historia vieja de los primeros afectos. Pero es que Valentina era muy linda cuando tenia 16 años y debe serlo todavía á pesar de los treinta que ha de haber cumplido. Mi maestro Josef, odiaba á los enamorados, á pesar de las libertades que se tomaba él con las sirvientas del colegio á quienes manoteaba demasiado con Martin, que le hacia la competencia con un éxito que el buen viejo no conseguía.

Pero Valentina, ¡oh! Valentina me habia hecho olvidar aquella malsana aparicion de Fernanda, porque era dulce como un rayo de luna y alegre como una aurora.

A los 17 años, qué diablo, me enamoré de Valentina y tuí ménos práctico que Martin; lo confieso. Los libros de estudio no me atraían mucho; leía á Lord Byron y á Musset; las *Horas de Ocio* y la *Confession d'un enfant du Siècle* me montaron la cabeza y me enfermaron el corazon. Le hice versos á Valentina y asis-

tía á oír la lección de matemáticas como quien asiste á un entierro.

El romanticismo es la adolescencia del arte; la malicia, esa diosa madura que observa el mundo con una mueca perpétua, se ríe de los poetas gemebundos y enamorados; pero la juventud sueña y delira, y creo que no hay hombre, por áspero y frío que sea su carácter, que no tenga en la memoria, así como un lejano paisaje, la escena en que han despertado sus primeros sentimientos.

¿Cómo no recordar, pues, todos aquellos libros de los primeros años? Las *Escenas de la Vida de Bohemia y de Juventud* de Murger; los primeros versos de Gautier, las poéticas novelas de Vigny? Al calor de esas páginas que solo se escriben y se leen en una edad, yo habia visto aparecer á Valentina como Mussette ó como Francine, llena de poesía, con su carita jovial, sus ojos negros, su cabello castaño ondeado, sencillamente ataviada de cintas color rosa; la boca roja y fresca como las guindas; toda esta cabecita deliciosa, sostenida por una figura llena de distinción. Ella habia salido al

encuentro de mi camino en el que solo habia encontrado hasta entonces séres indiferentes.

Yo no sé cómo amé á Valentina ; pero cuando la veía ; cuando ella me hablaba , la sangre no corría por mis venas ; enmudecía y me abstraía en la muda contemplacion de aquella criatura. Entónces , pensaba en mi mala suerte ; pobre , sin padres , ni amigos , ni protectores ; que esperanza , qué risueño horizonte podia iluminar mi porvenir ? El estudio me entristecía ; no tenia la cabeza robusta de mis compañeros que mordia y dijerian el Vallejo como un manjar exquisito.

En mi cuarto , por la noche , leía furtivamente las novelas de Dumas , ese 'gran amigo de la adolescencia , ese encantador de los primeros años ; y me adormecía entreviendo la poética figura de Ascanio ú oyendo el ruido de las espuelas de D'Artagnan.

Una noche , durante la época de las vacaciones , Valentina se acercó á mi lado y con un acento lleno de gracia me dijo :

— Vá á comer mañana en casa ?

— Si usted me invita . . . .

— No, no lo invito, pero quiero que venga, me repuso con firmeza.

— Usted lo manda? . . . avancé yo estendiéndole la mano.

Valentina miró en rededor; nadie nos observaba; tomóme la mano y oprimiéndomela con la suya.

— Lo exijo, — me dijo á media voz.

— Valentina! . . .

— Adios, me contestó; y ántes de poder dirijirle la palabra, dióme la espalda y corrió cantando hácia adentro como una locuela; me asomé á la sala y vi desaparecer su vestido blanco en las últimas habitaciones de la casa.

No sé como me encontré en la calle.

La noche era espléndida; sobre un cielo sereno se estendia el vapor magestuoso de la via láctea, semejante á una gran veta de ópalo sobre una bóveda de záfiro. La luna, ya en sus últimos dias, atravesaba el espacio como una galera antigua; la fresca y tibia brisa del mar llevaba en sus ráfagas unas cuantas nubes blancas. El alma del mundo inundaba el espacio. Alcé los ojos al cielo, y absorto en el espectáculo de la

noche me pareció ver pasar á Valentina como una vision por el éter, huyendo de mi como huian aquellas nubes.

Nunca la habia visto tan linda!

Sentia en mi mano el calor de la suya y en mi oído sonaba todavia el acento misterioso de su palabra. Vagué aquella noche por la ciudad, y cuando el silencio invadió la poblacion, yo no sé como me encontraba aún delante de los tres balcones de la casa de Valentina en muda contemplacion, levantando castillos de España sobre esos andamios gigantescos que solo los 17 años tienen privilegio para apoyar en el aire.

No dormí aquella noche, y vestido, echado sobre el lecho, esperé el nuevo dia. A las nueve de la mañana entraba Martin á mi cuarto.

—Que temprano te has levantado hoy, me dijo.

—En efecto, hé madrugado, le repuse.

—Vaya un placer! ¿Vas á comer á casa?

—Si voy.

—Hola! ya estabas prevenido? me preguntó.



— Si, Valentina me invitó anoche.

— No ha podido resistir esa muchacha! . . . .  
Sabes por qué te ha invitado?

— Por qué? le pregunté sin disimular mi curiosidad?

— No te pongas pálido . . . . No te vá á envenenar hombre! me dijo Martin; te ha invitado porque hoy es su santo.

— El santo de Valentina? . . . . Pues no te puedes figurar como le agradezco que se haya acordado de mí . . . .

— Y con razon, debes agradecérselo porque á mi padre no le gustan hombres en casa; figúrate que los únicos invitados son tú y don Camilo como nóvio presunto . . . .

— ¿Qué dices? le pregunté dominando mi turbacion con un esfuerzo supremo.

— Sí pues; mi padre y mi madre creen que don Camilo es el modelo de los nóvios.

— ¿Y Valentina? . . .

— Valentina no toma nada con seriedad; cada vez que la embroman se rie á carcajadas, y al pobre don Camilo le hacen tal efecto

las risas que se queda como un muerto de triste siempre que mi hermana se rie de él.

Sentí toda la rábía ponzoñosa de los celos... Valentina de otro?... Pero eso no era, no sería posible! Yo venceria, arrasaria todos los obstáculos, me haria amar por ella y ningun hombre me arrancaria la soñada felicidad.

Llegó la tarde; me vestí, y con Martin, que habia venido á buscarme, nos fuimos á su casa. Mi bolsa era algo mas que escasa y tuve que emplearla toda en un ramo de jazmines, blancos como el papel en que escribo y perfumados como el naciente y casto amor que embriagaba mi alma.

Eran las cinco cuando entrábamos á lo de Valentina; ella nos esperaba en la puerta de calle con un vestido de gasilla blanco, cerrado por un cuellito plegado sobre el cual se destacaba su cabecita adorable y llena de inocente coquetería. Desde léjos nos divisó, y al vernos, desapareció de la puerta, apareciendo unos segundos despues como si hubiese entrado para dar cuenta á sus padres de nuestra llegada. Martin y yó aceleramos el paso y llegamos

á la puerta de calle en la que solo ella estaba esperándonos. Martin, le dió un beso en la frente y penetró precipitadamente sin darnos tiempo para seguirlo. Yo quise entregarle mi ramo calculando propicia la ocasion, pero ella no me dió tiempo.

—Que olor á jazmines! usted los tiene? Ah que lindo, que lindo ramo! Es para mí?

—Si Valentina . . . le contesté.

—Gracias, muchas gracias! Sabe que no creia que usted vendria? me dijo.

—Y por que?

—Por nada, por que pensaba que no habria hecho caso á la broma de anoche.

—Sin embargo, usted me exigió que viniera. . .

—Ah! lo tomó usted como sacrificio?

—Valentina! . . . Si yo pudiera decírle todo lo feliz que usted me ha hecho!

—Entremos Julio, me repuso, poniéndose seria; y en ese momento la familia salia á recibirnos y Valentina, abrazando á su madre le decia:

—Mira que flores mamá, no es verdad que son divinas?

—Valentina se habia puesto el ramo en la cintura con una coqueteria innata y alborotaba toda la casa mostrando mis flores como una maravilla.

—Que te ha regalado don Camilo? le preguntó Martin.

—Un álbum con su retrato. Si vieras que *cache* está el pobre!

—Niña, no digas eso, le decia la madre.

—Sí mamá ¿porque no lo he de decir? En vez de haberme dado alguna cosa útil, me sale ese zonzo dándome un álbum con su retrato, como si fuera tan buen mozo y tan jóven.

Venga Julio, venga á la sala, agregó, se lo voy á mostrar; y llevándome casi de la mano, me condujo adentro y abriendo la primera hoja del álbum, me dijo...

—Vea, dígamelo con franqueza ¿se puede dar un hombre mas *cache*. . .? y prorrumpió en una carcajada...

En ese momento mismo, Martin entraba al salon.

—Mira que ahí está don Camilo, Valentina, no te rias, acaba de entrar.

---

Sí? pues lo voy á ver para darle las gracias ; y dejándonos en la sala atravesó el pátio , donde don Camilo era recibido por los padres de Martin.

En efecto, don Camilo, podia ser exelente, pero no era el ideal de los novios; tenía sus bravos cuarenta años, una figura poco airosa y vestía con una ropa provinciana de dudosa elegancia. Pero en cambio, don Camilo era rico; tenia estancias y vacas, y prometia como yerno bajo el punto de vista de lo positivo. En la casa lo amaban y lo codiciaban; el padre de Martin y la señora no sabian que hacerse con él.

Emparentado con familias de alta posicion política, Don Camilo era por aquellas épocas, un programa luminoso para una muchacha de 16 años como Valentina, y el buen señor, persuadido de su valimiento, no se daba mucha pena en ofrecerse, porque sabia, que la ley de la demanda rejía en su favor y que él podia elegir como en peras entre las mas lindas muchachas de la época.

Pasemos por alto la comida; Don Camilo se

sentó al lado de la señora y Valentina me dió la silla inmediata á la suya.

Yo estuve hecho un nécio durante toda la mesa; la alegría bulliciosa de Valentina, me llenaba de tristeza; aún me parecía que se burlaba de mí, cuando su boca, no muy correcta, por cierto, pero llena de gracia, dibujaba en su rostro aquella sonrisa que le era tan peculiar.

La cara inerte de don Camilo me despertaba un rencor profundo que se agravaba cada vez que la familia simulaba oír con asombro todas las insulceses que aquel tonto contaba.

Acabamos de comer y fuimos á pasar la tarde al jardín. Don Camilo, en un grupo, conversaba con los padres de Valentina; Martin, que se habia separado de ellos porque era gran fumador, echaba, escondido entre los árboles, grandes bocanadas de humo. Valentina y yo mirábamos la noche que empezaba á caer, desde una glorieta formada por madre selvas y jazmines que quedaba á un extremo del jardín.

— Ha estudiado astronomía usted Julio? me decia.

— No Valentina . . . .

—Que ignorante. . . .! me repuso.

—Pero Martin dice que don Pio les hace á ustedes un curso de astronomía práctica muy curioso.

—Oh! broma de Martin; usted ya sabe lo que es don Pio y lo que es Martin.

—Pero sabe Julio que debe ser muy curiosa esa esplicacion? agregaba sonriendo Valentina.

Yo callaba entretanto; toda la sangre me subía á la cabeza.

—Vea, me dijo, dicen que aquella estrella es la estrella del amor. . . . agregó señalando á Vé-nus que titilaba como un diamante suspendido en el cielo.

—¿Quién se lo ha dicho á usted, Don Camilo? . . . . le pregunté.

—Já! Já! con que tono me lo pregunta usted. . . . ¿Cree usted que don Camilo tiene tiempo para fijarse en el cielo? . . . .

—¿Cómo nó? ¿No se ha fijado en usted!

—¡Ay! que antiguo está Vd. Julio por Dios; eso es un requiebro. . . . Retírelo por Dios. . . . Y prorrumpió en una larga carcajada que me penetró en el pecho como un puñal.

—Valentina; es cierto que usted se casará con don Camilo? le pregunté en voz baja pero resuelta.

—Eh, todo puede ser, pero lo que es por ahora no lo pienso.

—*Puede ser*, dice Vd? ...

—¿Y por qué no?—Si no se presenta otro.... me casaré con él...

—¿Seria usted capaz de casarse con un hombre á quien no quisiese...?

—Si él tuera capaz de casarse conmigo por qué nó?

En ese momento la madre de Valentina se acercaba á nosotros; detrás caminaban su padre y don Camilo.

—Vamos á la sala nos dijo. Está muy fresca la noche....

—Tan pronto, mamá!...

—Sí ven, tócanos algo....

Un momento despues, Valentina dejaba caer sus manos sobre las teclas y tocaba el *Clair de Lune*, esa profunda melodía de Beethoven en que cada nota parece el suspiro melancólico de un coloso.



---

Yo, de pié al lado de ella, miraba flotar sus manos sobre el teclado y buscaba la espresion de su rostro graciosamente inclinado, y de sus ojos, en los cuales se reflejaba instintivamente el sentimiento de aquellas frases sábias y poéticas á la vez que se elevan como los écos de una plegaria. . . . Por fin se estinguió la ultima nota y Valentina levantó la cabeza. . . .

—¿Le gusta don Camilo? preguntó dirigiéndose á su presunto novio.

—No. . . . yo no entiendo mucho de eso, á mi me gusta mucho la zarzuela.

—¿Has visto un imbécil igual? me dijo al oído Martin.

—Cállate, repuso Valentina, te puede oír.

Valentina se levantó del piano y se sentó á nuestro lado. Don Camilo, hombre de órden, se retiró temprano. . . .

Mientras se despedia, yo habia salido al balcon y allí me encontró Valentina que regresaba de saludarlo.

—Sabe Julio, me dijo, que lo noto muy triste y reservado conmigo hoy ¿qué tiene?

—En efecto, le contesté, como tomando una

actitud resuelta. Estoy triste y reservado ....

—¿Puedo yo saber la causa de su tristeza y el objeto de la reserva? ...

Iba á decirle todo lo que sentia ; llegaron las palabras á mis lábios, y debió traicionarme mi fisonomía, porque ella hizo un gesto en el que yo adiviné toda su recelosa curiosidad y la alarma con que me miraban sus grandes y húmedos ojos negros, pero en aquel instante, pensé en mi pasado, contemplé, con la rapidez del relámpago mi presente, y el honor, ese frio guardian de las pasiones, selló mis lábios.

—Nó, repuse con firmeza.

¿Nó?... me preguntó con una inflexion de voz llena de ternura y de resentimiento, ¿nó?...— Ah! agregó, ... quiera Dios que su reserva lo haga feliz.

Reaccioné, é iba en aquel mismo momento á revelarle todo lo que sentia por ella, cuando entraron Martin y sus padres, y el desenlace que se habia presentado tantas veces en aquel dia quedó de nuevo trunco!

Era necesario partir; saludé á todos y tendí la mano á Valentina con efusion, pero ella dejó

---

caer la suya con indiferencia entre las mias, mientras que con la otra, desprendia de su cintura el ramo de jazmines ya marchito dejándolo caer sobre el piano.

Yo sentí oprimírseme el corazon, y cuando llegué á la calle, dos lágrimas, que me parecieron de sangre, brotaron de mis ojos y me corrieron por el rostro.

---



## X

**P**ocos meses despues abandonaba el colegio donde habia pasado años tan tristes. Martin, que ya habia salido tambien, estaba con su familia en el campo y no pude por consiguiente despedirme de Valentina.

Mi tio me esperaba en Buenos Aires con una colocacion en una casa de comercio; llegué á Buenos Aires, y encontré á mi tia tan mala como de costumbre; siempre dominada por la política, siempre tomando parte en todos los acontecimientos notables que tenian lugar.

Hacia seis años que no me veía, y sin embar-

---

go, no me hizo el mas mínimo cumplimiento ni el mas pequeño agasajo á mi llegada.

Habia engordado mucho y su temperamento sanguíneo se habia desarrollado notablemente. Mi tio era el mismo. El único que no estaba en la casa era Alejandro: el pícaro pardo habia cumplido su promesa; — un dia de un altercado tremendo con mi tia, desbocó los caballos al descender la violenta pendiente de la barranca de la Recoleta y volcó el *landau* en una zanja, lo hizo pedazos y magulló á mi tia que fué izada por la ventanilla con la gorra en la nuca y los vestidos en un desórden inconveniente.

Cómo habian cambiado en veinte años las cosas en Buenos Aires! El doctor Trevejo, él hombre de mas talento de su tiempo, el orador, el diplomático, el abogado y el periodista mas hábil de la república, habia desaparecido de la escena pública y solo habian transcurrido veinte años! Los tenderos de aquella época, habian muerto ó habian cerrado sus tiendas; ya no gobernaban la opinion pública. Mi tia Medea, habia tomado parte en dos revoluciones *chingadas* y pertenecía á la oposicion.

---

El único puesto público que conservaba era el de la Sociedad Filantrópica, donde la fila de sus contemporáneas se había raleado notablemente. Una nueva generación política y literaria había invadido la tribuna, la prensa y los cargos públicos.

Don Buenaventura pontificaba desde lejos, en el diario más grande de la América. La escuela literaria de la *Flor de un día* había hecho su época; hombres y libros nuevos dirigían el pensamiento argentino. El autor del *Facundo* revoleaba su temible maza desde las columnas del viejo *Nacional*; los salones se habían transformado; el gusto, el arte, la moda, habían provocado una serie de exigencias sin las cuales la vida social era imposible. Los cómicos españoles de antaño ya no entretenían como veinte años atrás; la aldea de 1862 tenía muchos detalles de ciudad; se iba mucho a Europa; las mujeres cultivaban las letras. Las golosinas de Gustavo Droz, de Halevy y aun de Maupassant, andaban en todas las manos femeninas, impresas en una forma adecuada para lectores sibari-

---

tas, é ilustradas con todas las voluptuosidades artísticas del taller de Goupil.

La vieja moda, aquella que envolvía á las mujeres en verdaderas bolsas de tela, habia desaparecido; ni los filósofos podian pasear de cuatro á cinco de la tarde en el invierno por la calle de la Florida, sin conmoverse ante los cuerpos de las mujeres del dia, dibujados *d'après nature* por Mesdames Carreau y Vigneau, con *damas* de Génova y terciopelos de Venecia; Kitty Bell y Flora Campbell hacian los figurines; Sarah Bernhardt, los guantes. Worth firmaba los tapados como un pintor sus cuadros; en los colores mismos, se habia operado una revolucion; nada de celeste y blanco como ántes, nada de color rosa: una mujer del gran mundo no estaba bien vestida sin llevar un medio color indeterminado en los siete de la paleta; oro y plata viejos, óxido, y marfil antiguo.

Los troncos de los carruajes particulares eran arrastrados por yeguas y caballos de raza, de pelo satinado y reluciente, con cocheros mas correctos que los del tiempo de Alejandro. No era *chic* hablar español en el gran mundo; era

---

necesario salpicar la conversacion con algunas palabras inglesas, y muchas francesas, tratando de pronunciarlas, con el mayor cuidado para acreditar raza de gentil-hombre.

En fin, yo, que habia conocido aquel Buenos Aires de 1862, patriota, sencillo, sémi-tendero, sémi-curial y sémi-aldea, me encontraba con un pueblo con grandes pretensiones europeás que perdía su tiempo en *flanear* en las calles, y en el cual ya no reinaban generales predestinados, ni la familia de los Trevexo, ni la de los Berrotarán!

Estas reflexiones me hacia yo todas las tardes al salir del escritorio de comercio de don Eleazar de la Cueva, el hombre de negocios mas vastos y complicados de la República Argentina, que tenia vara alta con los gobiernos, con los bancos, con la Bolsa, con todo el mundo. Hombre manso y cristiano ante todo, muy devoto y muy creyente, dulce de maneras por lo general, y bastante bravo por lo particular cuando el caso lo permitia, don Eleazar de la Cueva, era una especie de astrólogo para sus negocios, por que todos ellos participaban de ciertas



---

formas nigrománticas, llenas de misterio, y se preparaban por procedimientos análogos á los que en lo antiguo se empleaban para buscar la piedra filosofal. Don Eleazar, sin ser hombre de mundo, sin ser hombre político, tenia cierta influencia política, sin ser hombre de partido tenia cierta intervencion y participacion en todos los partidos. En fin, en el mar humano, don Eleazar era corriente de fondo y no de superficie: arrastraba sin ser visto ni sentido.

Tenia don Eleazar un cuerpo de oso y una cabeza de leona mansa; su cútis fino y terso, á pesar de sus setenta años largos, daba á su rostro cierta capa de venerable distincion y de magestuosa ancianidad que imponian á primera vista. Los dependientes le temblábamos, sin embargo, porque era áspero y cruel con nosotros, y cuando sentíamos sus pisadas en el escritorio, no solo guardábamos un profundo silencio, sinó que volcábamos la cara sobre nuestras mesas y hacíamos lo posible por aparecer abstraídos en nuestra tarea.

Nada mas curioso y original que el escritorio de don Eleazar; un edificio bajo y antiguo con

un vasto y desierto pátio á la entrada, enlozado con grandes piedras color pizarra, perpétuamente húmedas y empañadas por una eterna capa de verdin. Frente á la puerta de la calle, tres cuartos, cada uno con tres puertas al pátio. Desde la calle, aquella casa hacia el efecto de estar inhabitada; tal era el abandono de sus paredes y el estado de sus puertas despintadas, casi carcomidas, y tan antiguas, que algunos de sus tableros exteriores debian haber sido pintados en tiempo de Rosas, porque aunque sumamente descoloridos, se notaba que un día habian sido colorados. El único adorno de los cuatro muros que formaban el cuadrado del pátio, era una guarda greco-romana de relieve, en la que la intempérie habia hecho sus estragos sin que el dueño de la casa se hubiese preocupado de hacer restauraciones.

Por dentro, el escritorio del señor de la Cueva representaba exactamente su apellido; todo era en él vetusto, las mesas y las sillas; los estantes, llenos de rollos de papeles denunciaban un completo abandono.

Aquellas habitaciones habian sido empapela

---

das un día, pero el papel se había caído; algunos girones que quedaban colgaban todavía de las paredes, esperando la hora de caer por sí solos, sin que la mano del hombre los arrancara, por que don Eleazar, que en materia de negocios y especulaciones demostraba una actividad y un espíritu innovador á toda prueba, trataba á su escritorio por el procedimiento contrario. Aquel piso jamás había conocido alfombra ni escoba, y si alguno de sus dependientes hubiese tenido la ocurrencia de arrojar en él, algunos granos de alpiste, la simiente habría florecido de un día para otro, ni mas ni menos que con el riego cotidiano que el sirviente gallego hacia para aplacar el polvo de la habitación.

Nada mas caliente y sofocante que el escritorio de don Eleazar en el verano: nada mas frio tambien en el invierno, en que teníamos que pasar la noche y el día escribiendo, de pié sobre las baldosas desnudas y húmedas del piso.

Mi tia Medea le había puesto ciertos inconvenientes á mi tío para que yo habitara en su casa, de modo que me fué necesario ocupar un cuar-

---

to en la casa particular de un antiguo amigo de mi padre, que era un excelente viejo alegre y solteron que me habia cobrado un franco cariño. De modo que cuando regresaba de lo de don Eleazar, encontraba en don Benito Cristal un verdadero amigo, con quien me desahogaba contra mi mala suerte y lamentaba el tiempo que mis tios me habian hecho perder.

D. Benito era un carácter. En la arrogancia de su porte se reflejaba toda la entereza de su alma. Amaba con delirio la verdad y podia decir con orgullo que no habia nunca mentido en su vida. Era impetuoso, resuelto, intransigente en la defensa de todas las reglas de la gentil-hombria. La honradez acrisolada de su palabra no cedia en nada á la honradez de sus acciones y llevaba su culto por la virtud hasta la delicadeza de practicarlo en silencio sin proclamarla como el fariséo.

Sin embargo, don Benito tenia las debilidades mundanas de los galanteos y habia luchado en vano por muchos años sin poder reaccionar contra ellas. Soltero, sin familia, no pensaba sinó en sus buenas fortunas por el momento y

---

en su inocente partidita nocturna; pero con todo, desde el día que supo que yo estaba empleado en lo de don Eleazar, se preocupó por mi suerte, y día á día, al verme salir para mi empleo, me decía meneando la cabeza: —

—Amigo, amigo, busque otro destino, míre que esa casa de don Eleazar es peligrosa! Vale mas correr el peligro de perder la camisa como yo, que esponerse á perder allí la honra.

Pero no era fácil salir de lo de don Eleazar, y además, el sueldo era bueno y el pago exacto. Se trabajaba; eso sí, se trabajaba noche y día, sin fin, sin trégua, pero ningun dependiente sabia lo que el otro dependiente hacia. D. Eleazar que vigilaba constantemente el trabajo, estaba allí para evitarlo. Sus negocios eran múltiples y complicadísimos: prestaba y tomaba prestado á tipos usurarios, segun las circunstancias; su influencia en la Bolsa era tremenda y misteriosa á la vez; la mitad creía que estaba á la baja, la otra mitad aseguraba que jugaba á la alta; don Eleazar vivia en el escritorio y recibia allí á las gentes de todas clases, siempre con su aparente humildad, instalando ante todo

---

su probidad, su desinterés y su honor comercial ante el interlocutor, que por mas prevenido que estuviese contra él, terminaba por escucharle y someterse.

D. Eleazar era ante todo un especulador ; en su casa de comercio no se compraba ni se vendía sinó papeles de bolsa. De cuando en cuando, para variar, solia comprar algun gran pleito, y con la paciencia y la tenacidad de un israelita perseguia su gestion por todas las instancias, hasta liquidar y desenredar la madeja litijiosa á fuerza de dinero y de procuradores traviesos y experimentados.

Cautísimo hasta el extremo, don Eleazar jamás escribía una carta de su puño y letra, limitándose á firmar lo que él dictaba, no sin tener la precaucion de leer siempre antes de firmar el manuscrito que le presentábamos.

En el comercio, don Eleazar estaba considerado como un corsario. Atacaba y pillaba al enemigo, pero cuando no encontraba adversarios á quienes acometer ó cuando él queria asegurar el éxito de una operacion peligrosa, no tenia ningun género de inconvenientes en consu-

mar actos de verdadera piratería, sin perder el aspecto venerable y magestuoso de su fisonomía, y aun llorando y cubriendo sus gavilanadas con palabras de humildad que parecían salir del fondo de su alma.

Así, sucedía no pocas veces en épocas de agitaciones bursátiles, que detras del corredor que partía á venderle sus títulos, salía por otra puerta un segundo con encargo de hacer la suba; y por la tarde, cuando uno y otro regresaban á dar cuenta de sus operaciones, don Eleazar tomaba la palabra y hablaba en el lenguaje y el acento de un varon santo y convencido:

—Así, es, señor don Tomás, así es; ya que ellos lo han querido, bien empleado les esté! Ya usted sabe señor que á mí no me gusta hacer mal á nadie! Pero ¿qué puede hacer un hombre honrado en estos tiempos de tan mala fé? Es menester resguardarnos! Vea usted señor; yo hé hecho muchas obras de caridad en este país, cuando tenia como hacerlas; no hay uno de esos que me quieren arruinar, que no me deba todo lo que tiene! Yo hé sido siempre el mismo con ellos; dos fortunas hé perdido por ayu-

darlos! Dos fortunas señor, y solo por necesidad me veo obligado á defenderme.

Y cuando don Eleazar llegaba al fin de su discurso, abría su caja de rapé, invitaba á su interlocutor, y en seguida, sacaba de sus profundas faltriqueras un largo pañuelo de la India con el cual se sonaba las narices y se cubría el rostro para hacer mas espresivas sus lamentaciones.

En el órden interno del escritorio, don Eleazar era de una severidad que rayaba en crueldad; jamás una licencia, un respiro, un descanso para sus dependientes. Se trabajaba allí de dia y de noche sin reposo, bajo la direccion inmediata de don Anselmo, el *alter ego* de don Eleazar; un mozo español de cuarenta años, sagaz, alerta y ladino para los negocios como un capeador para burlar el toro, y sin el cual, rara vez don Eleazar celebraba conferencias sobre negocios delicados é importantes.

D. Eleazar jamás se presentaba en teatros, bailes y paseos. Venía por la mañana de su quinta en su clásico *cupé* tirado por dos caballos gateados, mansos y tranquilos, que volvian á conducirlo por la tarde ó por la noche si las



exigencias del trabajo reclamaban su presencia en el escritorio despues de comer. Pero si don Eleazar no andaba en sociedad, su nombre y su influencia, se dejaban sentir en mil formas distintas: en las elecciones formaba siempre parte de los dos bandos sin dar su nombre y concurría eficazmente al triunfo de ambos partidos con sumas gruesas de dinero.

El sabia bien que á los que saben negociar en política, esta buena madre, les devuelve el préstamo con capital é intereses compuestos; y como para él, lo mismo eran los nacionalistas y los autonomistas, los porteños y los provincianos, los federales y los unitarios, con todos promiscuaba, porque en la viña del señor, tanto valía para él ser judío como cristiano.

Una noche al retirarme tarde del escritorio, don Benito me esperaba en la puerta de la calle con evidentes manifestaciones de sobresalto.

— Y . . . me dijo al verme, ¿qué ha sucedido hoy en lo de don Eleazar?

— Nada, le contesté, el día ha sido como el de ayer, sin novedad.

— ¿Sin novedad? Pero usted embroma ó se

tonto? me replicó mirándome fijamente al rostro.

— Mi costumbre de no bromear nunca, me obliga á confesar que soy tonto. No sé lo que sucede. . . .

— Pero amigo, qué no sabe usted que su patron ha quebrado? me preguntó.

— ¿Quebrado? no puede ser, imposible! ¿Quién se lo ha dicho?

— Pero si es voz pública! me replicó don Benito, no se habla de otra cosa en la ciudad.

— Pues señor, yo no hé notado lo mas mínimo en el escritorio, y hoy ha sido sábado, se ha pagado á todo el mundo!

— Hombre! ¿Está usted seguro? me repitió don Benito con asombro.

— Como que estamos hablando en este momento.

— Pues, sepa usted mocito lo que no sabe me dijo; y tomándome confidencialmente del brazo, me llevó á su cuarto, me hizo sentar y me refirió lo siguiente, despues de haber encendido un cigarro habano:

D. Eleazar de la Cueva, como usted sabe, trae revuelta la Bolsa desde hace tres meses.

Lo mismo que un general, que con un ejército numeroso invade un país dilatado, él ha puesto en juego allí dos ó tres millones de duros. Comenzó por comprar acciones de \*\*\*, monopolizó el mercado, se hizo dueño de todos los papeles, y conseguido esto, manteniendo siempre la demanda, trataba de vender á precios exorbitantes lo que habia comprado á precio vil.

Pero don Eleazar ha encontrado la horma de su zapato; mientras sus agentes, divididos en dos bandos que operaban en sentido contrario, preparaban su golpe, él no contaba, con que en esta tierra del papel moneda, una nueva emision es asunto de poca monta, y la cuerda tirante con que él tenia presos á sus deudores, se ha aflojado; la nueva emision se ha hecho y hé aquí que la baja mas espantosa se ha operado.

En esta situacion, don Eleazar ha resuelto no reconocer sus operaciones. El tiene razon hasta cierto punto; exige *fair play* como los luchadores ingleses. En la casa de la Bolsa, todo es permitido como en la guerra: jugar públicamente á la alta y clandestinamente á la baja; lanzar un *gato*, dar una noticia de sensacion,

asegurar que la guerra con Chile es un hecho, que nuestra escuadra está en un estado atroz, que nuestro ejército será derrotado en caso de una batalla: en una palabra, sembrar el terror sin consideracion de ningun género por el patriotismo: pero jugar con armas de doble carga, no: Eso no, eso nunca!... D. Eleazar en estas materias es correctísimo, y sobre todo, cuando en vez de ser él quien apunta, acontece que es contra él contra quien se vuelven las bocas de los cañones. Pero lo peor de todo, mi amigo, no es eso. Lo peor es que don Eleazar, aprovechando su desgracia, por que es capaz de aprovechar todo y sacar de todo provecho, ha resuelto no pagar á nadie. A él lo sitian por hambre, pero él les cercena el agua y el pan, y con la misma cuerda con que lo ahorcan él procura ahorcar á sus adversarios. »

—Quiere decir que yo me encuentro en la calle, le dije al oírle terminar su relacion.

—Oh, no! ¿cree usted que don Eleazar es hombre de despedirlo por cosas de tan poca monta...? N6. Su quiebra es una quiebra que no lo arruina ni lo lleva al tribunal; todo se

resuelve para él en no pagar; las deudas de Bolsa no son deudas, y en el caso de don Eleazar, ha pasado ni más ni ménos lo que sucede en una casa mala de juego cuando se apagan las luces: cada jugador defiende con el puño lo que puede, y le aseguro, que su patron sabrá defender lo suyo. No se alarme: no perderá el puesto.

—No me alarmo, don Benito, por tan poca cosa, le repuse riéndome á carcajadas. Soy yo quien resuelvo no volver al escritorio de don Eleazar! No me cuadran ni el hombre ni el empleo.

—Hace usted bien amigo: eso le honra.

—No, don Benito; ni me honra ni me deshonra; no hago una quijotada, ni tendria derecho para hacerla. D. Eleazar se ha portado bien conmigo; me ha pagado religiosamente mis sueldos y ha tenido el buen gusto de no imponerme de sus negocios.

—Y qué vá usted á hacer?

—No lo sé, pero mañana lo sabré. Desde luego disponga usted de mi cuarto: tenemos que separarnos!

—¿Separarnos? Jamás! me contestó el buen viejo irguiendo su noble cabeza y acompañando sus palabras con un gesto enérgico que denotaba el profundo sentimiento que le había ocasionado mi resolución. ¿Separarnos? nunca, me repitió: mire Julio. . . . Mira hijo mio, agregó, déjame que te tutée, mis canas me dan derecho para ello ¿es cierto?

—Y como yo le hiciera un signo afirmativo, prosiguió conmovido:

Yo hé respetado hasta hoy la resolución de tu tío, pero debo confesarte, que he sufrido al verte en casa de don Eleazar. Ese empleo no te corresponde y lo que no me esplico es como Ramon te ha colocado allí. . .

—Mi tia, Vd. sabe. . .

—Sí, que lo gobierna como á un trompo; pero esa no es una razón para que te descuide. Mira, me dijo, desde hoy yo me encargo de tí. Que diablos! Soy viejo pero tengo el alma jóven todavía: seré tu padre y tu hermano al mismo tiempo. Tengo mala fama en el mundo; las mujeres como Mísia Medea me aborrecen por que no creo en deidades políticas; y

los hombres como don Eleazar tampoco me pueden pasar por que no sé hacer negocios de los que ellos hacen. Viviremos juntos; de cuando en cuando oirás en mi cuarto alguna voz de muger... que quieres!... Soy hombre... sufreme estos estravíos. Las mujeres me enloquecen, por eso hé tenido el tino de no volverme loco por una sola: me hé enloquecido por todas y no me hé casado con ninguna; espero no caer en la tentacion de hacerlo en los años que tengo. Soy risueño, despreocupado y franco: vivo sin misterios y tomo la vida tal como és. Allá en mis mocedades, hé leído mucho; pero una sola lectura me ha aprovechado de todas las que hé hecho: ahí está, junto á la cabecera de la cama: Rabelais.

Cuando tengas mi edad y hayas corrido el mundo verás que tenia razon: es el único libro que ayuda á bien morir, por eso lo abominan los jesuitas. No tengo hijos, ó mas bien dicho, no sé si los tengo, porque si lo supiera á ciencia cierta, no los negaria como padre, pero en la duda, tu bien sabes que es mejor abstenerse porque esto de tomar como propias las obras

de otros es un poco grave. Y yo huyo del ridículo sobre todo. No tengo ningun amigo de mi edad: mis amigos son los jóvenes de la tuya, vivo con ellos, enamoro con ellos y escandalizo tambien con ellos este salon porteño en que hay muchas mujeres lindas y tanto tonto que se las lleva.

Y al terminar, don Benito me estrechó fuertemente en sus brazos y contra su pecho y yo no pude contener las lágrimas que me saltaron á los ojos.

Al dia siguiente me presenté en lo de don Eleazar de mañana. El pátio estaba lleno de gente que cuchicheaba y accionaba con animacion: las puertas del escritorio cerradas. Me acerqué y golpeé los cristales: al abrirme, don Anselmo que me reconoció, dos ó tres de las personas del pátio se arrojaron sobre la puerta del escritorio con la pretension de entrar.

—Perdonen ustedes, no pueden ustedes entrar. . . . les dijo Don Anselmo, y les dió casi con la puerta en las narices.

Y pude ver que uno de ellos levantaba el puño de la mano en actitud amenazante.



---

En dos palabras, dí cuenta á don Anselmo de mi resolucion de abandonar la casa.

— Vaya, vaya, á usted tambien lo ha picado la tarántula ?

— A mi no me ha picado ninguna tarántula ; ni quiero, ni tengo nada que ver con los que protestan afuera ni contra los que se encierran adentro, vengo á agradecer á don Eleazar el honor que me ha hecho y á comunicarle mi resolucion. ¿ Me quiere usted anunciar ?

— No sé si podrá recibir á usted. . . me dijo don Anselmo moviendo la cabeza.

— Vea usted, si puede. . . quiero cumplir lo que yo considero un deber.

Don Anselmo pasó á la habitacion contígua que era la de don Eleazar y despues de un rato regresó.

— Dice don Eleazar que puede pasar, me dijo:

Yo entré resueltamente. No olvidaré nunca el cuadro que se presentó á mi vista. Casi en el medio de la habitacion, junto á un escritorio elevadísimo, donde don Anselmo acostumbraba á escribir bajo el dictado de don Eleazar, sentado sobre un esqueleto de silla, estaba éste,

desayunándose, delante de una mesita muy poco mas grande que el plato en que comia. Un sirviente gallego le servia sin pausas, plato tras plato, y don Eleazar comia con la gravedad de un oso que devora su racion. En un rincon de la pieza, de pié, tres hombres presenciaban esta colacion matutina en completo silencio.

—Entre usted señor don Julio, ¿tambien nos abandona usted en los dias de prueba? . . .

Yo espliqué las causas de mi renuncia procurando convencerlo de que ella era completamente estraña al reciente desastre comercial; pero don Eleazar conmovido, á pesar del apetito con que devoraba sus viandas, se daba maña para lamentarse con palabras que partian el corazon:

—Bien jóven, puesto que usted lo ha resuelto, separémosnos: pero usted me hará justicia algun dia. . . ! Vea usted la situacion á que me veo reducido! Todo lo hé perdido! Desde hoy vivo de la caridad de mis parientes; si señor, de la caridad de la familia. . . Aquí me tiene usted preso; yo preso en este pais que he colmado de beneficios! No vé usted señor que

hasta la autoridad se complota en mi contra! Vea usted señor, todos esos hombres que se acercan á los vidrios y que me amenazan, me son completamente desconocidos! Yo nunca hé tenido trato con ellos! No los conozco! Y me persiguen señor! me persiguen á muerte! Vean ustedes á lo que estoy reducido! A no poder comer estos bocados en mi casa, porque son hasta capaces de envenenarme! Y si no fuera por mi fiel Juan (esclamaba mirando espresivamente al gallego que le servia el almuerzo) sinó fuera por él, quien sabe lo que habria sido de mí!

Pero yo te recompensaré algun dia... tú sabes que todo lo hé perdido, que no tengo nada, que me es imposible por consiguiente satisfacer mis compromisos! Dílo Juan á todos; es posible que á tí te crean...! Dígalo usted jóven, asegúrelo, usted sabe mis negocios, todos son claros, tan públicos, tan lejítimos...! Ustedes lo saben, señores... yo hé sido víctima de gente (agregaba encarándose con don Anselmo que le contestaba con un signo afirmativo) sin ley ni principios...! Vd. lo sabe, don Anselmo,

Vd. sabe todos mis negocios, conoce mi casa. . . . No me es posible cumplir, y no lo siento tanto por mi, sino por tanta persona excelente á quien tendré que perjudicar, contra todos mis sentimientos. . . ! Vean Vds., vean Vds. como amenazan esos hombres! Se creeria que yo me hé quedado con algo de ellos. . . ! Gracias , Juan, gracias, hijo mio, sírveme el té, no tengo apetito. . . ! pruébalo tú primero, mira si tiene mal gusto. . . ! Ah señores, yo tengo la conciencia tranquila!

Y mientras don Eleazar se lamentaba, todos lo oíamos en silencio, como consternados por la horrible desgracia de ese hombre providencial que engullia como un tiburón, en medio de la catástrofe de su fortuna. Fuéme necesario cortar de un golpe aquella eterna elegía y despedirme para siempre de ese antro en que había estado ocho meses.

Lo que es el mundo de malo! Al salir, los acreedores del pátio, que echaban espuma por la boca, decian que don Eleazar habia realizado 500,000 duros de ganancia y que ellos se quedaban en la calle. ¿Quién podia creerlo?



## XI

**R**igurosamente encorbatado de blanco , con un frac de Poole y un par de *pumps* de Thomas , don Benito penetraba una noche en mi cuarto , elegante y j6ven como un muchacho de 25 a6os.

Yo me vestia lentamente ; aquella noche hacia mi estreno en el club . El club ! ... No es necesario decir que es del club del Progreso de que hablo y que el baile en perspectiva es un baile de Julio : la gran *atraccion* de la *season* porte6a.

— Todavia en ese estado . . . ? me dijo al ver-

me complicado en los preparativos de la camisa; es la una casi!...

—Ah! qué cree Vd? Es cosa séria preparar una camisa. . . recuerde Vd. que me estreno.

—Cá! un hombre elegante no se fabrica; nace. . . mírame me dijo, cuadrándose en el medio del cuarto.

—Bueno, tenga paciencia, yo no soy usted. . . yo no soy elegante. . .

—Sí, pero te cuadra Blanquita, no? . . . Y no supongo que te prenderás como un tendero para enamorarla; mira que es mujer tan suelta y liviana como la madre. . . . y quiero que la conozcas.

—No embrome con Blanquita, ya sabe que Blanca no me cuadra y que yo tengo una novia en. . . .

—Está bien, cástate con aquella, pero enamora á esta. . . . no seas tonto. . . .

—¿Y si no me hace caso?

—Qué nó! La madre te adora y la madre es la protectora de esa criatura.

—¡Oh! Fernanda me conoce desde mucha-

cho: tenía veinte y cuatro años cuando yo tenía diez ó doce, pero la hija. . . .

— La hija es igual á la madre; ambas son mujeres de coraje y de avería, lindas como unas tórtolas y peligrosas como dos lobas.

Esta noche estarán radiantes, serán las reinas del baile, el señor Montifiori hará brillar su legacion vacante.

— Montifiori! . . . ¿Qué clase de hombre es Montifiori? . . .

— Te lo diré despues. . . vamos á tate la corbata pronto.

— ¿Va bien así? Muy grande el moño ¿nó? . . .

— No; está bien, la mujeres no se fijan en eso; el pescuezo de los hombres les es indiferente. Bueno, pónete el frac; escelente! Estás hecho un lord. Si yo tuviera tu cuerpo y tus años y tú mi esperiencia! . . .

— Siempre el viejo proverbio, don Benito! . . . Ah! no hay nada completo en el mundo.

Dí una vuelta por mi cuarto, tomé mis guantes, puse el gas á media luz y salimos con mi viejo compañero. Hacia un frío de todos los diablos, pero el cupé de don Benito estaba á la

puerta; nos encerramos en él y empezamos á deslizarnos sobre los rieles del tramvay á todo trote. En cinco minutos estábamos en la cuadra del club del Progreso: tuvimos que esperar algunos minutos mas, para que le llegara á nuestro carruaje el turno de acercarse y por fin bajamos en la puerta entre un grupo de hombres y mujeres que subian apresuradamente la escalera muellemente tapizada y adornada con flores y guirnaldas verdes.

¿Quién no conoce el club en una noche de baile? La entrada no es por cierto la entrada del palacio del Eliseo y la escalera no es una maravilla de arquitectura.

Sin embargo, para el viejo porteño que no ha salido nunca de Buenos Aires ó para el jóven provinciano que recién llega de su provincia, el club es, ó era en otro tiempo, algo como una mansion soñada cuya crónica está llena de prestigiosos romances y en la cual no es dado penetrar á todos los mortales.

D. Benito conocía la casa desde su fundacion y gozaba en ella de una influencia única. Al



---

entrar, jóvenes y viejos lo saludaron con cariño como un antiguo amigo.

El buen viejo, poniéndome el brazo izquierdo sobre la espalda, me condujo al kiosko de cristales donde nos sacamos los paletós y nos consultamos un momento la figura sobre los espejos.

En aquel momento la orquesta atacaba la última parte de las cuadrillas de *Cármén*...

Toreador, toreador en garde. . . .

y la música de Bizet, saturada por decirlo así en la sangre misma de Merimée, distribuía al cuerpo de las mujeres que formaban los cuadros, los tonos calientes con que el joven maestro ha rimado ese extraño poema de amores plebeyos y bajas venganzas.

El salón, híbrido, y en el cual el gusto refinado de un *clubman* de raza tendría mucho que rayar, desaparecía ante la masa compacta de hombres y mujeres que lo llenaba.

Mi viejo amigo me dió el brazo y entramos juntos á ocupar nuestro lugar en aquel *bouquet*

porteño que Julio forma todos los años con la exactitud con que se celebra un aniversario.

Es en un baile del club del Progreso, donde pueden estudiarse por etapas treinta años de la vida social de Buenos Aires: allí han hecho sus primeras armas los que hoy son abuelos. La dorada juventud del año 52 fundó ese centro del buen tono, esencialmente *criollo* que no ha tenido nunca ni la distinción aristocrática de un club inglés ni el *chic* de uno de los clubs de París. Sin embargo, ser del club del Progreso, aun allá por el año 70, era *chic*, como era *cursi* ser del club del Plata, con perdon previo de sus socios.

La entrada era cosa árdua: no entraba cualquiera: era necesario ser crema batida de la mejor burguesía social y política para hollar las mullidas alfombras del gran salón ó sentarse á jugar un partido de *whist* en el clásico salón de los retratos que ocupa el frente de la calle Victoria.

En esta última sala, larga y fría como un zaguán, que ha sido empapelada cien veces por lo menos de verde ó celeste claro y que ha con-

sumido cincuenta distintas partidas de tripe de lo de Iturriága, ha nacido una generacion de la cual van quedando muy escasos representantes. — Allí ha mordido la maledicencia urbana á los jugadores trasnochadores, á los maridos calaveras, á la juventud disoluta y disipada, y cada mordisco de mamá indignada ha hecho los estragos de la viruela en el retrato moral de las víctimas. La maledicencia de la gran aldea es como la calumnia del *Barbero de Sevilla*: del *venticello* pasa al huracan y ay de aquel que se encuentre envuelto en la ráfaga !

El club del Progreso ha sido la pepinera de muchos hombres públicos que han estudiado en sus salones el derecho constitucional; literatura fácil que se aprende sin libros, trasnochando sobre una mesa de ajedrez; y yó no sé por qué se me ocurre, que algunos de los retratos de los hombres de Mayo que presencian aquel grupo de pensadores, hacen una mueca cada vez que un pollo acompaña un discurso sobre la libertad del sufragio, con un golpe que asienta sobre el damero una reina jaqueada por la chusma de los peones sobrevivientes !

Falta allí el retrato del padre Castañeda! Y sobre todo falta el espíritu! También veinte, treinta años de hacer lo mismo!

Hasta ahora muy poco, la biblioteca no era muy copiosa que digamos! Mucha *Memoria*, mucho *Registro Oficial*, pero á condicion de no encontrarse nunca cuando se pedian; y en la mesa de lectura, todos los diarios porteños, vacíos y estériles como sábanas de monja, luciendo el artículo editorial al frente, estenso riel de plomo en que para valerme de una figura bíblica, se fatigan los caballos de la imaginacion. En la mesa de lectura el *Illustrated London News* y la *Revue* (casi sería inútil agregar *des Denx Mondes* si no habláramos en el club;) la *Revue* en que M. de Mazade produce el artículo burgués que en un tiempo firmaron Forcade y Lanfrey y algunos diarios franceses que casi siempre sirven de adorno, como esos ramos secos que se pudren en las salas por olvido de los sirvientes. Apesar de esto, cualquiera creeria que allí se lee. . . . nada de eso! Allí se conversa: en el grupo de muchachos alegres y espirituales que entra á las 12 de la

noche , repitiendo la última nota de Tamagno , no falta un ejemplar de denso burgués pantagruélico , gastrónomo noctámbulo , engordado y enriquecido por el vientre libre de sus vacas , que se hace servir allí mismo , un chorizo por noche , mientras que con el profundo desden del bruto feliz , descuidado el traje , pelado á la *mal-content*, mira todo lo que lo rodea con satisfecha apatía , llevando la mano al renegrido cabello y dragándose la caspa de aquella molllera inerte con la uña afilada del índice.

No falta tampoco el idiota de la aldea , magin descompuesto , candidato de pillos , víctima de las bromas aldeanas , enloquecido con ideas sobre filantropía , abriendo la boca de admiracion y pestañeando con un ojo que sufre de perlesía interminente , mientras la pupila del otro se le sale como el caroso de un durazno prisco.

Ni el Tenorio de suburbio que no se modifica ; que se viste hoy como ayer , con avalorios de altar mayor y prendas de precio fijo ; sano , insulso , inofensivo , olvidado por los buenos y mortificado por los que todavia creen que es

---

de buen tono zaherir ó burlarse de los inocentes.

Y entre esta sociedad híbrida é incolora como la Memoria de un ministro, mi amigo don Benito, cuya acrisolada y noble honradez, se confunde por el positivismo contemporáneo con el sueño de un iluso, solia de repente estallar con noble sarcasmo, sintiendo probablemente cuan estériles han sido las desgracias del pasado y cuan injustamente ha repartido el destino sus favores en el presente.

Pero el club es el club; y aquella noche, los violines, riendo bajo la cuerda de los arcos transmitian la alegría y el entusiasmo singular de la música á todos los semblantes.

De pié, delante de la puerta que dá paso á la gran escalera del comedor, yo, seguia el vuelo espiralado de las parejas impelidas por el soplo caliente de un wals de Metra. No sé porqué esos wals fascinadores, de cumplidas y ondulantés frases, que parecen dibujadas en el éter por la batuta májica del maestro, me produjeron una profunda melancolía, trayéndome al recuerdo unos versos en que Hugo contempla á través

---

de los cristales empañados por el frío de la noche, el cuerpo de su amada enlazado por el brazo de un rival feliz.

Pero que variado espectáculo!

Cuanta mujer ideal y atrayente, bajo la trama cariñosa de esas telas modernas, cómplices de la carne y del contorno que este siglo materialista teje con alas de pájaro ó pétalos de flores exóticas. Cuánto ser grotesco de fealdad repugnante, de doloroso raquitismo, brincando sin gracia, marcando la nota chillona del ridículo.

Cuánto contraste!

Cuánta cara foránea, ahorcada por cuellos anticuados, encorbatada de raso tórtola, bizantinamente enfracada, con pantalon en forma de caño y botines de brasilero guarango!

Cuánto gallo viejo sin púas, forcejeando contra el tiempo en vano, con las armas débiles de los untos! Cuánto sér insípido, abriendo la boca satisfecha y marchitando con su trato insoportable á tanta mujer linda y atolondrada que busca su ideal sin encontrarlo!

Cuánta mamá achatada por la gente que

pasa, sirviendo de mojon en los sofás de lampas crema!

Cuánto marido tolerante que entrega su mujer á la garra de los halcones y que se ubica en el buffet con el sentido práctico de un convencido!

Cuánto viejo fátuo, teñido de piés á cabeza prendido como un paje, que apesta á menta desde léjos y que instala sus pretensiones intolerables ante cualquier mujer bonita para que el mundo le cuaje el sabroso renombre de afortunado. Cuánto muchacho alegre y filósofo, pollos de la aldea, que conocen la aldea y que toman la partida con el buen humor de los descreídos!

El baile estaba en su apogéo cuando sentí en torno un murmullo. Dos mujeres del gran mundo entraban al salon y las parejas se abrian para darles paso. Don Benito acompañaba á una de ellas y la otra, contra la mas estricta regla de nuestros salones caminaba sola al lado. Don Benito vino derecho adonde yo conversaba con un grupo de amigos.

—Julio! me dijo con la mas perfecta y aristo-



crática urbanidad, Fernanda! Y dándose vuelta y señalando á la mas jóven, repitió, como toda presentacion, Blanca!

Me incliné reverenciosamente y al levantar los ojos, ví la imájen doble de mi compañera de teatro diez y ocho años há! . . .

—Me parece que nosotros somos viejos amigos, me díjo Fernanda. . . . Y como queriendome dar confianza agregó. . . . Pero usted es un hombre!

—Señora. . . . Señorita! . . .

Y á una finísima mirada de don Benito, imperceptible casi, yo estendí mi brazo y Blanca se colgó de él con franco y dulce abandono.

No podia darse un retrato mas semejante á Fernanda. Para mí, Blanca era una verdadera resurreccion del pasado; la misma aparente trialdad de la madre, la misma palidez casi mate; los grandes y sombreados ojos de Fernanda; y un busto, que dejaba ver un escote en el que los nérvios preponderaban sobre la carne. Por último, un brazo que podia ser un tanto largo pero que bajo el fino y suelto guante de piel de Suecia tenía yo no se que encanto volup-

tuoso, mil veces mas ático y mas puro que el que revela un pié bien calzado cubierto por una media de seda oscura.

El vestido de Blanca era un antitesis con su serena palidez: una pollera corta de tul de seda color fuego estrecha, determinaba como un calco las líneas misteriosas del cuerpo, dejando ver bajo el ruedo un zapato de raso del mismo color sumamente escotado en el que aparecia el mas bello y atractivo pié de mujer.

Una bata de terciopelo fuego encerraba apenas el misterio de su pecho, dejando adivinar las líneas audaces de sus senos altos y erguidos como los de la Vénus de Milo. En la cabeza dos peinetas de oro de una sencillez irreprochable sostenian su cabello rubio mate, y fuera de las numerosas cadenas de pulseras que rodeaban sus brazos, ni una sola alhaja, ni una sola flor, ni un solo adorno, lucian en aquella mujer.

— Que espléndido wals, me dijo, bailemos, yo no resisto. . . .

La enlacé estrechamente y la imaginacion debió traerme, como una brisa en aquel momento, el suave perfume de Fernanda. Blanca

reclinó su mejilla sobre mi hombro, el muelle contacto de sus senos estremeció mi pecho, toméle la mano con fuerza y rodeando su talle flexible y admirable, la danza lasciva nos arrebató en su torbellino. Blanca bailaba como una inglesa de la vieja estirpe; sin reservas pero también sin el grosero materialismo de una mundana; de vez en cuando, los vaivenes ondulantes del wals, en que los cuerpos se deslizan con la música, nos unían involuntariamente, y yo sentía ese estremecimiento inexplicable que produce la lucha de la timidez con la de la audacia cuando el cuerpo de una mujer joven y linda toca y calcina esta miserable arcilla humana de que están hechos todos los seres desde Satanás hasta San Antonio.

El wals tocaba á su término; mi compañera se me habia entregado completamente. En el maréo embriagador de sus últimos giros, columbré el rostro de don Benito, que del brazo de Fernanda nos miraba con una sonrisa mefistofélica, en el momento en que el eco de los violines se apagaba y Blanca caía fatigada voluptuosamente sobre un sofá que la sostuvo y

balanceó un instante en sus muelles y flexibles elásticos.

— Pero usted valsa como nadie. . . . Yo no podría valsar con otro despues de haber valsado con usted!

— Y bien señorita, la cuenta es muy sencilla, bailemos todos los wals. . . .

— Oh! Y los compromisos? . . . . me dijo con cierta petulancia altiva.

— Es muy sencillo: los viola usted, le repliqué con igual tono.

— Me cuadra! está hecho el trato.

En ese instante nos detenia un jóven grueso, de lentes, rosado, rubio y lindo como un retrato al pastel, con un ambiente de insignificancia que se aspiraba de lejos.

— Muy buenas noches señorita! Quiére usted darme el próximo wals?

— No me es posible doctor Bello, estoy comprometida, contestóle Blanca con indiferencia.

— ¿La cuadrilla? . . .

— Me fatiga bailar cuadrillas, replicóle en el mismo tono.

— ¿Entónces los lanceros. . . .?

— Méenos doctor . . . .

— ¿Entónces que quiere usted darme? preguntó aquel desgraciado é incómodo pretendiente.

— Nada, se apresuró á contestar don Benito que en ese mismo instante llegaba á nuestro grupo.

El jóven doctor tragó saliva lastimosamente, pero Blanca, reaccionando con generosidad en su favor, le dijo:

— Pasearemos esta mazurca; y señaló la pieza perdida en el epílogo del programa que comenzaba.

Seguimos con Blanca; paseamos la pausa y atravesamos el gran salon, en direccion al salon punzó de la calle Victoria. Al entrar á él un grupo de hombres, entre los que estaba mi tio Ramon, saludó á mi compañera con lisonjas y elogios. Blanca se detuvo.

— Ah! papá ¿que haces? . . . y dirijiéndose á los demás les estrechó francamente la mano, mientras yo hacia una reverencia.

Era en efecto el doctor Montifiori, el marido de Fernanda; un ex-diplomático de un país híbrido como la Herzegovina ó el Montenegro:

no importa. Mientras nos detuvimos yo lo observaba.

El doctor Montifiori era un personaje de edad reservada pero con aire de *garçon*. Sabia llevar con cierta elegancia negligente la ropa que vestia y se conocía que el gusano habia vivido siempre dentro de seda. Corríase que al casarse con Fernanda, veinte años atrás, el doctor Montifiori habia enagenado su interesante personalidad en cambio de la belleza de su esposa y ocupado una legacion en no sé donde.

Corríase tambien que aquel *lion*, á pesar de su edad, habia sido el *enfant gaté* y el *bon papá* de esas famosas golondrinas que vuelan en invierno á medio dia en sus carretelas por el *Bois*, custodiadas por un lacayo impertinente y acompañadas por perros microscópicos de esas razas artificiales con que el sibaritismo parisiense falsifica las nobles obras del creador.

El doctor Montifiori se movia por el salon como una góndola con proa de ánade : tenia un abdómen formado sin duda por las golosinas de los banquetes de embajada, á los que concurría invariablemente á pesar de su retiro. Sus rubi-

cundos cabellos y sus patillas inglesas, incluso su bigote recortado como el de los banqueros de Lombard Street, debian el brillo de su lustre á las caricias de un pan de cosmético en constante ejercicio sobre la mesa de *toilette*. No hay duda, el doctor Montifiori vivia teñido desde los piés hasta la cabeza. Como todos los viejos *dandys*, despues de tragar sus píldoras de salud, entregaba su figura á los afeites milagrosos de Guerlain, y como si se sumergiera en la fuente de Juvénio, se bañaba con precauciones en agua tibia y perfumada, dormía como los donceles de César en lecho de plumas y su medio siglo largo, necesitaba despues de sus encantadas *soirées*, que el edredon de los sibaritas cubriera y protejera sus miembros fatigados como los de Júpiter, despues de sus transformaciones.

Montifiori era un epicúreo, y por eso, el salon de Fernanda era renombrado por el gusto y por el exímio buen tono que perfumaba todos sus detalles. Acostumbrado á sentarse diariamente en una mesa verdaderamente ática como manifestacion culinaria, Montifiori pasaba con razon por un *gourmet* de estirpe, por un paladar

maestro para catar una becasa *au madère*, servida sobre un plato de Saxe. — Y así, aquel gran vividor, acostumbrado á mirar los záfiro y rubies de sus anillos de oro mate al través del diáfano cristal, lleno con los topacios líquidos del Sauterne, y á saborear la nube perfumada del tabaco de Cuba, debia sufrir mucho, cuando mi tia Medea, á quien frecuentaba, lo sentaba á su mesa á comer aquellos platos dignos solo de su robusta pepsina de *ñandú*.

Montifiori, como todo hombre del gran mundo, con marcada tendencia al europeismo, hablaba con bastante afectacion el francés y murmuraba el inglés con una increíble adivinacion del acento peculiar de este idioma. Estaba en todos los golpes de *petit mots*, sabia sacar partido de esas reducciones híbridas de las palabras, que los parisienses consiguen hacer con los dientes superiores y la nariz indicando apenas las espresiones hasta casi llegar á formar una charla de monosílabos breves, rápidos, fugaces y casi eléctricos, que hacen la desesperacion de todos los que han aprendido el francés por el Ollendorf.



Al lado de Montifiori contemplaban el baile dos caballeros mas, el viejo ministro de estado doctor don Bonifacio de las Vueltas, político ducho, orador brillantísimo y eficaz, gran brujuleador de cámara y ante-cámaras, fina inteligencia, blanca erudicion, débil y bondadoso, embrollon como una modista de alto tono, pero de una intachable honradez privada. Se balanceaba á su lado con movientos de odalisca otro personaje diminuto, que á una fisonomía árabe despejada, de ojo poético y penetrante, reunia ciertos antítesis morales y físicos que revelan un prisma de nuestra raza sud-americana. Su palabra elocuente, un tanto enfática y voluptuosa, se apretaba, al salir, entre los dientes y los lábios, al mismo tiempo que llevaba ambas manos al vientre y se contoneaba delante de las señoras como un palomo que corteja á la paloma dando vueltas en el borde del mechinal. Era sin duda aquel uno de los finos artistas de la palabra y de la frase segun se decía; habia caido de las mas altas posiciones, y mi tia lo abomina como todo el partido de la gran política que

no lo conocía sinó por el apodo que se le daba y que no es del caso mencionar.

— Señorita Blanca, presento á usted mis mas sumisas manifestaciones de respeto y admiracion, dijo el doctor de las Vueltas, entreabriendo su boca como un pimpollo.

— Oh! doctor tantas gracias..... contestó Blanca.

— Es usted la reina del baile. Lleva usted mis parabienes Blanca.... aaah!... está usted espléndida..... aaah, decíale el compañero de don Bonifacio, arrullando al rededor de Blanca.

— Oh déjeme doctor que lo felicite por su folletin de *El Nacional*, qué linda, qué linda página!

— ¿Lo ha leído usted? Linda era en efecto!... qué lástima que mis ex-ministros no sean capaces de juzgarla, son todos unos civilistas.... aaah! — dijo el doctor, mirando al señor de las Vueltas con marcada intencion.

Montifiori á su turno conversaba con el doctor de las Vueltas á propósito de un caballero de

las provincias que habia pasado atufado y sin saludar al grupo.

— Pero algo debe tener con usted querido Montifiori, porque conmigo cultiva la mas cordial amistad.

— En efecto, decia un gallo viejo de *monocle* que formaba parte del grupo, *Il a l'air bien farouche*.

— Já, já, mis buenos amigos; es el doctor Escañote de Corrientes, un incorruptible, me detesta, y saben ustedes por qué? Una noche en París, este señor, que se habia instalado con toda su prole en un mal hotel de cuarto orden, hacia la cola en la boletería de *Varietés* donde se daba la *Femme á papá*, una mononería de cosas *cochonas* en que Judic hace caer la baba. El buen señor, sin conocer las reglas de la cola, pretendió saltar su turno y pujar para romper la muchedumbre el muy *sot*; claro! se armó un alboroto. Ese pobre señor tenia la desgracia de no hablar una palabra de francés, é interpe-lado por los *agents de ville* contestaba con el acento peculiar de su provincia.

« No me lleven así! . . . soy forastero, corren-

.....

tino, de la República Argentina!...» y qué sé yo que otras cosas.

De repente, *malheur!* me divisa, me conoce entre la ola de la muchedumbre y me grita: — « Señor Montifiori! paisano, compatriota, venga á salvarme, me quieren llevar á la Comisaría! » Figúrese usted, doctor, yo iba en aquel momento nada ménos que del brazo de ese espléndido *Prince de Trois Lunes, un homme charmant, comme cicéroné!*; salíamos de Bignon, era imposible codearme con aquel *rastaqouère* guaraní! El príncipe notó sin embargo mis señas y me decía: — « *Comment! c'est un de vos compatriotes qui vous appelle, n'est-ce pas?* ¿Qué podía yo contestarle?... *Bah! non pas, mon cher prince, c'est un parvenu, je ne le connais pas!* »

—¿Y cómo concluyó el incidente? preguntó el señor del *monocle*.

—Pero muy sencillamente, cenando nosotros en el *Café Anglais* y mi correntino durmiendo en la Comisaría!

—Já! já! y todos á una reían de la espiritual aventura de Montifiori.

—¿Y qué es de tu mamá, Blanca? no la veo . . . le preguntó á su hija.

—Ahí anda, con don Benito. . . . contestóle su hija haciendo un gracioso movimiento de cabeza.

—Jóven y linda como la hija! *Mater pullchra, filia pullchrior!* exclamó el doctor, esbozando en su rostro moreno una sonrisa afectada y contoneándose siempre con las manos sobre el vientre.

—Bien jóvenes, díjoles Blanca, yo tengo sed, quiero tomar un helado; señor don Ramon, agregó dirijiéndose á mi tio; lléveme usted á tomar un helado. ¿Me permite usted que lo abandone por su tio?

—Con tal que el próximo wals sea mio. . . . le contesté.

—¡Oh! bien claro! tenemos un compromiso formal, me contestó, y soltándome el brazo, lo entregó coquetamente á mi tio Ramon y ambos se retiraron del grupo.

—¿No es cierto que mi hija es *charmante*? dijo el doctor Montifiori al verla retirarse.

—Es una señorita, mi querido doctor, llena

de atractivos y usted me permitirá que le reiteré mis más entusiastas felicitaciones y plácemes sinceros, contestóle el doctor de las Vueltas, empleando el tono más melífluo de su voz.

— Es una nereida, una verdadera hurí, tiene la hermosura de Dido y el paso de una diosa. . . exclamó el otro doctor entusiasmado.

— Nosotros no tenemos papel que desempeñar en este baile. . . . Mucha mamá *demodada*; y no es posible *glisarles* nada á las jóvenes sin que se ofendan. Por eso, mi querido de las Vueltas, es que yo amo la mujer fácil. . . *Variedades*. . . ! Anoche *Fleur d'Eglantier* estuvo apetitotísima en la *chansonette*. . . . *Quelle chatte!* . . .

— ¿Sí? y qué cantaba?

— ¡ *Oh, mon cher!* cantaba *Mon Oscar!* . . . . estábamos en el *avant-scène*, con los *attachés* de la legación turca, y la muy ricotona me cantaba á mí solo todos los *couplets*. . . la sala ardía de envidia! . . . . Yo estaba irreprochable. . . mis zapatos barnizados, mis guantes amarillos, un sobretodo de cuellos de *silk*-

*skin*. . . . en fin, espléndido! Subimos en mi cupé clarence y cenamos en el café de Paris soberbiamente. . . . unas *armoricains* y un *homard*, qué solo ese Sempé es capaz de proporcionar en esta tierra imposible! Qué mujer tan *firtante*. . . . Me llamaba *Mon petit Pichonot!*

En ese instante mi tío Ramon regresaba con Blanca del *buffet*.

—Comienza nuestro *wals*, señorita y yo lo reclamo. Tío, usted se queda con sus amigos y me devuelve la compañera ¿no es así? le dije á mi tío Ramon.

—Te la entrego siempre que ella lo consienta, me contestó; y como Blanca se desprendiera sonriendo de su brazo, mi tío la dejó hacer y nos alejamos de nuevo de aquel grupo, que formaba uno de los mas interesantes cuadros del salon.

El *wals* recomenzaba; entramos al gran salon y nos perdimos en el mar de danzantes. Blanca habia pasado de su interesante palidez á un encarnado suave, que revelaba la escitacion involuntaria que provocan en la mujer la música y el baile.

El último *wals* lo había bailado con un ímpetu y un ardor de 20 años. Sus ojos claros, melancólicos y un tanto estáticos por lo general, se habían alumbrado con un fuego intenso; su boca entreabierta delataba esa seductora molície que invade todo el organismo delicado de la mujer en las horas fugaces de la fiesta.

Nos sentamos en un sofá al concluir la pieza que habíamos bailado, y como yo tratara de guardar cierta distancia respetuosa, dejándose caer sobre el respaldo del asiento, é inclinando la cabeza graciosamente, me dijo:

—¿Porqué tan léjos? Acérquese Vd. mas... tome mi abanico, deme aire, me sofoco....

Obedecí maquinalmente, y al acercarme rocé con suavidad su rodilla, que se adivinaba á través de la veste y sentí su contacto tÍbio y carnal.

—Mas cerca, abaníqueme usted.... así.... oh! ahora se respira!... y suspiró con toda el alma; y al suspirar, las curvas de su seno se desprendieron un instante del tul que las cubria y volvieron á dibujar su sóbrio pero voluptuoso busto.



Yo me habia acercado á mi compañera todo lo que el buen gusto lo permite.

Felizmente en aquel momento se organizaba una cuadrilla, y la fila compacta de las parejas nos cubria de las miradas de todo el mundo. Hay veces que un baile es mas solo que un desierto. La música rompía en seguida y Blanca y yo, en nuestro sofá, gozábamos de la ventaja, de que nadie se preocupara de nosotros.

—¿Y su padre? ¿hace mucho tiempo que murió? . . . me preguntó con un acento lleno de ternura.

—Veinte y dos años, cuando yo era un niño. . . le contesté.

—Es triste sin padre y sin madre, tan joven. . . .

—Muy triste Blanca.

—Y tanto mas cuanto que usted no tiene fortuna y la fortuna es hoy indispensable en Buenos Aires. Sin fortuna la vida debe ser abominable. Al menos, yo no la concibo.

—¿No cree usted en el amor. . . .?

—¿Solo? me observó vivamente.

—Sí, le dije mirándola con fijeza.

—Nó! me contestó ella con indiferencia. . . .  
¿quiere ser mi amigo? ¿Quiere guardarme una  
confianza? . . . Yo soy una mujer rara, estraña.  
Yo no hé amado nunca y no sé si lo que hé  
sentido alguna vez, puede llamarse amor; pero  
jamás, aun amando mucho, no me casaria nun-  
ca con un hombre pobre. Tengo horror, miedo,  
por la pobreza. . .

—Es triste, le repliqué; ser de un hombre á  
quien no se ama, debe ser algo terrible en la  
vida. . . .

—No lo creo. Se puede amar al marido,  
amarlo como á un amigo. . . al fin el marido no  
es otra cosa á la vuelta de diez años. ¿Cómo  
concibe que don Ramon, su tio, esté enamora-  
do de misia Medea? Imposible!

—No Fernanda! Pero si usted se casa con  
un hombre á quien no ama ¿cómo puede cer-  
rar su alma para siempre, usted flor del mun-  
do al fin? . . .

—Pero, no cerrándola, amigo mio! . . Yo no  
sé si algun dia me enamoraré, pero si tal cosa  
sucediera, soltera ó casada, yo seguiría el impe-  
rio de mis pasiones. . . .

— ¿Casada, también? . . . le pregunté, aproximándome todo lo más posible.

— Casada, también! me contestó; y su aliento me embriagó el rostro. Aquella mujer estaba enloquecedora en aquel momento.

La noche, aunque de Julio, era tibia, y los balcones que dan á la calle del Perú estaban entreabiertos: nosotros estábamos sentados cerca del tercer balcon. Una pareja de esas que se forman con una mamá aburrída y un acompañante de compromiso, vino á sentarse á nuestro lado y nos consagró una mirada de indiscreta curiosidad. Yo aproveché la ocasion para invitar á Blanca á que abandonásemos el campo al enemigo y ella aceptó. Al pasar junto á la puerta del balcon, exclamó:

— ¡Qué espléndida noche! y se detuvo un instante sobre el marco de la puerta; — hace un calor tan insoportable en la sala!

— En efecto, la noche es soberbia le dije; ¿salgamos al balcon? agregué acompañando mi palabra con una lijera presion en el brazo que tenia enlazado con el mio.

— Nos criticarán. . . me repuso. Este mundo

no vé bien estas cosas. . . pero á mi no me importa nada de él, salgamos; agregó resueltamente y tomando ella misma la hoja de la puerta la abrió y juntos entramos al balcon.

Eran las tres de la mañana, la luna en menguante ya, iluminaba los techos de la ciudad dormida, la calle estaba solitaria, los faroles de gas con su luz roja titilaban, formando desde la esquina del club hasta el Retiro una senda que parecia alumbrada por candilejas.

Al entrar al balcon, alguna pareja nos habia entrecerrado de nuevo las puertas y desde afuera, donde imperaba la sombra, hacia un contraste raro aquella sala profusamente iluminada en la que las diferentes tintas de los trajes, la música y el bullicio, producian un movimiento variado y constante.

—Nos han encerrado, me dijo Blanca. . . . es original! . . .

—¿Tiene usted miédo de estar sola conmigo? . . . le pregunté.

—Miédo yo! jamás lo he tenido . . . ¿qué podría temer de usted? . . .

—¿De mí. . . ? nada, sinó que la admiracion

que usted me inspira me hiciera aprovechar este momento para cometer una locura.

—¿Qué locura? me dijo, echándose para atrás con una sonrisa llena de voluptuosidad.

—Esta. . . le contesté; y avanzando sobre el espacio del balcon hasta el rincon en que termina la reja, la impulsé suavemente, le saqué en un segundo uno de sus guantes, le tomé la mano, la llevé á mi boca, la rodée con mis brazos el cuello y la cubrí de besos mudos é intensos que ella rehuia apenas, riendo entrecortadamente con cierta frialdad irritante.

El reloj del Cabildo golpeó en aquel momento las tres de la madrugada y el éco de la campana se estinguió en el silencio de la noche.

—Sabe que tengo un hambre devoradora y que siento frio, me dijo, entremos; y su rostro, al pronunciar estas palabras no reflejaba la mas mínima impresion por lo que acababa de suceder.

—Blanca, le dije, ¿me ama usted? . . .

—No lo sé, me repuso, ¿Para que quiere saberlo? Aunque lo amára, no me casaria con usted. . .!

—¿Por qué?

—Porque usted no tiene nada. Yo soy una mujer que amo mucho el mundo y el lujo . . . . Necesito un marido que sea capaz de proporcionarme todos mis gustos . . . . Deje que se presente, y entre tanto, ámeme, siga amándome, le daré todo mi corazón, añadió riendo á carcajadas. Y cambiando de tono y como adoptando una resolución, añadió: tengo hambre ¿lo oye usted? lléveme á cenar!

Salimos del balcon y entramos de nuevo á la sala. Yo tenia la sangre en la cabeza, pero aquella mujer estaba fria como una lápida. En la escalera del comedor encontramos á don Benito que paseaba á Fernanda todavia.

—¿Qué tal, hijita mia, le dijo Fernanda pasándole la mano por la cara, te diviertes?

—Ah, mucho, mucho mamá, replicóle Blanca.

—¿Y usted señor don Benito? . . . Sabe que tengo que darle las gracias por el compañero. Es un maestro; baila el wals admirablemente . . .

—¿Nada mas que el wals? preguntó con sorna don Benito.

—Oh, nada más! Ninguna mujer *chic* baila otra cosa . . . ¿No es verdad mamá?

—Por qué no? . . . Las cuadrillas son de regla en un baile.

—Para nosotros no! Nosotros hemos pasado las últimas en el balcon. . . .

—¿Que dices Blanca? preguntó Fernanda con un acento de sorpresa.

—Sí, mamá, en el balcon!

Don Benito me miraba con una sonrisa llena de picardia y yo hacia un esfuerzo supremo para contener mi emocion. Pero Blanca con una resolucion repentina me arrastró fuertemente del brazo que me tenia asido y me sacó del descanso de la escalera en que nos habiamos detenido.

—Vaya, ¿qué tiene de particular? preguntó Blanca retirándose y mirando á la madre. . . . ¿Tiene algo de malo lo que hemos hecho? y encojiéndose de hombros con un movimiento brusco, agregó con una carcajada:

—Vamos á cenar!

Entramos al comedor que todos conocemos: un gran salon al cual le falta mucho para estar bien puesto. Aquella noche, Canale, co-

mo de costumbre, habia formado la gran mesa en herradura con mesas centrales, y sobre ella, habia levantado los mismos catafalcos de carton y pastas de azúcar de todos los años. Se cena execrablemente en el club del Progreso y el adorno de la mesa tiene mucho de los adornos de Iglesia: los jamones en estantes de jalea, los pavos y las galantinas cubiertas por todas las banderas del mundo. En fin, allí se sienta uno con la indiferencia con que Raul y Nevers se sientan en el banquete de papel pintado del primer acto de los *Hugonotes*.

El mozo se nos acercó y nos dió la *carta*. Blanca pidió *bisque* y nos hizo servir champagne. Era hija del padre; las delicadezas de la mesa, la seducian mas que otras cosas. Devoró el primer plato y agotó la copa con ánsia. Nos habiamos sentado en un extremo de la mesa; las flores y los adornos centrales nos cubrian de los vecinos del frente. Yo me habia aproximado á Blanca lo suficiente para atenderla, pero ella, no sé si con intencion ó sin ella, cerró la distancia aproximando lo mas posible su asiento al mio.



—Vd. no bebe nada me dijo. . . ¿tiene miedo de perder la cabeza?

—Nó. . . si usted la perdiera, me gustaria perderla con usted, le repuse.

—Yo! . . . seria inútil; tengo la cabeza muy fuerte para el champagne. . . Bebamos otra vez. . . bebamos por nuestra amistad!

Yo levanté la copa junto con ella y juntos apuramos su contenido.

—Vd. es una mujer de hielo, le dije.

—¿Yo? qué disparate! usted no me conoce, yo lo que soy es una mujer caprichosa . . . ¿Cree usted que con una mujer de hielo habria usted hecho lo que ha hecho esta noche? No. . . el dia que yo llegue á amar, amaré como ninguna.

—¿A mí?

—No lo sé, á cualquiera; á usted si es capaz de hacerme feliz, á otro si usted no lo és. . .

En aquel momento comenzaba á amanecer; el primer albor del dia dibujábase tras de las torres de San Francisco y el horizonte empezaba á teñirse débilmente de tintas rojas. Nos levantamos de la mesa y nos acercamos á la cristalería.

les á admirar aquel cuadro sublime ante el cual empalidecian las luces del baile. Blanca estaba apoyada en mi brazo y dejaba caer su cuerpo débilmente sobre el mio.

—Es linda la madrugada, le dije, oprimiéndola con pasión. . .

—Nó! me repuso. . . la noche me gusta mas. . . Vámonos, tiemblo de que el sol me sorprenda en la calle; y arrastrándome con fuerza bajamos la escalera y me obligó á conducirla al *toilette*.

—Adios. . . le dije estrechándole la mano.

—Adios, me replicó apretándome la mia en que quedaron impresos sus dedos finos y nerviosos.

Al dar vuelta me encontré con don Benito que acababa de abandonar á su compañera.

—Y. . . ¿ que tal Blanca?

—Fria como un mármol, le dije.

—Ah hijo mio! me contestó, la hija es como la madre, una estatua que uno puede estrechar, besar y robar, pero una estatua; no se mueve nunca sin música. . .

—¿Qué música? le pregunté.

---

—Inocente! la libra esterlina; una partitura que no admite rivalidades de escuela; y poniéndome el sobretodo en el brazo, y armando el *claque*, sacóme fuera y metióme en el *cupé* que comenzó á rodar apenas sonó el golpe de la portezuela.

La fatiga me rindió aquella noche pero no pude descansar. La imágen de Blanca, me atraia involuntariamente: veíala andar y detenerse burlonamente en mi camino como dándome tiempo para alcanzarla y cuando creia tenerla cerca, la vision desaparecia dejando en mi sueño el surco luminoso de su vestido rojo que parecia disolverse en el aire en deslumbrantes é impalpables copos de fuego.

---



## XII

**A**l día siguiente comia en casa de mi tia Medea con don Benito y mi tio Ramon. Haciamos la crónica del baile antes de sentarnos á comer, pero al ocupar nuestros asientos la conversacion varió de tema. Mi tia habia tenido aquel dia una furibunda reyerta en su *Sociedad Filantrópica*, apropósito de no sé qué bazar en que sus cólegas se habian permitido prescindir absolutamente de ella. Al oirnos hablar del baile nos obligó á callar; dirigió dos ó tres frases hirientes á mi tio, por haberse permitido asistir al club y comenzó á contarnos su jornã-

da. Parece que aquello habia sido un campo de agramante: que la mocion de mi tia habia sido puesta tres veces á votacion y que tres veces habia sido rechazada. Furiosa, como ella solo sabia ponerse cuando le picaba la rabia, habia salido de la Sociedad, con la gorra toda torcida, bramando como una leona, con la pollera arremangada; y á pié, con paso corto y rápido, habia llegado á su casa sin interrumpir la série de colosales blasfemias con que se habia despedido de sus odiadas compañeras.

Mi tia se habia sentado á la mesa sin apetito, excitada como nunca por el fuerte altercado que acabo de narrar sin detalles.

Sus ojos, mas congestionados que de costumbre, brillaban de una manera siniestra. Mi tio Ramon habia pasado de un buen humor apacible á un anonadamiento completo, fulminado bajo el fuego de aquellas pupilas felinas.

La ancha cara de mi tia revelaba la reflexion alarmante de sus venas ahogadas por las ondas perezosas de una sangre espesa é inmóvil. Al sentarse á la mesa la habian asaltado mil incomodidades desconocidas para ella: acaloramien-

tos súbitos que la enrojecian momentáneamente sus carrillos laxos, *golpes de fuego* á la vista, dolores punzantes á la nuca, relampaguéos, oscurecimientos, latidos, y qué se yó que vagos presentimientos de un ataque repentino cruzaban pinchándole su imaginacion y haciéndole esclamar de cuando en cuando con cierta desesperante agitacion:

—Jesús, por Dios! ¿qué tengo yo?

Don Benito trataba de tranquilizarla; mi tío Ramon, sumiso siempre, la miraba guardando un respetuoso silencio; la idea de una apoplejía le había cruzado la mente; pero ya fuera por temor, ya por moderacion, se guardaba bien de aconsejar á su mujer la moderacion, el reposo y sobre todo, los purgantes que el conocido doctor Brown le habia instituido como tratamiento hacia ya muchos años. Para él, la moderación del carácter feroz de su consorte era cuestion de algunas libras de sal de Inglaterra, medicamento, que, dada la fé que tenia en sus efectos, le hubiera evitado mil disgustos, restableciendo por un instante la tranquilidad del hogar.

Momentos despues del altercado, mi tía Me-

---

dea se habia visto atacada súbitamente de una abundante evacuacion de sangre por las narices; pero en el paroxismo de su cólera, temblando nerviosamente de ira, se habia contentado con sorber en abundancia y ruidosamente grandes cantidades de agua salada, atarse fuertemente el brazo derecho ó ponerse en los lujuriosos rodetes de su nuca adiposa la llave consabida que aconseja la terapéutica popular.

De cuando en cuando se pasaba las manos por los ojos, en los cuales decia sentir un peso enorme; se comprimia las sienas, donde latían con fuerza sus arterias ó se mojaba con el agua del vaso aquella frente pecosa y chata, bajo la cual ardía un volcan de ódios y de futuros proyectos de venganzas. Estaba irascible, irritable, convulsa como una fiera herida; la silla tiritaba bajo el peso de sus muslos pletóricos y su marido volvía á ajitarse acariciando tímidamente el recuerdo favorito del tratamiento del doctor Brown.

—No valen todas ellas el disgusto que me han dado, perras viejas *caches!* exclamaba con una voz tosida y un poco gangosa.

~~~~~

Mi tío, don Benito y yo, continuábamos inmutables nuestro programa de *abstencion activa*, callados y reverentes, comiendo con esa moderación respetuosa que se confunde con el hambre modestamente disfrazada de un apetito discreto. No se oía sinó el rabioso crugir de las mandíbulas tiburonianas de mi tía Medea, que con cierta complacencia maléfica, aunque llena de voluptuosidad, imaginaba aplastar el cráneo de algunas de sus rivales en el inocente coscorron de pan que roían sus molares y el tímido y casi silencioso masticar de los que temíamos herir los oídos susceptibles de la señora.

Don Benito procuraba sin embargo, inútilmente, abrir temas de conversacion, pero todo era en vano, la tentativa no prendia. Mi tía Medea volvía á sus imprecaciones, lanzaba un reto furibundo á sus rivales, las apostrofaba en mil formas y levantando el puño cerrado les juraba venganza como una pitonisa poseída por la cólera divina.

Terminábamos la comida é iban á servir el café. Mi tía tomó posiciones para levantarse;

pero al ponerse de pié, sintió algo extraño, algo terrible, pasar por su cabeza; quiso dar un paso y cayó desplomada sobre el pavimento.

— Jesús te ampare! exclamó mi tío Ramon, abriendo tamaños ojos al verla caer; ya tenemos encima la terrible *perlesia*; y corrió á socorrer á su consorte que habia caido sin sentido, á los piés de la mesa, haciendo un ruido extraño con la boca llena de espuma.

Don Benito y yo habíamos corrido al mismo tiempo á socorrer á mi tia.

Su aspecto era verdaderamente aterrador; habia caido fulminada por un violento golpe de sangre; estaba sin conocimiento, insensible, relajada y en una inmovilidad absoluta.

Era una masa inerte en la cual solo la persistencia de la respiracion y los latidos del corazon que llegamos á percibir, atestiguaban que la vida aun no se habia estinguido.

Mi tío pedia á gritos un médico, el vinagre y los sinapismos; y mientras estos se aplicaban abundantemente en las piernas ciclópeas de la señora, don Benito y yo corríamos en busca de todos los médicos del barrio. Las señoras de

la vecindad, algunas de las cuales eran de la relación de la familia, concurren inmediatamente al conocer la desesperación de mi tío.

Todas ellas continuaron las aplicaciones de sinapismos en las pantorrillas, en la nuca, en la planta de los pies, en los muslos y en los brazos; le desprendieron la ropa y la colocaron en su cama.

Al bajar con don Benito la escalera para ir á buscar médico, nos chocamos con el pardo Alejandro en la misma puerta de la calle.

—¿Qué hay niño, que sucede? toda la vecindad está alborotada..... ¿se prende fuego la casa?... nos preguntó.

—Al contrario, creo que se apaga el fuego,... tu patrona parece que acaba de reventar, contestó don Benito con la mas perfecta calma.

—¿Quién? la tigre?... al fin!... replicó el pardo con el acento de un hombre que se desahoga.

Volvimos en seguida; habíamos recorrido dos ó tres cuadras y solo habíamos encontrado cinco médicos que se prestaron con suma complacencia á nuestro llamado.

Mi tia seguía agravándose por momentos.

Su respiracion era estertorosa y penosísima; á cada respiracion, los carrillos privados de resistencia se dejaban destender pasivamente, despues volvian á quedar laxos y flojos.

— *Fuma la pipa*, dijo uno de los médicos en voz baja; esto es muy característico.

Mi tio que oyó la observacion y que creyó sin duda que el facultativo preguntaba si la señora tenia la costumbre de fumar, respondió con grande asombro al ver el atrevimiento de aquel hombre:

— No señor, no, ¿cómo se imagina usted que una señora de esta clase...? ni en pipa ni en nada,— agregó permitiéndose ciertos movimientos de una inopinada energía.

Los médicos sonrieron lijeramente y continuaron examinando á la enferma. Uno de ellos le introdujo una pluma en la garganta. Mi tia insensible no dió señales de sentirla. El médico hizo un gesto de desagrado.

— Es preciso mudarle la cama, agregó....

— Ah! sí, replicó mi tio haciendo una mueca forzada para simular un profundo pesar; pobre-cita se conoce lo grave que está!

Otro de los médicos se acercó al oído de mi tío y le hizo una pregunta.

— Pfs...! hace muchos años señor — desde soltero; dijo este dejando errar por su lábios una melancólica sonrisa — si nunca hemos tenido hijos, y usted sabe que.... el doctor Brown, me decia, que sin embargo era posible y que....

— Ah, sí! concluyó el médico que sin duda se vió amagado por una historia patológica de la familia de mi tío; si el doctor Brown era un gran práctico.

En este momento se acercaban los otros colegas. Habian terminado su exámen é iban á celebrar consulta. Poco tendrian que decir de la enferma tal era su estado de gravedad. Segun opinion unánime era una *hemorragia cerebral* en su mas terrible forma. La respiracion continuaba siempre laboriosa, las pupilas dilatadísimas é insensibles á la accion de la luz, y los líquidos que apenas tomaba, se quedaban en la garganta produciendo esos estertores penosos que impresionan tanto. Este último síntoma era de augurio fatal. Mi tío estaba consternado: su mujer iba desapareciendo lentamente

sin hacer mención de reconocerlo cuando se acercaba á su lecho.

—¿Tiene mucha fiebre? se atrevió á preguntar á uno de los médicos que salió el primero de la consulta.

—Nó señor, nó, al contrario, su temperatura es mas bien muy baja. Sin embargo, es probable que ahora comience á subir mucho, si como desgraciadamente lo esperamos, esto termina mal. Está en un *cóma* profundo, agregó, queriendo confundir á mí tío con un tecnicismo confuso: — es una hemorragia cerebral de forma apoplética paralítica.

—Jesús me ampare y me favorezca! cuatro enfermedades á la vez! Quién resiste á tanto!

Y el pobre hombre, haciendo un esfuerzo supremo para manifestar la mas suprema emoción, se llevaba la mano á los ojos y se tiraba nerviosamente del pelo.

Don Benito que estaba al lado del lecho miraba extinguirse aquel coloso con una frialdad perfecta.

Mi tío no se atrevía á acercarse al borde de la

cama: los médicos se habían separado, seguros ya del desenlace.

—Acérquese señor, dijo á mi tío uno de ellos...

Mi tío se acercó temblando, remiso y casi arrastrado por el deber. . . al aproximarse retrocedió: la moribunda presentaba un aspecto terrible: la fisonomía estaba amoratada; la respiración era difícil y cavernosa.

—El sacerdote! exclamaron algunos de los circunstantes mientras los médicos abandonaban la habitación.

Se acercó al lecho un fraile obeso, vestido de colores llamativos, impasible como una foca, gordo como un cerdo: el rostro achatado por el estigma de la gula y de los apetitos carnales, la boca gruesa como la de un sátiro, el ojo estúpido, la oreja de murciélago, los pómulos colorados como los de un *clown*. Abrió entre sus manos grasas y carnudas, un libro cuyas páginas alumbraba un monigote con un cirio, y erutó sobre el cadáver en latín bárbaro y gangoso algunos rezos con la pasmosa inconsciencia de un loro.

Al terminar se retiró algunos pasos del lecho; hizo un ademán á mi tío para que se acercara; y en aquel momento mismo, mi tía Medea clavó sus ojos inmóviles en su marido, abrió la boca, esputó un cuajaron de sangre y acabó. . .

Mientras comenzaban las mujeres á hacer los preparativos para vestirla, don Benito y yo sacamos á mi tío de la habitacion. Era de observarse en aquel momento la cara de mi viejo camarada; —la cómica solemnidad que se esforzaba por mantener le daba un aire mefistofélico.

Mi tío lo miraba sin comprenderlo, pero era bastante suspicaz para esplicarse que don Benito no estaba tan desolado como lo exigian las circunstancias.

Yo estaba esperando la palabra burlona del viejo solteron y no se hizo esperar. Nos encerramos en el cuarto de mi tío, aseguramos las puertas y don Benito con una cara de páscuas, abriendo los brazos exclamó:

—Don Ramon. . . . apriete amigo! y lo buscó á mi tío para abrazarlo.

—Oh! don Benito. . . ¡qué desgracia!

—¿Desgracia? Me representa usted, el hipó-

crita? Celebre usted amigo, el mas grande de los aniversarios de su vida. . . .

Y mi tio no pudo contenerse; se deshizo de don Benito y corriendo á la cama, se echó en ella y depositó sobre la blanda almohada de plumas en que hundió el rostro, una sonrisa de íntima, de voluptuosa alegría, que ya no podia contener dentro de sí mismo.

En ese instante golpearon la puerta; la abrí; el perfil risueño de Alejandro asomaba por la rendija.

—¿Qué quieres? le dije en voz baja y con el tono mas sério del mundo-

—Oh! me contestó muy despacio . . . ¿usted es de los tristes tambien? y aquel negro ponía una cara satánica cuando me decía esas palabras.

—Véte le dije. . . véte.

—Si, me voy. . . á buscar el cajon !

A las doce de la noche, mi tia estaba depositada en el atahud de jacarandá que Alejandro habia traído. Le habian cerrado los ojos y la boca, pero su rostro conservaba siempre el gesto de amenaza que le era característico y con

el santo-cristo que oprimia maquinalmente entre las manos lívidas y como enceradas, parecía en la actitud de un centinela que dormita armado para el caso de una sorpresa. El *mulaterio* femenino de la casa y de la vecindad, había invadido la sala: no faltaban alrededor del féretro dos ó tres mulatillas arrodilladas, que se turnaban sucesivamente. Claro es que la sala había sido cubierta en un instante de crespon y de merino negros en homenaje á su ilustre dueña.

La noticia de su muerte había cundido por la ciudad, y como su influjo en los grandes centros sociales, á pesar de los desastres políticos del partido de la finada, era de vieja data, la casa se vió llena toda la noche de las eminencias del pasado, destronadas por el presente.

El primero con quien me encontré en la sala, fué con el doctor Trevexo. Cómo había envejecido y enflaquecido! Sus piernas y sus brazos desgonzados, no se palpaban al través de la ropa, pero siempre era el mismo; el gran charlador, difuso y narrador de insulceses; gran espositor de lugares comunes, de doctrinas to-

.....

madras al instinto, de principios incompletos; siempre enemigo de los libros; desolado por el prodigioso aumento de las librerías y de las ediciones: furioso contra la exajerada difundicion de las obras científicas; partidario constante, invariable, incommovible del periodismo: siempre citando su coleccion del *Gorro de la Libertad* y de *La Espada de Damócles*, los diarios que habia escrito despues de la caída de Rosas.

Pobre doctor Trevexo! Cómo aquel hombre que habia sido el primero veinte años ántes, era hoy el último! Cómo se habia detenido en su apogéo sin marchar! Me hacía el efecto de una de esas fotografías antiguas de un album de familia, ante las que uno tiene que reir involuntariamente. Mientras que el mundo político habia progresado entre nosotros, con lecturas sérias y sazonadas: en el siglo de Disraeli y de Gladstone, de Bismark y Gambetta, en el siglo de Taine y Lanfrey, el doctor Trevexo vivía con sus recortes de diarios criollos, con toda su fama del pasado por capital y toda su estéril informalidad por presente y porvenir. Sinembargo, lo que es la virtud y la consecuencia de los parti-

darios! Su partido creía en él todavía: era siempre el gran orador, el gran diplomático, el gran periodista, el gran abogado, del mas grande de los partidos argentinos.

La muerte de mi tia Medea lo habia conster-nado. Su grande amiga, la mujer resuelta de todas las épocas; vencida en dos revoluciones, pronta á hacer una nueva á una sola indicacion suya, habia muerto; el partido entero la lloraba, era una pérdida irreparable, tan irreparable, que el mas grande de los diarios de la América del Sur, le dedicó un sentido artículo necrolóji-co, largo como un sermon de agonía, con muchas frases escojidas que comenzaba recordando con mucho detalle *á las antiguas madres grie-gas y romanas*, las hacia atravesar *la trayecto-ria de la historia en las múltiples combinaciones de los pueblos*, y terminaba con un elojio de las virtudes de la difunta y una laudatoria especial á la mansedumbre de su carácter.

A este llamado, todo el *faubourg Saint Ger-main* de Buenos Aires, se presentó al dia siguiente. Cómo se elojaban los méritos de la señora doña Medea Berrotarán! Cómo se con-

dolian de la triste situacion de mi tio! qué dolorosa pérdida habia experimentado! Hasta don Buenaventura, habia dejado sus múltiples ocupaciones literarias para asistir al entierro! Cómo no premiar treinta años de vasallaje, mudo, entusiasta, admirador de todas sus hazañas y desgracias!

Un entierro de fuste en Buenos Aires no necesita describirse: el empresario fúnebre conoce los gustos de la gran capital, en los que prepondera la gran aldea: el convoy tiene que hacer curso en la calle de Florida: no hay otra calle para ir á la Recoleta, y si á alguien se le ocurriera la idea de cambiar el itinerario, no sería difícil que el muerto ó la muerta, siendo de la aristocracia, ó sobre todo de la gran política, resucitara protestando contra la variacion de la ruta.

Mi tia habia sido muy relijiosa; aunque víctima en los últimos tiempos de un padre escolápio, que le habia eliminado graciosamente algunos miles de pesos, su fervor por los frailes y monigotes, corría parejas con sus entusiasmos políticos: de modo que á su entierro asistian

todos los clérigos de las parroquias principales, correctos la mayor parte y una delegacion de cada cofradía: franciscanos, domínicos, etc., incorrectos bajo el punto de vista de la higiene personal. Entre esta turba de cuervos negros y pardos, no faltaba algun tribuno ultramontano, pedante atorado de suficiencia, orador sibilino y hueco, gran mómia literaria, rellena de Blair y Hermosilla, *specimen* del gongorismo español, que sentado en el carruaje de duelo, como si lo hubiesen clavado en una estaca, mantenía su gravedad solemne como para aparentar la profunda desolacion que le causaba la muerte de aquella vieja cuyas virtudes corrían al fin parejas con la sinceridad de sus convicciones religiosas. Encabezando el grupo iba la misma dignidad que ya hemos visto al lado del lecho mortuorio, con su uniforme carnavalesco de colorinches y su impasible cara de foca.

Mientras depositaban el cajon en la bóveda de la familia, yo me perdí en las calles del cementerio.

¡Cuánta vana pompa!

Cómo podía medirse allí, junto con los ma-

marrachos de la marmolería criolla, la imbecilidad y la soberbia humana. Allí la tumba pomposa de un estanciero..... muchas leguas de campo, muchas vacas; los cueros y las lanas han levantado ese mausoléo que no es ni el de Moreno, ni el de García, ni el de los guerreros, ni el de los grandes hombres de letras.

Allí la régia sepultura de un avaro, más allá la de un imbécil.... la pompa siguiéndolos en la muerte. Entre una encrucijada de nichos y sepulcros, me topé de manos á boca con mi expatron, don Eleazar de la Cueva, que tambien habia ido al entierro de mi tia.

— Señor don Eleazar! ¿Usted por aquí?

— Ah, señor! esperando mi hora, como todos; contestó, hoy le ha tocado el lote á mi señora doña Medea.... Ah! ella es la feliz, agregó levantando las manos al cielo: En este mundo no hacemos sinó sufrir desengaños, jóven.... Vea usted, yo por ejemplo que he hecho tantos servicios y tantos sacrificios por la humanidad, aquí me tiene usted á mí.... ¿de qué valgo señor?

— Pero señor, su posicion, su fortuna....

— Señor, yo estoy en la calle, en la última

miseria; me han arruinado señor, usted lo sabe bien; y al decirme esto, el rostro de don Eleazar se descomponía de tal manera que infundía la mas profunda lástima.

Alineado á la salida de la Recoleta, soporté con todos los parientes de la muerta, los apretones de los concurrentes, que le dan la mano á uno como diciéndole: «*eh! míreme usted, he asistido, no lo olvide*» y cuando terminó esta dura prueba de resistencia, dí vuelta y ví á don Benito que me esperaba.

—¿Piensas ir con la parentela? me dijo.

—¿Qué hacer? . . .

—Ya todo ha concluido, ahora te vienes conmigo y mañana fuera el luto.

Y subimos al cupé, que rompió la marcha por entre los numerosos carruages apostados en las estensas avenidas del cementerio. Eran las 4 de la tarde; el tiempo era espléndido; el cielo azul y sin nubes se reflejaba en el pedazo de rio que se alcanza á ver desde la barranca de la Recoleta.

Las caras de los que volvian del entierro,

demostraban bien claramente que no se habian conmovido mucho con la ceremonia.

Don Benito me propuso ir á comer al café de Paris, despues de mudarnos el traje negro, y yo le acepté. Saliamos de la plaza de la Recoleta para entrar á la calle larga, cuando nuestro carruaje se cruzó con una victoria elegantísima, tirada por una fogosa pareja de alazanes y dirigida por un cochero de una correccion irreprochable. Repantigadas comodamente en el amplio asiento, iban dos mujeres distinguidísimas, cuyo saludo apenas tuvimos tiempo de contestar.

Eran Fernanda y su hija: al verlas, ambos sacamos la cabeza por las portezuelas del cupé, en el momento en que ellas tambien daban vuelta.

— Van espléndidas, me dijo don Benito ! . . . Diablo de vieja tu tia, hasta muerta nos persigue, si no hubiera sido por el tal entierro, qué golpe habriamos dado yendo á Palermo. . . !

— Pero todavia hay tiempo, le replique, retrocedamos.

— ¿ Te atreves ? . . .

—Y qué. . .

—Alejandro! gritó don Benito al cochero, á Palermo por el Bajo. . .

El carruaje dió vuelta, y los caballos tomaron el trote largo á un simple chasquido del látigo de Alejandro. En diez minutos llegamos á la verja de fierro, que da entrada al parque; doblamos sobre la gran calle de palmas que estaba solitaria: solo en el fondo, del lado del bosque, se veía un punto negro: era la victoria de Fernanda: nuestro cupé se deslizó por el pedregullo de la avenida, salvó la via del tren del Norte, y vino á detenerse al mismo lado de la victoria. El carruaje estaba vacío: preguntamos al cochero donde estaban las señoras, y nos contestó con una seña, indicando el fondo de la calle. Nos bajamos y caminamos en esa direccion. Al fin de la calle, en un rincon del camino las encontramos. Al vernos se sorprendieron.

—¿Vds. por aquí? nos dijo Fernanda, vaya una manera de hacer el duelo!

—Señora, contestó don Benito, el duelo ha concluido y la vida comienza de nuevo.

—Pero Vd., dijo Blanca, con ironía, sobrino carnal, y en Palermo, el mismo día del entierro; ¡qué escándalo!

—Sobrino carnal, nó, político sí... no hay inconveniente.

—Y ese pobre tío, ese señor don Ramon, cómo estará de triste y desolado? inquirió Fernanda.

—Oh! aplastado; figúreselo usted, libre de un mónstruo y con setenta millones de pesos!

—¡Setenta millones! exclamó Blanca, bonito dote mamá ¿eh?

Fernanda hizo un signo de aprobacion y su fisonomía se alumbró como si concibiese una vaga esperanza.

—Pero don Ramon ha sido feliz con su tia... un viejo pisaverde, alegre, muy *sirvientero*... ¿no es verdad? preguntó riendo.

—Tal cual; pero víctima de su mujer; figúrense ustedes, que el día Domingo, doña Medea metía en la cama á su marido para que no saliera á la calle.

—¿Deveras?

—Garanto; y don Benito reía á carcajadas.

Yo me habia acercado á Blanca y le habia dado el brazo. D. Benito se habia quedado con Fernandá en el mismo sitio en que las habíamos encontrado. Caminábamos con Blanca en direccion á los árboles: estaba pálida como de costumbre, vestida con un traje de pana color bronce, sumamente ceñido al cuerpo: su talle se dibujaba admirablemente. Guardábamos silencio y ni ella ni yo parecíamos resueltos á romperlo. De pronto se detuvo suspirando, y como saliendo de una profunda cavilacion, exclamó abstraída:

— ¡Setenta millones!

— ¿Le parece mucho? le pregunté.

— Ah! me contestó, como despertando; pensaba que ese tio es un horizonte: ¿Es muy viejo?

— Sesenta y cuatro años, no es mucho; más jóven que su fortuna, sería mejor menos millones que años.... ¿Nó?

— Oh! nó, de ninguna manera; diez años más ó ménos no es nada para un hombre, diez millones de ménos es mucho....

La tomé fuertemente del brazo con un movi-

miento de cólera y de impaciencia: la sombra del bosque nos protegía: le estreché las manos, la besé en el rostro, en los ojos, en la boca, entre los labios entreabiertos.

—Blanca le dije.... yo.... no puedo resistir...!

—Hay tiempo, me replicó, más tarde!

Y aquella mujer parecía una estatua de hielo, en medio de la involuntaria voluptuosidad que emanaba de todo su conjunto.

Volvimos á tomar la gran avenida. Fernanda y don Benito habian desaparecido. Alejandro, desde el pescante de nuestro coche, me hizo una seña que significaba que la pareja estaba allí.

Y en efecto, nos acercamos y Fernanda y don Benito estaban en el cupé.

El viejo camarada habia perdido la correccion habitual de sus cuellos y de su corbata; dos chapas rojas alegraban su semblante. Fernanda se hallaba perezosamente reclinada en el muelle respaldo de raso del cupé; á pesar de sus 38 á 40 años, estaba bellísima. Al vernos se incorporó, consultó la hora y bajó ágilmente del car-

ruaje , subiendo á su victoria de un salto. A su lado se sentó Blanca: yo le eché la cariñosa manta de núbrias sobre los pies y á un signo del cochero, las dos yéguas del tronco partieron á escape.

Trepamos á nuestro cupé. D. Benito estaba radiante de alegría, pero se esforzaba por aparentar una profunda severidad.

—¿Y qué tal? le dije con sorna.

—Pschtt, mucho calor!

Era en Julio y hacia un frío de todos los diablos.



XIII

El doctor Montifiori, era un católico recomendable, bajo todos puntos de vista; miembro de dos ó tres hermandades religiosas, él sabía conciliar como nadie, la misa de la una del dia con la cena alegre de la una de la noche, la hóstia sacrosanta del altar, con los mariscos perfumados del Café de París.

En su casa se sabia dar el aristocrático barniz clerical de alto tono del siglo XVIII. Bastaba echar una rápida mirada sobre su pequeña librería de *amateur*, para conocer los finos gustos del hombre. Entre las trufas literarias de Brantô-

me, de Casanova y de otros del género, Bossuet y Massillon, conservaban la gravedad de las hileras: en las letras, De Laharpe, M. de Bonald, Fontanes y Chateaubriand, daban la nota grave del imperio, mientras que al lado, en ediciones monísimas, brillaban todas las perfumadas indecencias pornográficas del día.

La muerte de mi inolvidable tía doña Medea, había lanzado al mundo, un viudo conservado, rico y con grandes calidades exteriores: mi tío. Dos meses después de su viudez, vivíamos juntos: yo había abandonado á mi viejo camarada, D. Benito. Muy pronto la casa de mi tío Ramon, se transformó en una habitación completamente diferente de lo que había sido. Se hizo allí una reunión de solteros alegres y de casados emancipados de todas edades; había dinero de sobra, y por consiguiente abundaban las comidas joviales, los vinos, las diversiones de todo género y el elemento amable: las mujeres.

En un día, don Benito, el *lanzador* de mi tío, le hizo despedir ó colocar caritativamente por ahí á todo el mulaterio antiguo de la finada. Solo Alejandro fué tolerado, cedido por don

Benito, á cuyo servicio estaba desde su célebre colision mi tia. La casa fué transformada: todo el menaje de los tiempos prehistóricos de Pavon fué modificado por un mobiliario moderno del más correcto gusto contemporáneo. Los viejos retratos de la familia, fueron á cubrir las paredes de los últimos cuartos, incluso el de mi tia, que habia reinado veinte años en la pared principal del salon.

Mi tio Ramon echó muy luego el luto y se dió al mundo, enteramente al mundo; pero siempre débil á las tentaciones de la carne, sus setenta millones de pesos, vinieron á quedar muy luego en las condiciones de un real en la puerta de una escuela. El doctor Montifiori, fué el primero en apercibirse de que mi tio era un partido; pero cómo, por qué medio iniciar la campaña diplomática para conseguir sus fines?

El insigne gomoso, pensó, caviló mucho, hasta que un dia se dió un golpe en la frente con la mano, como el hombre que ha encontrado la solucion de un problema. Montifiori habia pensado en que él no podia ser católico al cohete, sin servirse de sus creencias religiosas.

El hombre de mas influencia en la alta sociedad bonaerense , era el señor Penseroso: un abate griego: de Atenas : un hombre distinguidísimo, suave como una alondra , agudo y penetrante como una aguja: con su rostro de mártir, y un ojo apagado que no revelaba por cierto toda la agilidad y la hondura de que aquel sacerdote estaba dotado. Dignísimo en su trato, su influencia se sentía en los salones , pero era la influencia de una sombra ; jamás se impuso por presion ó actos públicos ; su pasaje era como subterráneo, latente , pero eficazísimo.

Lanzado mi tio, despues de la muerte de su mujer, en una vida de desórden para sus años y para su seriedad: recojiéndose tarde , picado por la tarántula de la artista de teatro y de las bailarinas de Colon, el buen viejo le habia echado *la capa al toro*, como vulgarmente se dice. Montifiori, comprendió desde el primer momento que mi tio tenia un lado débil que explotar y como medio, empleó á el señor Penseroso.

El salon de Fernanda estaba abierto para nosotros todas las noches. D. Benito reinaba allí como un tirano. Algunas noches solia concur-

rir el señor Penseroso, por quien mi tío había cobrado una viva simpatía. Tan dulce, tan suave era aquel santísimo y virtuosísimo padre!

Blanca le hacia toda clase de fiestas y cariños al insinuante abate: al sentársele al lado, aquella criatura, fría é impávida, se volvía una gata mimosa con el clérigo: le besaba respetuosamente el dedo ceñido por el anillo de regla: le tomaba el capelo, le traía ella misma la taza de té y le ponía en la boca alguna rica golosina de Roverano, con una gracia indescriptible. El sacerdote se revenía y se entregaba rendido á la encantadora.

Blanca pertenecía á las *Hermanas de los Santos*, sociedad de niñas, de la que era presidenta y en la que ejercía una grandísima influencia.

En esta sociedad, andaba la mano de los jesuitas; ellos les habian confeccionado su reglamento disciplinario, en los cuales preponderaba un espíritu de inquisicion completa: un librito reservado de pocas hojas, en el que abundaban las transacciones del pudor, con las conveniencias sociales y las exigencias religiosas; los casos en que las sócias podian inquietar la

virtud de los hombres con sus prendas físicas y morales: las ocasiones en que era lícito escotarse, y creo que hasta la línea del busto de la que el escote no podía pasar.

Blanca se ganó al señor Penseroso en cuerpo y alma, y el señor Penseroso por una parte y Montifiori y Blanca por la otra, sitiaron y rindieron á mi tío.

Muy pronto don Benito y yo nos apercebimos de las consecuencias.

Ya era tarde: mi tío Ramon babeaba por la linda hija de su amigo y la sociedad comenzaba á anunciar su casamiento con ella.

Un dia sin embargo, nos resolvimos con don Benito á hacer el último esfuerzo. Comíamos juntos en su casa: mi tío se habia sentado á la mesa de punta en blanco, como un pollo de veinte y cuatro años. Concluida la mesa haría su visita á lo de Montifiori.

—Diablo, que está usted elegante, para viudo, tan fresco, le dijo don Benito.

—Eh! contestó mi tío. . . . voy á la ópera esta noche. . . .

—Nosotros tambien vamos, qué diablo, pero

no se nos ha ocurrido vestirnos como usted...

— Es que yo no voy solo, contestó mi tío.

— Cómo! persigue alguna aventura entre telones? preguntó don Benito con sorna.

— Nó... déjense de bromas, acompaño á la familia de Montifiori, á Blanca...

— ¿Usted? inquirió don Benito apuntándole con el dedo.

— Sí, yo, ¿ qué tiene de extraño?

— D. Ramon, usted enamorando á Blanca Montifiori, ¿ tiene valor?

— ¿ Y por qué nó?... si les dijera á ustedes que soy aceptado...

— Pero tío, le dije, esa es una union imposible, absurda. Blanca es una mujer jóven, usted casi le triplica la edad.

— Julio, me dijo, toda reflexion es inútil: Blanca me ama...

— Ama á su dinero, amigo, dijo don Benito dando un golpe sobre la mesa.

— D. Benito!... exclamó mi tío, con un gesto de impaciencia.

— Eh! Si señor... su dinero... y es una vergüenza ese casamiento, una gran vergüenza!

Usted, vá á ser el hazme reir del mundo. Usted que ha salido de las garras de una mujer absurda vá á caer en las manos de...

—D. Benito!... interrumpió mi tio Ramon.

—Tio, le dije, piense usted lo que hace, á usted no le cuadra una mujer tan jóven.... espere.... reflexione.

—Cualquiera te tomaría á tí por un celoso, me contestó recalcando la frase. La sangre me subió al rostro y no pude disimular mi turbacion.

—¿Y cuándo serán las bodas? preguntó don Benito, sonriéndose.

—Eh! vaya usted al diablo, contestó mi tio Ramon; no estoy para ser objeto de sus bromas: y se levantó de la mesa violentamente.

Se daba *Semiramis* aquella noche, y Colon estaba de gala; los palcos ocupados por las mas lindas y conocidas mujeres de la gran sociedad, presentaban un aspecto deslumbrador. Se habia cantado el primer acto; la Borghi y la Scalchi electrizaban al público y en la sala no se escuchaba sinó el éco del entusiasmo y de los elojios.

Una noche clásica de ópera en Colon, reúne todo lo mas selecto que tiene Buenos Aires en

hombres y en mujeres. — Basta echar una visual al semicírculo de la sala; presidente, ministros, capitalistas, abogados y leones, todos están allí; —aquello es la fèria de las vanidades, en la cual, no faltan sus incongruencias de aldea: el vigilante de kepi encasquetado en medio de la sala: la empresa, *en menage*, instalada en uno de los mejores palcos del teatro: el humo de los cigarros oscureciendo la sala entera.

No habia concluido el primer acto, cuando en un palco de la izquierda, aparecieron Fernanda y Blanca Montifiori con el Dr. Montifiori y mi tio. Las dos mujeres estaban radiantes de belleza y de lujo. Parecian dos hermanas. Todas las miradas se concentraron en el palco: todos los anteojos se clavaron en Blanca y Fernanda. Don Benito que estaba á mi lado, me tocó el brazo. El teatro entero hacia un solo comentario.

A nuestro lado, teníamos dos jóvenes imperitinentes que conversaban sin conoçernos, con toda desfachatez.

— El viejo, aquel, el que ahora se le acerca; le decia uno de ellos al otro. . .

— No puede ser. . . . contestaba éste. . .

— Te digo que sí; ese es el novio. . . que *tou-
pet* de mujer.

— ¿Pero estás cierto?

— Ciertísimo. . . si conozco mucho al viejo, cuando yo estaba de practicante en lo del Dr. Trevejo iba todos los días al estudio.

— ¿Y á ella la conoces?

— Bah, bah, de la escuela. . . era la piel del diablo cuando chica. . . un potro. . . !

Don Benito, mudo, pero dejando vagar una leve sonrisa por los lábios, seguía tocándome el brazo á cada palabra de los indiscretos.

— ¿Pero será posible que se casen? . . .

— Vaya, ciertísimo. . .

— ¿Y el padre es capaz de autorizar semejante casamiento?

— El padre tiene las agallas de un dorado. . . Tres millones de duros. . . valen la pena. . . qué diablos!

Los comentarios que hacían á nuestro lado aquellos dos mozalvetes, recorrían sin duda los palcos y la cazuela.

Bastaba observar ciertas caras, con un poco

de atención, para conocer las impresiones que producía en el teatro la presencia de mi tío en el palco de Blanca. En la cazuela, se sentía el tajar de las lenguas, lo mismo que se siente la hoz que siega un pastizal.

La cara de la parroquiana de la cazuela, se alumbra con el espectáculo que presenta un palco con una mujer lujosa y mundana;—la cazuelera comunica su impresion inmediatamente á su vecina; —ésta le hace un gesto correspondiente al asunto de que se trata, en seguida se hablan, cuchichean, rien, se ponen graves, miran de nuevo al objeto del comentario y la escena se prolonga hasta que se levanta el telon.

En la cazuela no queda títere con cabeza: albergue de solteronas y de doncellas, á las que el lujo y la riqueza no sonríe ni populariza, se convierte en Criterion: allí se pasan por cedazo todas las reputaciones, ya sean de hombres ó de mujeres. —Allí se publican los deslices de la mas linda mujer casada, que brilla en un palco, aunque sea mas virtuosa que Lucrecia. Allí se cuentan sus amores, se apunta el amante

con el dedo ; se ridiculiza al marido , se narra la última aventura , con verdadera é íntima fruición ; las lenguas como otras tantas navajas de barba , no se contentan con afeitar ; degüellan , ultiman , descarnando la honra como se descarna un cadáver en la sala de autópsias. Allí se cuentan con nombre y apellido las queridas de los hombres de moda ; se saca la cuenta de sus hijos naturales ; se esplica por qué se deshizo el casamiento con fulana , cuánto perdió en el club zutano , por qué se fué á Europa , por qué se vino , á qué mujer enamora actualmente , cómo le hace caso , dónde se ven y hasta en qué casa tienen lugar las citas.

Madres de familia , las que creéis que el cielo está arriba , no lleveis jamás á vuestras hijas á la cazuela.

Rogad á Dios que las lleve Satanás al infierno ántes ; en el infierno estará mas protegido su pudor , que en aquella galera en que vuela el chisme , enreda la intriga , muerde la calumnia y se ensaña la envidia.

Los que teneis autoridad , abolid la cazuela : meted en ella el elemento masculino : la mujer

~~~~~  
sola se vuelve culebra en aquel antro aéreo.

. . . . .  
Aquella noche la cazuela dió cuenta de la reputacion de mi tío y de la de Blanca. El Dr. Montifiori, en medio de la íntima satisfaccion que revelaba su rostro por el triunfo de sus planes, no alcanzaba á calcular, apesar de su gran malicia, todo el veneno que habia destilado la cazuela sobre él, sobre su mujer, su hija y sobre la inmaculada cabeza de mi tío Ramon, su futuro yerno.

---



## XIV

Seis meses despues, la boda de mi tio Ramon con Blanca, era cosa arreglada. Ningun casamiento ha ajitado mas que aquel los círculos sociales de Buenos Aires. En el teatro, en Palermo, en los bailes, en los clubs, en la iglesia, no se hablaba de otra cosa. Mi tio habia hecho demoler y reedificar gran parte de su casa de la calle de la Victoria. Yo habia hecho la resolucion de abandonarlo, de volver á vivir con don Benito, pero él no me lo habia permitido, habia comenzado por pedirme que no lo hiciese y concluyó por suplicármelo de tal ma-

nera, que muy apesar mio, tuve que renunciar á mis proyectos. El antiguo palacio burgués de los Berrotarán, habia sido completamente transformado bajo la artística direccion del señor Montifiori. Mi tio habia decorado su casa con todo el confort y el aticismo modernos. Era aquel el nido mas hermoso en que una mujer de mundo podia soñar; y cosa singular, hasta el novio se habia rejuvenecido, y habia tomado todos los contornos de un hombre de mundo.

El 20 de Junio de 1883, á las nueve de la noche, una larga série de carruajes particulares, se apostaba en la parte mas central de la calle San Martin y las personas que de ellos descendian entraban por un espacioso zaguan á una casa que ocupaba un estensísimo frente. La puerta de calle, cubierta por una inmensa cortina grana, daba entrada á una amplia galería tapizada de paño rojo y profusamente alumbrada y decorada por guirnaldas y flores. Dos lacayos de librea guardaban sus puertas de cada lado de la entrada. Se sentía allí un ambiente tÍbio y agradable. Todo Buenos Aires aristocrático, desfilaba por aquella

galeria;— los grandes hombres de estado, el alto comercio, la banca, el ejército, la magistratura, el foro, las letras, la prensa. Las mujeres cubiertas por pieles y felpas variadas, ganaban la escalera friolentas y apuradas, prendidas del brazo de sus acompañantes.

Aquella casa era el palacio del Dr. Montifiori, donde debia tener lugar aquella noche el casamiento de mi tío Ramon con la señorita Blanca de Montifiori, hija única del famoso hombre de mundo que ya conocemos.

La casa del doctor Montifiori, bien merece una página. El trópico habia brindado sus mas ricas y voluptuosas galas, para adornar el espacioso vestíbulo cubierto por mosaicos bizantinos. Esa flora artificial de la moda que prepara cuidadosamente la tierra, y le exige los frutos raros de la fantasia de los artistas de la botánica, rivalizaba aquella noche con los ejemplares mas curiosos del Jardin de Plantas. El jardin de la Tijuca habia contribuido en sus mas bellas muestras. Desde el vestíbulo bajo, hasta el alto, incluso la gran escalera de encina tallada, las hojas perezosas caian sobre sus tallos en

---

grandes vasos de alfarería ó de madera; los helechos, la parietaria, el lótus y los nenúphares estendian sus hojas, cautivas de la moda despótica, bajo cuyo imperio parecen sentir la nostalgia de las linfas de los arroyos en que fueron sorprendidas.

La mansion de Montifiori revelaba bien claramente, que el dueño de casa rendia un culto íntimo al siglo de la tapiceria y del *bibelotaje* del que los hermanos Goncourt se pretenden principales representantes: todos los lujos murales del Renacimiento iluminaban las paredes del vestíbulo; estátuas de bronce y mármol en sus columnas y en sus nichos; hojas exóticas en vasos japoneses y de Saxe, enlozados pagódicos y losas germánicas: todos los anacronismos del decorado moderno; en fin, Montifiori, bien juzgado, era un poco burgués á lo Monsieur Jourdain al fin. Habia progresado mucho, es cierto; sus largos viajes por Europa, su malicia y su instinto, le habian complementado sus deficiencias, y en materia de *chic* era *as* en la aristocracia bonaerense, que no es tan fina conocedora de arte, como se pretende á pesar de

---

su innata insuficiencia — Verdad es que el siglo tapicero necesita de dos elementos para brillar : del judío *cambalachista* é importador, del *brocanteur*, como lo llaman los franceses, y del burgués fátuo que compra y colecciona y que se dá por fino y sagáz conocedor *de lo viejo* de ese inestimable *vieux*, que todos se disputan aun á riesgo de que resulte apócrifo.

Montifiori rendia su culto á lo antiguo ; — ademas del gran salon Luis XV con sus muebles tallados y dorados vestidos de terciopelo de Génova color oro, y en el cual dos lienzos de la pared estaban ocupados por dos tapicerias flamencas, las demas habitaciones ofrecian el desórden mas artístico que es posible imaginar. En los muros tapizados con ricos papeles imitando brocados y cordobanes, una série de cuadros grandes y pequeños, absorbia la atencion de los curiosos. Cuadros eran esos, en los que Montifiori cifraba todo su orgullo. Alli habia un boceto de ninfa sobre un fondo ócre sombrio, iluminado por dos ó tres pinceladas audaces que denunciaban las formas de una mujer desnuda, de carnes bermejas y senos copiosos

y que Montifiori mostraba como un Rubens en el caballete de felpa cereza que lo exhibia ; — mas allá, cuadros firmados por Laucet, por Largilliere, por Mignard, por Trinquez, por Madrazo, por Rico, por Egusquiza, por Arcos. De estos, solo dos de los últimos eran auténticos.

Entre las telas, algunos bajos relieves en bronce; y sobre los muebles, piés de todas clases, bronces antiguos y modernos; terrascotas, de Carpeaux, Chapu y bustos de Cordier de Monteverde y de Dupré; un sin número de reducciones de Barbedienne; vasos, ánforas y objetos menores sobre tapices orientales, entre los cuales se veían variedades de *bibelots* en esmalte, en Saxe, en Sévres, en carey, en marfil viejo.

Como se vé, la casa del suegro de mi tío pagaba su tributo á la moda; un galgo aristocrático de raza, habria encontrado mucha incongruencia allí; mucho apócrifo, mucha frusleria; pero el hecho era que Montifiori tambien entendia de *japonismo*, de gobelinos, de tapicerias flamencas, de vidrios de Venecia, de



lozas y bronce viejos, de lacas y de telas de Persia y de Smirna.

Allí andaban todos los siglos, todas las épocas todas las costumbres, con un dudoso sincronismo si se quiere, pero con un brillo deslumbrador de primer efecto, ante el cual el mas preparado, tenia que cerrar los ojos y declararse convencido de que el Dr. Montifiori era en todo un hombre de mundo.

En aquel salon, único en Buenos Aires, Fernanda jugaba su *baccarat* con don Benito y dos ó tres amigos más las noches vacantes de teatros y bailes, el señor Penseroso hacia su propaganda evangélica, y Blanca en un rincon de la sala, enloquecia á mi tio, contándole la gran pasion que habia sabido inspirarle entre cien hombres de mérito á quienes habia desairado por él.

El casamiento de Blanca Montifiori habia reunido en su casa á las mujeres mas lindas del dia. El *reportaje* ya habia hecho el inventario de los regalos. ¡Qué maravillas! Una novia como Blanca, fuera de los mil ramos que son de orden, no podia recibir sinó diamantes, perlas y

záfiro. Su padre, hombre de grande influencia en los círculos, su novio, uno de los hombres mas ricos, Fernanda, la mujer en boga, Blanca, la criatura mas distinguida del salon porteño, ponian aquella noche en conflicto la bolsa de cada uno de los concurrentes.

Tiene tal sello inconfundible el regalo oficial en una noche de bodas!

Porque es necesario convenir; qué diablo! aun cuando se trate de mi tio Ramon y de su linda novia, Buenos Aires regala un poco por *el qué dirán*, compra lo mas barato que puede, pero nunca sin transar con el punto de honor, con el amor propio del que regala, porque todos quieren ser los primeros en la féria de las exhibiciones, gastando lo ménos posible. Así pues, los mas ricos regalos de una boda, no los hacen generalmente los mas fuertes capitalistas, sinó los mas necesitados. Aquella noche, por ejemplo, el doctor don Bonifacio de las Vueltas, amigo personal del doctor Montifiori, bella fortuna, bella posicion política, en situacion de servir y no de ser servido, habia regalado que sé yo qué par de estátuas imposibles, imitacion bronce de pa-

cotilla, mientras que mi ex-patron, don Eleazar de la Cueva, un hombre quebrado, en una situación desesperante de fortuna, habia arrojado sobre la cabeza y el cuello de la linda nóvia una cascada de perlas y de diamantes.

—Pero ese don Eleazar es famoso, exclamaba Montifiori, admirando los espléndidos aderezos del viejo judío. . . . Es un artista! *un homme de monde!* Qué diferencia de ese imposible y tacaño ministro, que manda esos mamarrachos de lata á mi hija!

La curiosidad no dejaba quietas á las mujeres aquella noche.

Ellas conocian al dedillo todos los regalos de la nóvia: los diamantes, las perlas, los záfiro, los rubies, las cadenas de pulseras y anillos y la série de diademas, de aros y flores de piedras preciosas, que la vanidad humana habia depositado á los piés de aquella criatura que vendia su cuerpo á los tres millones de un viejo de más de sesenta años. Pero en lo que las mujeres sobresalian, era en la crónica de los trapos: se habian aprendido el *trousseau* de memoria como el li-

brito secreto de la *Sociedad Hermanas de los Santos*.

—Doce vestidos de calle, decía una personita impertinente de veinte y cinco años largos, sacando la punta de su zapato de raso por el ruedo del vestido.

—¿Doce? le preguntaba la vecina, quince. . . ya los hé visto todos!

—¿Es posible? . . .

—Ya lo creo. . . replicaba con suficiencia la que parecía mas informada.

—Dicen que hay uno de baile espléndido, color *bleu d'eau* y otro de terciopelo estampado color marfil, guarnecido con ramos de rosas thé. Y los *matineés* son espléndidos! Pero á mi lo que me gusta mas es uno color turqueza muerto. ¡Qué monada!

—Y el pudor y el buen gusto no me permiten continuar; aquellas niñas comenzaron por los vestidos, siguieron con las medias y acabaron por inventariar con el desparpajo de un cirujano que hace una operacion, hasta las piezas de ropa del mas íntimo uso de la nóvia.

Eran las nueve y media ya, y el salon estaba

lleno de hombres y de mujeres, cuando aparecieron Fernanda del brazo de mi tío, y Blanca del brazo de su padre. El señor Penseroso vino á encontrarlos. Las amigas de la novia, vestidas todas de blanco, la rodearon, mientras que el sacerdote tomaba suavemente la mano á mi tío y le indicaba que se la diese á Blanca. La rueda de curiosos estrechó el círculo; las mujeres se ponian en puntas de piés; todos querian presenciar la ceremonia. La fisonomía de Blanca no manifestaba turbacion alguna: parecia la estatua de la satisfaccion. Yo nunca la habia visto mas linda; nunca el oro mate de sus cabellos habia dado mas realce á su fisonomía que aquella noche. Su vestido de novia era un poema en el que el telar y la aguja habian hecho las mas espléndidas estrofas á su belleza. Entre aquella cascada de flores y de diamantes, de encajes, brocados y felpas primorosas que invadia el salon de Montifiori, la novia se presentaba con una elegancia llena de distincion, con su traje blanco con aplicaciones de terciopelo cincelado, y por único adorno, una onda desbordada de encajes de Inglaterra, que naciendo en el cuello,

iba á perderse en su gran cola, despues de haber perfumado el contorno con su mística y vaporosa blancura. Dos gruesas perlas, hermanas de los azahares, servíanle de pendientes, y su seno, aquel seno escaso que tanto mal sueño me habia producido, cerrado completamente por la bata, daba á su busto una correccion de líneas inimitable.

Era feliz mi tio!

El señor Penseroso con una dulzura esquisita y un laconismo de la mas urbana discrecion dijo la ceremonia. Era de ver aquel viejo de cascos lijeros, tonto y baboso, que habia vivido dominado por una vieja perversa casi toda su vida, al lado de una criatura llena de vida, de juventud y de belleza, creyéndose capaz, el pobre, de haberle inspirado una pasion. Era de ver tambien la flemma con que Montifiori presenciaba el enlace de su hija; y por último, pasmaba la apatía con que Blanca se entregaba á un marido que carecia, como era natural, de todos los encantos que un hombre puede ofrecer á una mujer jóven y bella.

Cuando el sacerdote terminó la ceremonia,

mi tío se echó en brazos de Fernanda y Montifiori en brazos de su hija: los amigos hicieron iguales demostraciones con los novios; no hubo sollozos ni lágrimas, y apenas hubieron terminado las felicitaciones, cuando la orquesta inició el baile, con aquel mismo wals de Metra que yo había bailado con Blanca un año antes, en el club del Progreso. Se organizaron las parejas y el bullicio y el movimiento invadieron de nuevo el espacioso salón de Montifiori.

Allí encontramos á todos nuestros conocidos del club y á muchos hombres en boga. Montifiori ha convidado á todo el mundo: la casa es pequeña para contener la concurrencia: no faltan ni los desconocidos recientemente llegados; porque en Buenos Aires somos tan amables, que es mas fácil abrir la puerta de un salón del gran mundo á un extranjero que acaba de llegar, sea quien sea, que á un hijo del país que nunca ha salido de su patria; — costumbres sud-americanas!

Siempre se cree que es de mal tono no invitar al brillante desconocido, que ha aparecido una

noche en la platea de Colon ó un domingo en el bosque de Palermo.

Me acerqué á Blanca; la cumplimenté; me tendió la mano sonriendo y me dijo:

— Seremos grandes amigos. . . . Soy su tia, . . . . agregó con una sonrisa.

— Lo seremos, le contesté con afecto.

Mi tio me abrazó, pero al sentir su pecho sobre el mio, yo hubiera deseado que no lo hubiera hecho. Sentía vergüenza de mí mismo; deseos de desprenderme de él, de no verlo, de no haberlo conocido. ¿Amaba á Blanca? Nó: que diablo! no la amaba, no la habia amado nunca, no habria podido amarla y menos desde aquel día. Ese casamiento era una esplotacion, y yo le habia cobrado una innata repugnancia; porque al fin, aquella mujer era una mujer de mármol, una mujer sin alma, sin sentimiento, sin poesia siquiera.

Casada con un truhan, con un libertino, pero jóven y con el prestigio propio de un hombre, yo la habria comprendido; pero venderse á un viejo valetudinario, á un hombre sin talento, sin espíritu, sin fuerzas. . . . como justificarla!



¡cómo creerla digna de ser sentida y amada!

En el bullicio del baile, los novios desaparecieron; bajaron precipitadamente la grande escalera, ganaron el cupé que los esperaba en la puerta de calle y muy pronto estuvieron en la morada que mi tío había preparado para que Blanca pasara su luna de miel con sus sesenta y tantos años.

Aquella noche, cuando los pesados y ricos cortinados de la cámara nupcial cayeron sobre los misterios de himeneo, el Dios del amor, debió cerrar sus pliegues con vergüenza, como si se sintiese deshonorado de servir de guardian á los desposorios del Tiempo con la diosa mas jóven del Olimpo.

Mi amigo don Benito, correctamente vestido, charlaba aquella noche en un rincon del gran comedor de la casa de Montifiori con varios muchachos alegres que comentaban el enlace de Blanca.

—Lo único que le hace falta al novio, es que Montifiori le consiga un pedacito de cinta para el ojal, como la que él usa; decia riendo uno de los jóvenes de la rueda.

— Eh! no es tan fácil eso. . . decía otro.

— Qué nó! mire usted aquel tipo que está allí, aquel narigon, ha sido vendedor de trapos toda su vida, se dió importancia, se hizo amigo de algun diplomático, al poco tiempo la mujer le puso un moño en la *boutoniere* y ahí lo tienen ustedes; vea con que garbo muestra su escarapela!

— Y como goza Montifiori con esas cosas. . .  
¿eh?

— En fin, esperemos que don Ramon vaya á Europa mañana, compre un título, y que Blanca sea Baronesa de algo. . . dijo don Benito despues de haber apurado una copa de champagne. . .

Diablo con Montifiori! — que vino nos hace beber! ¿Pero quién lo surte? . . . agregaba don Benito; este champagne es abominable. . . si nos creerá tontos este gran pieza de Montifiori?

— El cristal de las copas es de primer orden pero los vinos de Montifiori están á la altura de la mayor parte de sus invitados. Hombre práctico al fin, él sabe que á su casa viene de toda

clase de gente. Es absurdo pues dar buen vino á todo el mundo. ¿Para qué? ¿quién le sabría apreciar?

Yo me mantenía retirado de aquel grupo de maldicientes. Me faltaba mi compañera de wals, pasaba por mi memoria el recuerdo de lo que me había sucedido el año anterior. Iba á vivir en la misma casa. . . . ¿qué importa? Yo estaba seguro de mi mismo, ¿qué podía temer? En estas reflexiones estaba abstraído cuando don Benito vino á golpearme en el hombro:

— Julio, me dijo, vamos á cenar al club?

— Vamos, le respondí maquinalmente, después de haber saludado á Montifiori y á Fernanda, tomamos nuestro carruaje.

— Sabes, me dijo, ya en el coche don Benito, que Fernanda me ha ganado 5,000 duros. . . ayer.

— Fernanda! que juega Fernanda?

— Bah! . . . .

— Y . . . . .

— Y . . . . se los hé tenido que pagar. . . .  
agregó riendo. . . . vale la pena de perderlos

con ella, agregó. . . . Si tu honor te lo permitiera, yo te aconsejaría que te los dejaras ganar por Blanca.

—Vamos, le dije, poniéndome serio, don Benito, eso no está correcto. . . . Blanca es la mujer de mi tío. . . respetémosnos, respetémosla.

—Vaya, niño. . . no se incomode; respetemos á la señora de su tío de usted. . . pero tenga cuidado con ella para poderla respetar.

En aquel momento mismo llegábamos al club.

Cenamos y nos dieron las tres de la mañana. En todo el club no se hablaba de otra cosa que de la boda, y como era natural, la crítica se recreaba en morder el argumento por todas sus faces.

—¿Vienes á casa? me dijo don Benito;— tu cuarto está pronto!

Acepté. A las cuatro de la mañana entrábamos á la casa de mi viejo amigo. Charlamos largo rato y en medio de la charla de don Benito, me adormecí. Entónces, un sueño espantoso pasó por mis ojos. Me ví trasladado á los tiempos del colegio. En la puerta de calle ví á Valentina que parecia esperarme. Era el dia

---

de su santo. Llegué á su casa, le dí el ramo de jazmines que llevaba para ella: me inquietó la presencia de don Camilo en la mesa. Por la noche, Valentina se acercó á mi lado en el jardin: juntos miramos al cielo: veia su cara risueña y espiritual, sonriendo, llena de luz, de vida y de sentimiento: oí en el piano las notas graves de Bethoven, me despedí de ella. . . . La volví á ver otro dia por la última vez. . . , no pude, no supe decirle que la queria. . . . Mi sueño se fué complicando poco á poco. . . apareció primero entre sus imágenes, la figura esculpida de un clérigo, despues mi tio. . . . á su lado, una mujer jóven le estrechaba la mano. . . esa mujer era Valentina! . . . Sentí una terrible opresion en el pecho; quise correr para separarlos, no pude: tenia ligados los piés: quise gritar para que me oyesen, tampoco pude, la emocion cerraba mis lábios. Las fuerzas me faltaban; entónces ví caer la mano del clérigo sobre la pareja que recibia su bendicion y caí desmayado. Todo habia concluido para mi. . . ! Valentina no me pertenecia ya. . . . la habia perdido!

~~~~~

Ah! pero entonces el terrible sueño que me oprimia como una piedra, se deshizo como un vapor sutil y desperté. . . ¡Oh! que íntima, qué inmensa alegría inundó mi ser, cuando pensé que Valentina era libre!

—



XV

Mi vida no cambió mucho por cierto con el casamiento de mi tío Ramon.

Blanca, con un tren de lujo extraordinario, vivia en el mundo, en los teatros, en los bailes, en todas las fiestas y paseos mas concurridos. Dominado su marido desde el primer momento, el pobre viejo iba siempre á remolque de su mujer, sin oposicion, sin protesta de ningun género. Yo los acompañaba poco: vivia aislado en un departamento independiente de la casa, por que me mortificaba el trato de aquella mujer fria y lijera que no podia vivir sino en una atmósfera

de lujo y de pompa. El círculo de los amigos solteros de mi tío Ramon, se había extendido considerablemente, con motivo de su casamiento. Montifiori le había traído á todos sus camaradas del gran mundo; dos ó tres diplomáticos, aves de paso, chismosos y murmuradores, como todas las mediocridades del género: uno ó dos banqueros; no faltaba nunca algun personaje político de mas ó ménos importancia, ni un grupo de muchachos alegres y calaveras, que solían comer allí y alegrar la tertulia de Blanca, en la que Fernanda gozaba de una influencia suprema. Por la noche se tocaba, se cantaba, se saboreaban los escándalos sociales, se criticaba, se mordía en grande y se jugaba . . . se jugaba grueso. Era la única mala pasión del gentil don Benito; superior en él á todas las otras, lo dominaba y lo consumía.

Caballero á carta cabal, un gentil hombre á toda prueba, solo, sin hijos ni parientes, había tomado la vida con una suprema frialdad y se le importaba muy poco del mundo en todo aquello que no fuera para él materia de honra. Él sabía y conocía su situación; encontraba ale-

gre la vida en el salon de Fernanda y de Blanca, hacia en él sus campañas amorosas y perdía como todo hombre feliz en amores, sus buenos billetes de banco. En el punto de honor, era un caballero antiguo, abierto, desprendido, pródigo hasta el exceso con las mujeres: calavera sin escrúpulos en materias parvas; burlon de los avaros y de los nécios, lengua libre y corazon de oro en medio de los terribles defectos mundanos que le atribuían ciertas mamás consternadas por su mala fama.

Una tarde que don Benito y otros amigos comían en lo de Blanca alegremente, como de costumbre, mi linda tia se sintió indispuesta. Mi tio se alarmó profundamente; todo el círculo de invitados procuró manifestar igual alarma. Se llamó al doctor de la familia, un médico joven y sagáz, fino conocedor de aquel centro social y mundano. Vió á Blanca, la sometió á todas las añagazas y á todo el procedimiento aparatoso del arte, y en medio de la afliccion sincera de mi tio y de los invitados, sacó al marido aparte y le dijo sonriendo:

— Bien, amigo don Ramon . . . lo felicito. . .

— Doctor, no entiendo. . . perdone Vd. . . le contestó mi tío.

— Pues dígale á Blanca que se lo explique. . . ¿que no le ha dicho nada?

— ¡Ah! exclamó mi tío golpeándose en la frente, Pobrecita! ¿Quién lo hubiera creído? . . . ¿Será posible? Ya me lo habia sospechado!

— ¿Y por qué nó? Cualquiera conociéndolo á usted. . . . ó pensaba usted. . . . que casándose con una muchacha como esa, no. . . ?

— ¡Oh! no, no, contestó mi tío con cierto orgullo reconcentrado, como un hombre que está persuadido de haber cumplido con su deber.

La novedad se contó en voz baja á los contertulianos. Blanca, echada negligentemente en un canapé la oía comentar y circular por el salon, y pasada la primera crisis y bebida la fórmula anodina que habia recetado el médico, dejaba caer sus miradas frias y distraidas sobre las páginas de un periódico ilustrado que apenas podia sostener en sus manos. Mi tío Ramon, hacia *pucheros* de alegria y de íntima satisfaccion. Él, sin sospecharlo, él, á sus sesenta y tantos años, habia producido aquel verdadero

atentado contra la regularidad del equilibrio lunar! Blanca, pálida como de costumbre, lo llamaba á ratos á su lado, le pasaba la mano por la cara, le daba en ella cariñosas palmaditas con una fisonomía finjidamente huraña y resentida, ante la cual el viejo comenzaba por aflojar las rodillas, y por estirar los labios, y concluía por caer rendido como un criminal arrepentido, sobre un muelle y riquísimo *puf* que la enferma había hecho acercar á su lado. El cuadro era digno del satírico pincel de Hogarth: los mimos de mi tío con su jóven esposa, llena de caprichosos antojos, de manías y veleidades, tenían ese sello característico de los devaneos seniles, que rebajan la energía del hombre y deprimen tanto la dignidad de los ancianos.

Pero aquella criatura de alma viciosa, sabía representar su papel como una gran artista, y hasta el mismo don Benito, que no comulgaba fácilmente con ruedas de molino, estaba rendido aquella noche ante ella, al verla desfallecida sobre un sofá, con la pollera de su riquísimo vestido de surah lijeramente recojida, dejando ver su pié admirablemente calzado y la garganta

de su pierna cubierta por una media de seda bordada.

—Tengo un antojo, le decia á mi tio, tirándole de la pera, y me voy á morir sinó me lo satisfaces, sabes. . . . un gran antojo!

Mi tio ponía cara de bandido sorprendido infraganti.

—Un antojo. . . . pero que nadie sepa lo que és. . . ni lo digas tú á nadie. . . Ven, acércate, yo te lo diré al oido. . . .

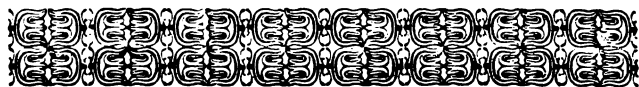
Y el viejo, con movimientos de palomo, acercaba el oido á sus gruesos y provocativos labios.

—Valen muy poco, mira, y son espléndidas. . . quiero lucirlas en el primer baile. . . con el vestido de *velours frappé* que espero. . . .

Prométeme traérmelas mañana. . . Te adoraré; te perdonaré todo lo que sufro.

Y al dia siguiente, el pobre viejo satisfacía los antojos de aquella insaciable criatura, trayéndole el collar de perlas que se exhibía en una de las joyerías mas famosas de la calle de Florida, y ella, mimosa como una gata, se arrellenaba

en su victoria , se cubria de pieles y se hacia arastrar á Palermo para deslumbrar y humillar con su hermosura y su lujo á todas las mujeres de mundo que encontraba en su camino.



XVI

Un día, tarde ya, casi á la hora de comer, encontré á Blanca, sola, en la salita donde acostumbraba á pasar el día, cuando no salía. Al verme entrar por la pieza inmediata, dió un grito de sobresalto, se puso pálida y dejó caer el libro que leía.

La saludé y me incliné para recogerlo; al dárselo, abrió los brazos. Comprendí el movimiento y le dejé caer el libro suavemente sobre las faldas.

— ¡Qué susto me ha dado! me dijo, estoy tan nerviosa, que todo me dá miedo....

—¿Y su marido? le pregunté, aparentando no interesarme por su sobresalto.

—No sé, respondió.... ¿Conoce este libro? agregó, indicando con un simple gesto el libro que mantenía sobre sus faldas.

—No; ¿qué libro es?

—Lea su título....

—No puedo leerlo.... y en efecto, no era posible leerlo, porque el libro había caído dado vuelta.

—Pero délo vuelta, me respondió, siempre con los brazos levantados....

Me levanté, y con la punta de los dedos, volví el libro para leer la carátula.

—Lea, me dijo.

—Leí; *Monsieur, Madame et Bébé*.

—¿Conoce? me preguntó, con una muequita llena de coquetería.

—Oh si, es un poco antiguo ya, le dije; Blanca se mordió los labios, pero dominándose y con un semblante lleno de aparente placidez tomó al fin el libro y lo puso sobre una pequeña mesa de felpa que tenía al lado.

—Sabe que usted es el más orgulloso de mis amigos, me dijo, con un tono resuelto.

—Yo, ¿por qué?

—Ah si, continuó; usted no es el mismo que ántes, para mí; y mire, todos los hombres que vienen á esta casa, me contemplan, me adulan y me cortejan; pero usted es un indiferente en casa.

—Señora, le contesté, riendo, usted está bajo la influencia de la lectura de Droz.

—No se ria. ¿Se acuerda usted de ahora dos años? Yo soy la misma mujer de entónces. ¿Crée usted que me hé casado con el hombre que es mi marido, queriéndolo?...

—Nó,... yo sé que usted no lo ha querido nunca, le repuse resueltamente.

—Y bien.... me contestó, yo sé que usted me ha amado un día.... ¿se acuerda usted?... Yo hé llegado á un momento supremo de la vida, en que necesito amar y ser amada por un hombre digno de mi. Soy una desgraciada!... ¿qué pasion puede inspirarme ese hombre que es mi marido?

Julio, agregó, levantándose de improviso y

corriendo como una loba hácia la puerta abierta de la habitacion inmediata, que cerró con precipitacion; Julio, me repitió, yo hé desairado á todos los hombres que vienen á esta casa, todos me son odiosos. . . . Yo necesito un hombre jóven, que me quiera, que me dé su alma, su corazon, en cámbio de todo, de todo mi amor.

Yo permanecía frio é imperturbable en mi asiento.

—Señora, le dije ¿qué diría el mundo, si oyera sus palabras?

—¿El mundo? ¿qué me importa del mundo? No me impone ni lo temo. Yo hé sido su víctima. Yo quiero vengarme de él. Pero necesito de usted. Al fin ¿qué hé sido yo hasta ahora como mujer? Una máquina para ese anciano débil y enfermo á quien arrastro por los salones, por las calles y por el mundo entre las burlas y las sonrisas de todos los que nos miran y nos encuentran.

—Blanca!

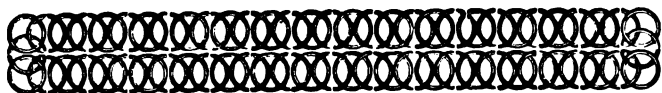
—Ah! Julio prosiguió arrastrando junto á mi el pequeño sillón que rodó suavemente al impulso de su cuerpo. Yo lo amo, lo amo con locu-

~~~~~

ra! Yo se lo habia dicho á usted; mi corazon no lo daría sinó á un hombre, aun cuando tuviera que vender mi cuerpo á otro como ha sucedido!

Y tomándome las manos, aquella singular criatura, me clavaba las uñas como una pantera, y me irritaba con sus palabras ardientes y resueltas. El momento era crítico; la naturaleza rujió con toda su indómita fiereza; sentía el calor de su rostro sobre el mio, su cuerpo túbio sobre mi pecho; sus lágrimas de fuego caían sobre mis lábios, su piel candente me quemaba, perdí la razon por un momento, abrí los brazos, se me nublaron los ojos y en un segundo de locura, bramando de cólera y de pasion, me iba á arrojar sobre aquella mujer como en un precipicio, cuando un relámpago de la razon iluminó mi frente y pude detenerme en el bordo del abismo á que me habia arrastrado un instante la fuerza estúpida de la carne.

---



## XVII

**L**os pronósticos del médico se cumplieron.

Pocos meses despues mi tio era padre.

La suerte habia sido pródiga. Dificilmente podria existir una criatura mas encantadora que la hijita de Blanca. El mundo, segun don Benito, habia puesto sus puntos interrogantes; pero el mundo es malo y es nécio. Nada más hermoso que aquella niña, que segun todos los que la conocieron, era un trasunto de su padre. Blanca sin embargo, despues de los primeros meses, parecia hastiada ya de los cuidados maternos. Hacia tres mescs que no iba á bailes y

---

que no hacia su partida de *whist* con los amigos de su padre.

Era triste la vida así! Esa vida de familia, el *bebé* que llora de noche, que pide inconsideradamente el sacrificio de las mejores horas de sueño; ¡Oh que vida tan insoportable!

Era necesario una nodriza. Por falta de una, Blanca habia perdido un baile del club y otro baile particular y hacía semanas que se limitaba á sus escursiones íntimas con la madre.

Estaba desolada y con un humor irascible. El pobre tio pagaba aquellas intemperancias que le eran tan propias. No era capaz aquella mujer de comprender el amor de madre en toda su sublime espresion. Mi tio poníase achacoso. . . . los catarros comenzaban á minar su naturaleza; y Blanca, una vez aliviada de sus incomodidades maternales, queria indemnizarse de su ausencia de la sociedad y exijia que su pobre marido espusiese sus constipados á las corrientes de aire de los teatros y á las salidas de los bailes.

Era necesario obedecer; aquella mujer no daba trégua. No le era bastante el tren insen-

---

sato de lujo que arrastraba: las rentas de mi tía Medea, incólumes hasta el segundo matrimonio de mi tío, ya eran materia mas que dudosa: los inmuebles de la ilustre descendiente de los Berrotarán, soportaban ya algunas hipotecas en cámbio de los diamantes que iluminaban la cabeza y el busto de Blanca y de las telas que arrastraba en las alfombras de los salones del gran mundo.

Sobrevino el primer período crítico de este enlace. Blanca comenzó por ir sola con la madre una noche al teatro. Su marido, que hasta entónces habia hecho todos los esfuerzos supremos para acompañarla y mantener alto el pabellon, se resignó por último. Los reumatismos tienen al fin la razon sobre la voluntad; y como era, segun ese espléndido Montifiori, una verdadera crueldad, privar por un dolor insignificante de cintura de su yerno, á la pobrecita Blanca, de una noche de ópera, el buen viejo don Ramon, convencido al fin de toda la impertinencia de su enfermedad y de las excelentes razones de su magnífico suegro, se quedaba en su casa con *bebé*, mientras su linda mujercita resis-

tía en Colon la carga de los mas peligrosos anteojos de la temporada.

¡Pobre viejo! En las noches de soledad para él, hacia traer á su lado la cuna de su hijita y junto á ella, cubierto de flanelas y algodones, materialmente embutido en el hogar de la chimenea, pasaba las horas contemplando el rostro de aquel ángel que le brindaba sus primeras sonrisas y balbucéos. ¡Cuanta semejanza entre los niños y los viejos! En orillas opuestas ven tranquilamente precipitarse en medio la corriente de la vida, en la que unos se han agitado y en la que los otros no sueñan en agitarse mañana. Un niño que sonrie en una cuna, que agita inconscientemente sus manecitas, que rie ó llora maquinalmente, es la manifestacion mas íntima, mas pura de la ternura humana.

No se concibe que esa cuna esté sola: que la madre la abandone por un momento: el sueño de ese ser debe ser velado por ella, porque si ella falta un instante, creeríase que esa vida embrionaria se extinguiría, falta del calor materno, de sus besos y de sus caricias.

¿Hay algo mas bello que un niño que duerme?

Ese sueño que parece alimentado por las alas de un ángel invisible, que se agitan en el misterio de la noche, ese sueño, no se duerme sinó en una edad. La espresion de un niño dormido, atrae irresistiblemente. ¿Qué sueña esa alma inocente? ¿Qué idea, qué pensamiento agita ese cerebro?... ¿Por qué late suave, pausadamente, sin agitaciones ese tierno corazon de ángel?

Estas reflexiones debia hacerse el pobre viejo delante de aquella cuna que en cuatro meses habia hastiado á la madre, ébria por los placeres del mundo, sedienta de lujo y de amantes. Al ver á su hijita dormida, el buen viejo debia meditar con tristeza en su porvenir. Él no la alcanzaría mujer tal vez! Y entónces, pensando en su pasado ingrato, en sus años de despotismo conyugal, debia sin duda, compararlos con el presente en que enfermo y valetudinario casi, no tenia fuego en el alma, ni sangre en las venas para correr al lado de su linda mujer la carrera vertiginosa del mundo, en la cual caía como un rezagado, mientras ella, al frente de la

alegre caravana, volaba cantando los aires calientes de la fuerza y de la juventud.

¡Oh! Es triste la vejez!

Algunas noches, el viejo, solia adormecerse lijeramente en medio de la muda contemplacion de su hija. El reloj daba las doce, sin que Blanca hubiese regresado á aquel hogar trunco por la oposicion de su vejez á su juventud. De repente, una puerta se abría, un ruido de sedas cuyo *frou frou*, creeríase el pasaje de un duende, dejábase oír en la habitacion y á través de la media luz azulada del velador, el pobre viejo, enfermo y postrado veía atravesar como una fantasma, la silueta fascinante de Blanca, arrastrando ondas de rasos y de encajes y dejando á su paso el perfume capitoso de juventud que embalsamaba la vision de Fausto.

Entónces el martirio debia duplicarse: aquella aparicion deslumbrante de todas las noches, que pasaba indiferente por su lado y el de su hija, sin detenerse, que no rendía culto ni á la ley del esposo ni al cariño de la madre, que volvíá llena y tibia aun con los vapores del mundo en que vivía, despues de librar la batalla del lujo



.....

en la f3ria de las vanidades ; aquella aparicion enloquecedora, desaparecia y ante los ojos fatigados del anciano, se alzaba el espectro aterrador de doña Medea, riendo con una carcajada sat3nica, estridente y vengativa, y lanzando una blasfemia terrible contra aquel desgraciado del destino, v3ctima inocente de la suerte, que temblaba de espanto y de impotencia ante el recuerdo del pasado y el cuadro del presente.

Una tarde de primavera, mi tío, que ya habia comenzado 3 sentir el peso profundo de la tristeza, me invitó 3 que lo acompañara en carruaje hasta Belgrano.

Mi aceptacion llenó de gusto al pobre viejo. La tarde era bella y tibia; el rio estaba claro y sereno como un cristal, y cuando los caballos comenzaron 3 trotar por el camino de Palermo, mi compañero comenzo 3 reanimarse con el aire puro del campo y la tranquilidad de la tarde.

El camino de la costa tiene cierto encanto po3tico de reminiscencias que los viejos no olvidan f3cilmente. En el camino de los Olivos al Tigre, est3n enterradas sus primaveras. Aquellas caravanas ecuestres de otros tiempos que

comenzaban por la madrugada en el Retiro y que terminaban en San Isidro ó San Fernando á medio dia, y con bailes y *pascanas* á media noche, tienen una larga historia en la vida galante de otra edad. Mi tio comenzó á recordarlas con cierta melancolía.

— Cuántos han muerto ya! me dijo. Tu no te puedes imaginar lo que era la *costa* entonces, en el mes de Octubre, con los árboles en flor.

El perfume de las aromas, de la retama y de los azahares embalsamaban el camino. Salíamos quince ó veinte amigos, muchachos alegres todos, y de un galope llegábamos á las chácras de los Olivos y de otro á las barrancas de San Isidro. Cómo hemos cambiado, Julio! Qué fácil y qué llana era entónces la vida, que gratos recuerdos me trae ese rio azulado y tranquilo y esas barrancas siempre verdes y risueñas! Allá, cerca de San Isidro, yo tenia una novia; se llamaba Luciana; una linda muchacha de 18 años, que cantaba con una gracia esquisita las canciones de nuestro tiempo. Yo era pobre y muy jóven: la casaron con un viejo rico. Ah! no te rias, así le ha pasado á Blanca conmigo,

cualquiera diría que yo he querido vengarme de las mujeres! Pero qué épocas aquellas! Toda la *costa* nos pertenecía, en todas partes bailábamos, pasábamos el Domingo entero en fiestas y por la noche, ó el lunes de madrugada, nos poníamos en viaje para la ciudad.

El pobre viejo se animaba con sus recuerdos, y despues, como despertado de su sueño por el presente, proseguia: —

— Qué disparate hé hecho en casarme Julio con una mujer tan jóven! Yo lo siento, yo lo sé; no puedo hacerla feliz.

— ¿Pero y su hijita? le dije . . . .

— Es lo único que me dá ánimo y fuerza para vivir, me repuso; si no fuera por ella, qué solo estaria en el mundo! Qué horrible seria mi desesperacion! ¿No es verdad, que es una criatura encantadora? Y aquí, para entre nosotros dos, qué poco la atiende la madre! Verdad es, una criatura como Blanca que casi no ha tenido juventud! Yo no puedo exijirle el sacrificio de su alegria; es una niña todavia; una noche de teatro, un baile, una fiesta cualquiera la fascina.

Yo lo encuentro natural, pero si al menos su hija le produjese el mismo entusiasmo!

Ah! no te cases viejo. . . ! Cada vez que yo pienso que no podré ya ver mujer á mi hija, me desespero. Me parece que el cielo me ha hecho concebir una esperanza para quitármela en seguida.

Tú sabes cuán desgraciado he sido en mi vida pasada. Qué mujer aquella que me deparró el cielo! . . . Cásate jóven y con una mujer dulce y sencilla. Yo debo decirte que no sé qué ha sido peor para mi, si mi vida pasada de casado, ó mi vida presente. Mi primera mujer, tú la conociste; no era posible ser feliz con ella: tenia un carácter ágrío y duro, y mi segunda mujer, te lo aseguro, Julio, me obliga á hacer una vida tan artificial, que no sé cuando hé sufrido mas, si en la guerra viva de la primera época ó en la fiesta perpétua en que vive todo lo que rodea á mi suegro el doctor Montifiori.

Ante aquella íntima confianza, que era un verdadero desahogo, yo creía conveniente guardar silencio. No tenia palabras para consolar á mi tio con razones completamente contrarias á

mis sentimientos y preferia callar, aun corriendo el riesgo de acatar todo aquel amargo y tardío arrepentimiento.

Habíamos llegado casi á la entrada de Belgrano, cuando mi tio dió orden al cochero que se detuviese junto á un pequeño rancho, en que jugueteaban tres ó cuatro niños. Al detenernos los niños se acercaron al carruaje y en la puerta del rancho aparecieron una mujer y un hombre, jóvenes ambos, que saludaron amistosamente á Alejandro que manejaba el coche, como si ya lo conociesen de antemano.

—Debe ser aquí, dijo mi tio, no, Alejandro?

—Si señor, aquí es, repuso Alejandro.

Mi tio, á quien ya se habian acercado el hombre y la mujer, seguidos de los niños, que nos miraban curiosamente, les hacia no sé qué encargo doméstico que Blanca le habia encomendado para ellos y la mujer parecía oirlo con cierta duda y estrañeza.

—Pero usted es el marido de doña Blanca? le dijo al fin, como espresando cierta vacilacion.

— Vamos á ver ¿cuál de los dos será? . . . le contestó mi tío señalándome y señalándose.

— *Será ese mozo*, replicó la mujer, y como yo le dijera que nó, permaneció sonriendo, con la desconfianza propia de una persona á quien la quieren hacer víctima de una broma.

El hombre callado, parecia participar de la desconfianza de su mujer.

— Pero, vamos á ver, recomenzó mi tío, ¿les parece que soy muy viejo para mi mujer, no es verdad?

— Ah! no es eso solamente, dijo el paisano, con cierta inocencia: es que aquí ha venido la señora con otro señor, y nosotros hemos creído que ese era su marido.

Una sombra instantánea oscureció la fisonomía del viejo y una palidez mortal invadió su semblante. A mí me pasó algo análogo; la voz se me ahogó en la garganta y viendo que se prolongaba aquella situación, de la que las gentes del rancho no se daban cuenta, les dirijí dos ó tres palabras banales, como para salir del paso y le dí orden á Alejandro de dar vuelta. Este no se la dejó repetir, porque listo y

alerta como era, se debió dar cuenta en un segundo de la situación por que atravesábamos, y puso los caballos en movimiento.

Mi tío dejó hacer hacer, y se hundió en un profundo silencio, pero al llegar á la barranca de la Recoleta, donde nos detuvimos, exclamó suspirando: — dichosos los que han muerto!

Y como yo pretendiera objetarlo, me interrumpió, diciéndome en voz baja y acongojada.

— Mi hija, solo mi hija me atrae á la vida. . .

Llegábamos á casa en el momento mismo que entraba Fernanda y Blanca despues de una batida por las mejores tiendas de lujo. Madre é hija estaban lindísimas como de costumbre y vestidas con una suprema elegancia. Fernanda me estrechó la mano y Blanca acometió á su marido con los mimos y las zalemerias con que acostumbraba á hacerlo siempre delante de los estraños. Mi tío subia la escalera envuelto en una reserva absoluta mientras que su mujer no cesaba de contarle todo lo que habia visto y comprado en el dia, en trapos y en alhajas, colgándosele del brazo y representándole toda una comedia de cariños digna de una nieta que

pretende engañar al abuelo. Subimos y entramos al salón. Fernanda se me quejaba de la indiferencia de su yerno, y yo procuraba imitar á mi tío tratando de no dejarme entusiasmar por la cháchara de aquellas dos señoras. Mi tío entró á los cuartos interiores, preguntando por su hija, y Blanca, notando que la indiferencia de su marido aumentaba, lo abandonó, y furiosa, iracunda como ella solía ponerse cuando alguien le contrariaba sus gustos y sus caprichos, se volvió al salón donde yo me había quedado con la madre y clavándome sus ojos claros y penetrantes, con una mirada llena de desden, me dijo, señalando las habitaciones interiores donde su marido había desaparecido.

—Eso se lo debo á usted. . . le doy las gracias!

—Blanca, le contesté, no entiendo lo que usted me dice, no sé si es un cargo. . .

—Yo no necesito esplicaciones, me repuso con un mal modo marcadísimo. . . Lo mejor sería no vernos nunca. . . .

—Eso nó, le repuse, no la complaceré. . .



— Qué! usted me reta, exclamó atropellándome con los puños crispados.

En ese momento Fernanda, escitada también se ponía de pié, pronta para entrar en la escena que se preparaba.

— Nó, dije á Blanca en voz baja, siempre que usted no me amenace.

— Julio, dijo Fernanda, por Dios, déjenos. . .

— Señora, le contesté, no tengo inconveniente en complacerla, puesto que usted me lo pide, pero antes de retirarme quiero asegurar á su hija que no soy de aquellos que rechazan un afecto, con el fin innoble de pagarlo con una traicion.

Y al retirarme, clavé los ojos en Blanca fijamente, mientras ella me lanzaba una mirada en la que procuraba medirme desde lo alto de su orgullo.

---



## XVIII

**E**ra la última noche del Carnaval y el mulato Alejandro estaba de baile. Su comparsa, los *Tenorios del Plata*, con su brillante uniforme blanco y celeste y sus botas imitadas en hule, invadía el teatro de la Alegria, campo de las batallas galantes de la *clase*, en los tres días clásicos del año. Pero el corazón de Alejandro no estaba aquella noche en el salón del baile, sino en los dormitorios de Blanca. Graciana, una linda y traviesa francesita, en quien Blanca depositaba todos sus secretos, había cautivado el alma del mulato, sin que los anta-

---

gonismos de raza fueran una razon de timidez por parte del cochero ó de repugnancia por parte de la sírvienta. La cuestion grave era saber cómo haria Graciana para ir al baile con Alejandro, y eso era algo difícil. La señora con su mamá iban al baile de máscaras del club. El viejo don Ramon permanecia en casa á causa de su reumatismo. Graciana debia velar aquella noche por el *bebé*; la noche anterior habia estado de pascana con su Othelo; porque es necesario saber, que Graciana, estaba fuertemente apasionada del mulato. Alejandro se daba un tono insoportable para con los de su clase, con motivo de sus nuevos amores; y la francesita, aunque estaba léjos de ser una doméstica como las de Zola, no tenia el mas mínimo embarazo en desempeñar todos los servicios de su ama y en adorar á Alejandro, sin la mas mínima limitacion. Pero aquella noche, Blanca al salir enmascarada para el club, habia recomendado á Graciana, de la manera mas severa, que velara al marido á quien se le podia antojar vestirse é irla á buscar y sobre todo al *bebé*, á quien don Ramon, no podia atender á

pesar del entrañable cariño que sentia por su hijita. Graciana habia jurado fidelidad, pero Alejandro, asi que las señoras y el señor de Montifiori desaparecieron, comenzó á exitar poco á poco la imaginacion de Graciana contándole las maravillas que aquella noche iban á hacer los *Tenorios* en el tablado de la Alegria.

La mujer es un ser débil en todas las clases sociales. Graciana comenzó por resistir y Alejandro terminó por vencer. Verdad es que el pardo tenia, segun él, un ascendiente poderoso sobre el bello sexo. Los dos amantes, una vez de acuerdo en bailar esa noche en la Alegria sin que los patrones se apercibieran, pusieron en juego su plan. Alejandro vistió su uniforme de Tenorio, color blanco y celeste, con gorra de oficial de marina, espléndido specimen de mojiganga criolla; se echó al bolsillo el triángulo, su instrumento oficial en la comparsa de los Tenorios y esperó á Graciana acurrucado debajo de la escalera, completamente á oscuras en el acto de la evasion de los dos danzantes fugitivos. Graciana por su parte, recorrió las

habitaciones; vió que mi tío no daba señales de vida; que el *bebé* dormía é hizo ruido en el cuarto del niño, como para dar á entender que ganaba la cama. Despues de media hora de silencio, notando que la tranquilidad de la casa era completa, saltó de la cama descalza para no hacer ruido; tomó la bujía encendida que alumbraba apenas la habitacion y acercándose con ella á la cuna de la niña, notó que ésta dormía tranquilamente; dejó la luz como tenia de costumbre y abriendo suavemente la puerta del aposento que daba sobre el corredor, y cuya cerradura habia tenido cuidado de enaceitar para que no hiciese ruido, salió en puntas de pié llevando en una mano un par de botines de raso y suspendiendo en la otra nada ménos que el dominó con que Blanca habia asistido disfrazada la primer noche del Carnaval al baile del club del Progreso. La interesante mascarita, cerró cuidadosamente la puerta y ayudada por su amante, sin muchas exigencias de recato por su parte, se disfrazó en un instante; se calzó sus botines blancos, se colocó la máscara de raso y ambos bajaron

resueltamente la escalera principal, abrieron la puerta de calle con la llave que poseía Alejandro y se encontraron muy pronto en la calle, libres como Romeo y Julieta, si Romeo y Julieta hubiesen sido sirvientes y se hubiesen escapado juntos alguna vez.

Cuando llegaron á la puerta de la Alegria, el baile estaba en todo su esplendor. Los Tenorios hacían una mella terrible en aquellas Ineses de media tinta y de color entero.

Las cuadrillas se bailaban, con una seriedad, ríjida, casi británica; el wals no dejaba nada que desear por su corrección: la mazurka era de un *remeneo* de ancas de dudosa moderación, y por último la habanera algo alarmante como chacota de articulaciones.

En medio de estos variados modos de bailar, se notaba en aquel salón, donde había una absoluta proscripción del perfil griego, una suma tendencia al tono y á la elegancia. Los *Tenorios* se llaman como sus amos; se dan su nombre y apellido; — usan su papel timbrado, se ponen sus fracs, sus guantes, sus corbatas y sus camisas; la única nota discordante es el pié, el pié

---

de un Tenorio es algo de melancólico: un pedicuro con cierto talento dramático podría escribir una tragedia mas terrible que Fédra, con solo estudiar el pasaje de su instrumento á través del pié de un jóven *high-life* de color. Hé ahí la causa porqué los negros, despues de tres dias de Carnaval, por mas elegantes y pretenciosos que sean, tienen que vivir otros tres dias prendidos de una reja; los piés necesitan suspender su mision terrena por ese espacio de tiempo para volver á su estado primitivo.

En fin, apesar de estos inconvenientes, los galanes bailaban aquella noche en la Alegria con tanto garbo, y tal vez con mas suerte, que sus patrones del club del Progreso. Un Tenorio con su uniforme blanco y celeste debe ser algo ideal para su compañera de baile y de color; porque al fin, convengamos, que vestirse para enamorar con los purísimos colores del cielo, es mucho mas lógico que hacerlo de negro como los amos.

Hay algo de fantástico en ese traje, en esa chaquetilla de merino azul con galones de plata, en ese pantalon de cotin blanco, en esas polai-

nas de precio modesto pero de soberbio brillo que se empeñan en confabularse con el botin chueco de elástico para fingirse botas granaderas.

Alejandro entró al baile, del brazo de su compañera, cuyo espléndido dominó levantó el cotarro de todas las princesas negras que vieron pasar á su lado aquella vazca plebeya, pero blanca. Alejandro, rendido á una «*estrangera de Uropa!*» Qué decepcion! Él, el mas aristocrático *swell* de la *clase*, la flor y nata de las academias de baile, entregado á una *gringa!*

Las señoritas y las matronas no se lo perdonaban, pero el lindo mulato, sin importársele mucho de las críticas que le hacian por todos los centros del salon, tomó de la cintura á su linda compañera y acometió un *scottish* de paso doble que en aquel momento comenzaban á rascar los cuatro violines de la orquesta y un figle solitario y pifion que se quejaba entre los lábios de un viejo músico panzon y dormido, representante de la música de viento.

Es de verse la galanteria del negro porteño. Prescindiendo, si es posible prescindir del am-



biente del salon, que es algo pesado, la cortesía y la urbanidad entre ellos es incomparable: el lenguaje incorrecto pero elevadísimo. Se conversa con las mismas pretensiones con que se conversa en el gran mundo; se enamora con la misma gracia, con la misma compostura y con el mismo *chic*. Las niñas no dejan nada que desear bajo el punto de vista de la educacion: es cierto que los lábios son un poco gruesos y las narices algo chatas, pero de una autenticidad indiscutible; allí no hay *veloutine*, ni crema de perlas que formen cútis apócrifos. Los *mozos* son de la mas alta estirpe administrativa: entre ellos está representada la Secretaría del Presidente de la República, por un empleado, que aunque sirve el té y el agua con panal, no se apéa de su categoria de empleado público. Los cinco ministerios de la nacion tienen sus mas dignos representantes: la diplomacia, el gobierno, la instruccion pública, la guerra y la hacienda, forman parte de los *Tenorios del Plata*, que bailan en la Alegria las tres noches de Carnaval. Las mamás ó las tias y madrinas viejas, que se le acomodan desde su asiento á

---

una *masa* sopada en vino priorato, ven pasar con envidia á toda esa juventud oficial que desempeña cargos modestos, pero honrosos en la política argentina. Y generalmente, esos *snoobs* de medio pelo, son codiciados por el prestigio social que rodea su nombre; pero si suelen ser exímios como amantes, son intolerables como maridos; todos concluyen enamorando vacaciones, como Alejandro, ó perdiendo á las negritas mimadas de casas decentes. Aquella sociedad tiene sus escándalos como todas las sociedades; raptos, seducciones, adulterios, suicidios y hasta duelos. Hablan de las guerras y de las batallas pasadas, con un profundo conocimiento de lo sucedido, por que el negro y el pardo porteño, saben batirse con la bizarria del mejor de los soldados y caer sobre el campo de la accion como caen los héroes.

Las dos de la madrugada habian dado ya, y Graciana apuraba á Alejandro para volver á casa. La sirvienta pensaba con razon, que el señor podia haber notado su ausencia, que la niñita podia haber llorado, que Blanca podia haber regresado del club; pero el negro, rumbo-

so al fin, como todos los de su clase, queria concluir la noche, con una cena en un café de la vecindad y porfiaba por retener á su mascarita.

Tanto hizo Alejandro, que Graciana, despues de bailar con él la última galopa con un ímpetu y un entusiasmo indescriptibles, consintió en ir á cenar, no por cierto unas ostras con Sauterne, sinó unas succulentas costillas de chanchito, apoyadas por una copiosa tasa de café con leche, con pan y manteca, que sirvieron para corregir la vacuidad incómoda, que todos los estómagos, ya sean plebeyos ó aristocráticos, sienten á las tres de la mañana despues de una noche de baile.

Concluída la cena, la pareja se puso en marcha. Salían conjuntamente del teatro, con los *Tenorios*, estenuados por la fatiga de la noche, demostrando en el rostro esa melancolía peculiar que demuestra el último comparsa que se retira en la madrugada de la tercera noche del Carnaval.

Por entre ellos, atravesó orgullosamente Alejandro con su compañera del brazo y doblando

por la calle de Victoria la condujo hasta la puerta de la casa de sus patrones.

Pero la sorpresa de la pareja fué grande cuando llegaron á la casa de mi tío Ramon;—la puerta estaba abierta; la luz encendida en el vestíbulo bajo y en el vestíbulo alto. Algo de extraordinario debia de haber pasado durante su ausencia y la fuga de Graciana habia sido notada. La sirvienta tuvo un acceso de nervios muy comun entre las francesas y no se atrevió á entrar: colgada del brazo de Alejandro tiritaba de miedo.

El pardo vacilaba tambien, y caballerezco como era, no se atrevia á comprometer ni á abandonar á Graciana en la puerta. La alarma aumentaba con el ruido de los carruajes que comenzaban á remolinear en la esquina del club del Progreso, lo que les indicaba que el baile allí tocaba á su término, que de un momento á otro, Blanca llegaria á su casa y encontraria á Graciana disfrazada con su dominó. Los dos amantes optaron por lo mas práctico en aquellos instantes críticos y huyeron calle de Victoria arriba, prefiriendo la fuga á pasar

---

por la vergüenza de ser descubiertos. Alejandro, el audaz seductor de aquella honesta Margarita, fué á golpear la puerta de una posada de la plaza de Lorea , donde se instaló con su compañera, resuelto á darle su nombre para cubrir su falta y purificar su honra manchada.

---



## XIX

**E**l buen tío Ramon se había recojido temprano aquella noche; el primer día de mascarada lo había rendido por todo el carnaval. Fernanda y Blanca, con Montifiori y sus amigos, habían pasado los tres días en una jarana completa: en el corso, en los bailes, en las tertulias particulares. Fernanda y Blanca habían sido conocidas en todas partes, pero eso era lo que ellas buscaban en medio de la turba de corsarios de gran tono, que les daban caza á través de aquellas noches de locura. El último día, al regresar del corso, habían encontrado tum-

bado al viejo marido, presa de sus reumatismos. Blanca tuvo una pasajera contrariedad; se acercó á su esposo, le hizo algunos cariños de fórmula, lo puso en el caso de que le suplicase á ella misma que no dejase de ir al baile de máscaras y simulando hallarse bajo el imperio de una orden, comenzó á preparar su traje que ya estaba pronto desde muchos dias atrás. Con la cabeza montada por la bulla carnavalesca y por la perspectiva del baile, se hizo vestir rápidamente por Graciana, esperó impacientemente á la madre que tardaba ya algo en venir, se acercó al lecho de su marido, se despidió de él con urgencia y salió precipitadamente sin siquiera acordarse de su hijita á quien dejaba en poder de una sirvienta. El baile la atraía irresistiblemente.

El buen viejo, despues de haber besado á su hija, se retiró á su habitacion que estaba inmediata á en la que Graciana debia cuidar á la niña. A la una de la noche, mi tio, que dormitaba, se despertó súbitamente por una luz repentina que lo deslumbró como un relámpago, creyendo haber oido en sueños algo como un grito estridente y penetrante. El viejo abandonó su

lecho dificultosamente y creyendo que en efecto era un relámpago, abrió los postigos del balcón y miró hácia afuera: pero el cielo estaba sereno y estrellado, y la luz nocturna iluminaba las aceras.

Creyó en una pesadilla y trató de detener y comprimir las ideas confusas que habian pasado por su cerebro, mientras dormia. Quiso volver á su cama, pero habia perdido el rumbo, la disposicion de la habitacion se habia trastornado completamente para él. Se detuvo un segundo en el centro del cuarto, procurando orientarse en vano; tocó una puerta, encóntrola abierta y al pasar el dintel sintió un olor característico á lienzos quemados. El pobre viejo se sintió presa de un violento golpe de fiebre: quiso recapacitar y no pudo; los mas horribles pensamientos cruzaron por su imaginacion; perdido siempre en la habitacion, volteó dos ó tres muebles, tuvo miedo, se le aflojaron las piernas y cayó desfallecido sobre el piso. Un silencio sepulcral reinaba en las habitaciones, tan profundo como la oscuridad que lo rodeaba. Una idea fija embargaba la razon del desgraciado an-



ciano. Se incorporó débilmente sobre el piso y gritó á Graciana con voz ahogada y angustiosa pero nadie le respondió. Volvió á gritar con un acento de desesperacion, que desgarraba el alma, pero todo fué en vano, nadie le contestó tampoco: se incorporó de nuevo y arrastrándose con trabajo tanteó las paredes, buscando el boton de la campanilla eléctrica: despues de unos minutos lo encontró y lo hundió con desesperacion: el silencio era tan profundo que oyó el martilléo peculiar del timbre en el fondo de la casa; esperó, pero nadie vino: llamó de nuevo y siguió llamando incesantemente; la casa estaba sola, nadie le respondia. Entónces volvió á gritar desesperadamente á Graciana y creyéndose orientado por un momento, atropelló en la direccion en que él creia que estaba el cuarto de la niña pero no bien habia dado tres pasos, cuando recibió un terrible golpe en la frente que lo hizo retroceder; habia dado contra la puerta opuesta.

El viejo cayó desfallecido de nuevo y el silencio inmenso é imponente de la noche volvió á reinar con su paz profunda y aterradora. En

aquella situacion, el reloj del Cabildo dió las tres de la mañana y el éco sordo de la campana se difundió por la ciudad dormida. El viejo pensaba que Blanca no podia tardar: se oian las voces y las algazaras de las últimas máscaras que se retiraban y una orquesta lejana, tal vez la del club, tocaba las últimas galopas. Todos aquellos detalles aumentaban la cruel situacion del anciano aflijido, casi inmóvil, presa de una fiebre terrible. En ese estado se arrastró por el suelo tanteando siempre los muebles: por último, puso la mano sobre un sofá, que ocupaba el espacio comprendido entre el balcon y la puerta que llevaba al cuarto de su hija, y con una alegría íntima se incorporó, impulsó la puerta que Graciana al partir habia dejado entornada y penetró á la habitacion, loco, convulso, desatentado. Pero el cuarto estaba lleno de humo, allí se habia quemado algo: recordó su sueño, aquella súbita luz que habia herido sus pupilas y aquel grito penetrante que aun le parecia oir y cayó de nuevo en una desesperacion terrible. El humo de la habitacion comenzaba á asfixiarlo y un terror frio é indescripti-

ble cerró sus lábios y paralizó sus movimientos ; un temor instintivo no le permitia moverse ; preferia la duda , la inmovilidad , antes de acelerar el desenlace espantoso de aquella noche de abandono y de insómnio. En esa situacion volvió á llamar tímida , cariñosamente á Graciana , pero como ántes , nadie le respondió.

Postrado en el suelo, en un rincon del cuarto, rodeado siempre por la mas completa oscuridad, pudo oír que un carruaje acababa de detenerse bajo de los balcones, y al rato, que se abria y cerraba con gran cuidado la puerta de calle : sintió en seguida pasos en la gran escalera : quiso llamar para apurar á los que venian , pero la palabra se ahogó en su garganta y tuvo que esperar : oyó los pasos en el vestíbulo y unos segundos despues el ruido de una llave en la cerradura de la puerta de la habitacion en que se hallaba : la puerta se abrió y dió paso á alguien : el *frou frou* de la seda le indicó que era Blanca que regresaba. De pronto ardió un fósforo y acto continuo la luz violenta del gas iluminó toda la habitacion.

Entónces el cuadro que se presentó á la vista

de los que allí se encontraron fué terrible: en un extremo de la estancia, la cuna de la niña cubierta de hollin: las cortinas se habian encendido, el fuego habia invadido las ropas; la desgraciada criatura habia muerto quemada, por un descuido de Graciana, que atolondrada por la fuga, habia dejado la bujia á poca distancia de la cuna. El rostro de la niñita era una llagu viva: tenia los dientes apretados por la última convulsion; con la mano izquierda asada por el fuego, se asía desesperadamente de una de las varillas de bronce de la camita, y la derecha, dura, rígida en ademan amenazante; la actitud del cadáver revelaba los esfuerzos que la víctima habia hecho para escapar del fuego, en vano. Blanca era la que habia encendido el gas: al hacerlo, dió vuelta y vió á su marido postrado en tierra y á su hija quemada viva en la cuna: retrocedió y dió un grito terrible: el pobre viejo se levantaba al mismo tiempo, y en la puerta que daba al vestíbulo exterior por donde Blanca habia penetrado, sorprendia con la vista un hombre jóven que habia entrado con ella: fué lo primero que vió, quiso lanzarse so-

bre él, pero el grito de horror de Blanca lo detuvo, y entónces volvió los ojos sobre la cuna de su hija. Toda esta escena, fué la obra simultánea de un instante; las mas breves palabras no alcanzarian nunca á traducir su trágica rapidez. El pobre padre al ver el horrible espectáculo que presentaba el cadáver de su hija, abrazada por los llamas, se detuvo horrorizado ante él, quiso hablar, pero no pudo, fué á lanzarse iracundo sobre el amante, que en actitud vacilante no sabia que partido tomar, pero apenas dió dos pasos cayó al suelo, fulminado por una parálisis repentina, la lengua trabada, el rostro descompuesto, el cuerpo laxo y sin fuerzas. Al caer dió con la frente en el suelo y su rostro se bañó en sangre.

— Huyamos, Blanca, gritó el desconocido, cubriéndola con el tapado que ella habíale abandonado al entrar.

Aquella miserable criatura, abarcó la escena con una sola mirada, pero el brazo amenazante de la niñita la intimidó y dió vuelta el rostro. El cuerpo de su marido obstruia el paso por la única puerta de salida; se detuvo un instante, y

~~~~~

como tomando una resolución repentina, con los ojos iluminados por una luz satánica, se volvió al hombre que la esperaba con actitud indecisa, y saltando ambos por sobre el cuerpo que yacía en tierra le gritó:

— Huyamos!

—



XX

Yo no me habia olvidado de Valentina, mi dulce Valentina de otro dias. Mi tio, en un hospicio, idiota, sin habla y sin razon. Don Benito casado al fin, con una señora rica y de edad proporcionada á la suya. ¡Que diablo!

A mi tambien me dió por casarme y me acordé de mi idilio de 20 años. Vivía solo y aislado, y lo peor de todo era, que probablemente, por no haber seguido el consejo del Dr. Trevexo, de estudiar en los diarios, me encontraba sin recurso alguno para aspirar á las altas posiciones políticas con que allá en el año 62 me pronosticaba él un porvenir brillante.

Pero en lo íntimo de mi corazón, yo había guardado el recuerdo de Valentina: la única criatura que había dejado en mi alma una memoria dulce y tranquila. Por largo tiempo nos habíamos escrito, pero después de la muerte de su hermano, nada sabía de ella. Valentina era para mí un horizonte lejano, pero límpido, y en la soledad de mi vida, la primera edad reaparecía, los días de colegio volvían: pensaba en don Pio y en don Josef, el célebre descendiente de Gonzalo de Córdoba y veía la imagen de mi novia, sonriéndome en los únicos años de felicidad que han iluminado la vida.

Veíala aparecer en uno de los balcones de la antigua casa en que vivía ó asomando el rostro risueño y sonrosado detrás de los cristales; linda como nunca, llena de juventud, perfumada de gracia y de castidad.

Algunas veces el recuerdo inquietante de Blanca, había turbado mi sueño; el mundo con sus pasiones y sus encuentros, habíame suspendido un momento en su vorágine, pero poco á poco la purísima imagen de Valentina volvía á levantarse delante de mis ojos, como una ca-

riñosa sombra que me llamaba, allá, al pasado, al dulce pasado de la adolescencia.

Valentina me esperaba y busqué á Valentina en el pueblo del colegio. Llevaba el espíritu enfermo y ajitado bajo la influencia de los tormentos por que habia atravesado y la realidad de un sueño de juventud iba á darme la eterna felicidad. Llegué y busqué la casa de Valentina. Ya no habitaba su familia en ella.

Averigüé y la encontré al fin. La poética criatura se habia casado con don Camilo, pocos meses antes y era feliz, muy feliz.

Don Camilo tenia una renta considerable, era hombre público y hasta hombre distinguido. Sentí la desesperacion, la horrible desesperacion que se siente ante lo imposible, ante la muerte, ante lo irremediable, y pensé si el alma podria arrancarse del cuerpo y arrojarse como inútil estorbo de la vida!



XXI

Pero alguien, con la exigencia inexorable de todos los que leen, querrá saber de Blanca. Blanca, la linda porteña, corre la vida fácil y elegante, pero duerme con los ojos abiertos, por que cuando los cierra, la cara de un viejo idiota y paralítico la observa con una sonrisa inmóvil y el brazo ríjido de su hija muerta se levanta sobre ella como una eterna amenaza.

